



MIS
PENSAMIENTOS,
SILENCIO

HEENAR DE ANDRÉS MIGUEL SANZ



GROUP EDITION
WORLD

Mis pensamientos, por tu silencio

Henar de Andrés Miguelsanz

© 2019 Henar de Andrés Miguelsanz

© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Litworld

ISBN: 978-84-17832-78-0

Primera edición: octubre de 2019

Portada: Litworld

Maquetación: LITWORLD

Corrección: LITWORLD

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

No estoy bien, porque no quiero estarlo

«Hoy es un día triste. Cualquiera con buen olfato es capaz de notarlo en la humedad del ambiente», le he dicho al doctor de mentes, de dementes. «Hoy es un día de lloros. Hasta el cielo sollozará su ausencia, ya que yo no lo logro».

«Las lágrimas liberan», ha susurrado o algo parecido, ya que mis oídos lo ignoran, como él omite que no quiero ser libre, que quiero seguir en mi desolada celda, abrazado a una botella con un mensaje que no hace que me olvide de lo que no tengo fuera, que me la rescata a través de nebulosos sueños, que cuando tengo suerte son recuerdos, que cuando no, tormentos. Mi mente, de por sí, es como esta tormenta, pero ella cesará y yo no, aunque esté vacío y seco, tal y como acabará el vidrio no tardando en exceso.

«Estás lleno de sentimientos», me ha contradicho, como rito. «Quizás deberías plasmarlos, sacarlos y permitir que marchen».

¿Yo escribiendo? Pues por mucho que me haya sorprendido, aquí me hallo, gritando a una página en blanco. Mejor que gritarlo a él, que ya he visto que no le gusta en demasía, que pronto desiste y me despide de la consulta. No es que me enfadara, es que me había cansado de su insistencia a tomar las drogas que me receta y que me convierten en un vegetal.

¿Tiene razón? Quizás. Quizás queden verdes esperanzas. Quizás todavía haya en mí sentimientos como estrategias al acecho, contra los que no quiero ganar la batalla. Quizás no sea una lechuga mustia y sí un alga en mares de alcohol, que me arrastran a la deriva sin salvavidas, con rumbo a ahogarme en su profundidad oscura, donde me siento más cómodo, donde me siento menos miserable por mi existencia. Qué sé yo. No sé si el que habla es el ron o los relámpagos que rasgan el gris y mi esencia escasa. Dialoga lo absurdo, eso soy: la broma macabra de algún ser superior, un experimento, supongo, para ver cuántos aguaceros puedo soportar antes de que el agua me liquide.

Creo que lo dejaré estar. Me reclama el desvencijado sofá. Necesito que me visite. Necesito salir a flote. Necesito respirar.

Su recuerdo como amuleto

Me sonrió la suerte. Para variar no se carcajeó de mí. Algo trama, sospecho. Está aguardando para darme, cuando menos lo espere, el batacazo. Zapateará encima de mí en cuanto esté en el piso Ah, no, si ahí ya estoy. Estoy en el barro como la lombriz que soy, que se arrastra por la vida sin la mitad que le amputaron.

Ya no me siento tan afortunado. Para que diga el doctor que escribir ayuda. ¡Una mierda! Mejor dicho, me echa una mano para arrojarme a la basura, pero sin mancharse y sin prestarme unos guantes siquiera para buscar mi lucero, algo que sea bello en este estercolero, la remembranza de un sueño que me satisfizo antes de coger el lapicero, lo que ahora son los desechos de esta rata de cloaca que se pasa el día corriendo.

No hay refugio para mí, ni allá abajo, que duré más que un rato. Había despertado creyendo que podría plasmar mi última visión antes de volver al contenedor real, pero ya se está desorientando entre la inmunda bruma.

Sus risas son cascotes. El campo de trigo por el que corría es pasto del fuego. La persecución que parecía tan divertida termina con las sirenas de la policía. No nos tumbamos a encontrar formas en las nubes cuando la alcanzo, porque el cielo se nos viene encima. No nos reímos, pues hace mucho que me cosieron la boca. No nos miramos, ya que el espejo de sus ojos quedó roto. No nos desnudamos, puesto que no es verano. No forjamos placer y sudor porque la falta de calentamiento global hizo que siempre fuera invierno. Y yo pasé a ser un muñeco gélido, de nieve, desde que su arte dejó de moldearme.

Pan de molde. Sí, tengo hambre y es lo único de comer que hay en toda la cocina. Me mira mohoso desde la encimera, desprendiendo podredumbre. Ah, no, si soy yo. Debo ducharme si quiero salir a comprar algo sólido y un par de litros de combustible. Hora de ponerse el disfraz de persona menos rota, de otro desperdicio, otro residuo que camina por el arcén de una carretera sin sentido.

Me mato despacio

Eso me ha dicho uno que pasó a ser un desconocido. Me lo he cruzado y, a mi pesar, me ha reconocido. «Tú». Me ha visto a través de la delgadez, las gafas de sol y lo pálido amortiguado por la barba. Me ha dado dos golpes en la espalda, como si reconfortara, seguidos por los tópicos que hacen igual o más perjuicio.

«Venga, te invito a un café y me cuentas qué tal te va».

¿Es que no veía que bien no me va? ¿Quería escuchar las penurias de un tío obsesionado con lo pútrido?

Por insistencia, me arrastró a una cafetería. Pedí lo habitual, pero con coca-cola para que no me mirara mal. Me miró con pena.

«¿No es un poco temprano?».

Y seguidamente soltó la frasecita del título en segunda persona.

Titubeé. Creía que ya estaba muerto en vida, que apenas era otro zombi renqueante de una sociedad cadáver, y ahora resulta que me suicido. Puede ser. No niego que no me inmole por ella, si bien, de una forma muy cobarde y tal vez un poco esperanzadora, por esperar que el cierre no se retrase.

Nunca llegué a pensar en meterme una bala en la sien. No tengo pistola. No me planteé jugar al ahorcado, bañarme con mi sangre, saltar desde una cúspide... No sería un justo sacrificio. Al destino dejo el puesto de verdugo, a riesgo de que lo convierta en una condena perpetua. Que él decida cuál es el justo castigo, cuánto debe durar esta autodestrucción lenta y cómo tiene que estar de afilada la guillotina que siegue mi subsistencia. Bien sabe él que me dejo hacer como buena marioneta atada por cuerdas a su indudable sadismo. Me hizo sumiso con *bondage* no consentido.

Más cosas y mejores pensé en aquel taburete hasta que él desvió la vista. No hay muchos valientes que soporten asomarse al inframundo.

Lo eximí de asistir a mi entierro. Total, no iba a estar inscrito en el testamento. Dejó de estar en mi lista de contactos la primera vez que me dijo que lo superaría. No le pregunté si jodía equivocarse. Simplemente le devolví las fuertes palmadas en las lumbares y regresé. Mejor beber solo, con un cuaderno, que con la mala compañía de un cuerdo.

Un salvavidas de cemento

El huracán ha pasado, y aquí me ha dejado, con un panorama de catástrofe. Entre el desorden ordenado lo único que he conseguido ubicar es el boli y no es lo que rastreaba.

Llevaba unos días sin confesarme con el papel. ¿Para qué? Los pecados son iguales, aunque quizá en este instante la carga sea más corpulenta y necesite aligerar tirando una porción por el sumidero de las letras. A ella no puedo hablarle de la losa que es haber transformado su sonrisa en una falsa mueca. Mi cruz, los nuevos surcos de su rostro causados por los ríos de llantos.

Compartimos la impotencia. Ella la lloriquea, yo no sé cómo enfrentarme a semejante rival. Compartimos la preocupación. Ella teme cada vez que ve pasar un furgón funerario, yo sigo sin encontrar el medio litro que sobró anoche para no acusarme de egoísta cabrón. En pocas ocasiones pienso en que, si marchó, es probable que al poco no esté para poner flores en mi sepultura. Elijo creer que lo superaría porque, de no ser así, no me lo perdonaría.

He intentado mentir, fingir que no estoy en el corredor de la muerte, que no me rechina la resaca en la mente, que soy menos infeliz, y... no importa la treta porque siempre sabe mirar debajo de la careta. Mi ogro no conoce cueva, ni para alejarse de la única persona que aún le importa.

Sus leyes le impiden dejar en la cuneta a este perro callejero, a este perro sin ciego, de mal pelambre y rabioso, por muchas dentelladas que se lleven sus entrañas y aunque vea que lamerme las heridas no sirve de nada.

Detesto que rece por mis delitos cometidos y más que no comprenda que no hay quién absuelva todos mis vicios. El perjuicio debería ser mío, mío, mío, y de nadie más.

Egoísta, sí, me lo repito, pero no lo corrijo. Me crujo los dedos y casi lo intento hasta que llega el cansancio después de dos pasos. Se me da bien hacerme la zancadilla, eso me dice desde que era su cachorro. Cuántos tropiezos. Cuántas veces su «cura sana» hizo efecto placebo. Ahora solo puede venir, limpiar, llenar el frigorífico, abrazarme y marcharse con un desagradecido gracias y las fiambreras de tapas desorientadas, en un bucle corrosivo.

La próxima vez, si no esconde mi desinfectante, le diré que la quiero, por si las pruebas no la remiten a creerlo, o no. Quién sabe si acabará siendo otro propósito que se lleva la jauría del viento.

Me llama su nombre

A gatas, dando tumbos, llegué a la habitación creyendo que era el baño. No me cagué encima de la cama, más que nada porque ahí reposaban varias cajas. Vomitar sí lo hice, aunque no está de *souvenir* en la tienda de mi memoria. Bastante bochornoso es despertar encima de tu propia pota.

Mi madre se creerá que me ha hecho un gran favor por empaquetar todas sus cosas. No le mencionaré que me dejó inconsciente. Sustraeré el dato de que ver su nombre escrito ha sido un estacazo bien dado.

No me gusta que la citen. Me gusta tener el derecho de hacerlo en la clausura del desamparo. Si nadie mira, que suele ser el caso cuando se es un desterrado, suspiro las tres sílabas que siempre hacen eco en el hueco donde debería estar mi cerebro. Lo repito tantas veces como respiro, porque me protege y anestesia, me da el oxígeno para que prenda. En ocasiones, incluso logro atisbar el país de las maravillas antes de que llegara la extinción y pusiera punto final a nuestra fantasía. No tardo en volver con coces a la crudeza de la verdad. No hay guerra sin paz.

Nunca lo he garabateado, porque mi caligrafía de médico manco lo único que conseguiría es mancillar su belleza, o porque soy adicto a pronunciarlo en el aislamiento, o porque estoy en la fase de negación. Se me ocurren más argumentos, quizás uno para cada una de las mil y una noches de invocaciones. Contradicciones que se empeñan en no dar un desenlace para los muchos personajes aterrados y deprimentes que habitan en mi languidez.

Ya se me hizo tarde. Me voy. Doy el relevo a la melancolía y pienso en el cartón y en lo que hay fuera: la nada, el vacío y yo, que pertenezco a los ulteriores dos. Dentro: todo, lo único valioso que tengo, sellado con celo.

¿Quiere que tire o done las viñetas de nuestra aventura compartida? No convertiré el drama en ciencia ficción. Ni me atrevo a acercarme al dormitorio por si la reina de corazones pide que me corten la cabeza. ¿Qué cabeza? El miembro fantasma que ya se encuentra en el interior. Mi cuerpo tembloroso se resiste a seguirlo, excepto cuando no se me escapa una ojeada en su dirección. Oprimo el bolígrafo hasta casi rasgar el papel, por no rasgarme yo. No hay curiosidad sin leyenda de terror.

Alicia en un país que horroriza

Alicia...

Ella hacía que viera lo bueno incluso del infierno.

Hizo, con mis cenizas, fuego. Exhumó mi cuerpo y vimos que no estaba tan muerto.

Ella sepultaba mis malos pensamientos haciendo que no olvidara que cada momento era un nuevo recuerdo.

Tenía la costumbre de hacer cada día mío uno distinto.

Ella celebraba los segundos porque el tiempo pasaba volando cuando caminábamos juntos.

Fue la horma de mi zapato. Parecía estar hecha a mi medida, aunque en realidad, me quedaba grande.

Ella contaba conmigo y yo, por ello, por ella, me sentía incalculable.

No se creía superior y, simplemente, por ese hecho, lo fue.

Ella sonreía cuando veía mi «Te quiero» en el empañado espejo porque le gustaban más esos detalles que su propio reflejo.

Estaba enamorada de todo lo que le rodeaba. Era un motivo más por el que abrazarla, por no sentir celos.

Ella era capaz de hacerme recorrer el mundo sin movernos del sitio.

Me «obligaba» a trasnochar para poder soñar un rato más.

Ella pedía poco, pero quería mucho.

Tenía un corazón que no le cabía en el pecho y lo llevaba auestas a pesar del peso.

Ella, aun estando delgada, nunca flaqueaba.

Siempre ganaba el pulso a sus palpitaciones.

Ella me estremecía. Era las noches en el desierto, y también el día; un oasis entre tantos cabrones.

Como el agua, era necesaria.

Ella era vida, la mía.

Era bala y certera, contra mis armas.

Ella defendía, aunque acabaran acusándola.

No podía ser más justa. Se ceñía a mí. No me oprimía. Sus brazos eran de mi talla.

Ella...

Me faltan caracteres para describir su carácter.

Me falta ella.

Alicia... para terminar con algo bonito estos renglones torcidos.

Las tres y yo, el cero a la izquierda

Las tres de la madrugada es una hora perfecta para andar por la cuerda floja, bueno, como cualquier otra. Ni que me importaran las manecillas del reloj. El tiempo pierde fuelle cuando el futuro que más se aguarda es el de dormir dieciséis horas. No obstante, aquí estoy, bebiendo más ron que aire para que logre tumbarme.

No mola ser cautivo del abrumador presente, que siempre está esperando a que se te caiga el jabón para darte por el... Que sí, que a veces parece que me gusta que me sodomice, pero tengo mis límites.

Extenua girar dentro del torbellino, abrazado a un cojín baboseado y raído como único amortiguante. El pobre... Lo he gritado, lo he mordido, ha recibido puñetazos, y no me abandona. ¡Un brindis por mi mejor amigo!

Lo que escribía, que quiero una máquina para viajar al pasado, que, aunque ya viva allí, no puedo pisar las mariposas y cambiar mi sino. ¿Te imaginas, cojín? No, no te echaría de menos. Piénsalo. Ninguno de los dos estaríamos tan ajados. Nunca pasaríamos por lo que hemos pasado. Esta vez lo haríamos bien. No me mires así. Sé que es la embriaguez la que me hace hablar contigo mediante esta hoja. ¿Puedo seguir sin que me repliques? ¿Qué era lo que...? ¿Quieres un trago?

Tic, tac... y cronometro las contracciones que se presentan en forma bostezo. Aún falta dilatación en mis pupilas. Aún queda para ver la luz.

Ni un ruido, ni el grito de la vecina a sus hijos, ni un mosquito al que lanzar un desafío. Nada que hacer con el rompecabezas. Solo está la posibilidad de mirar por la ventana el lento transcurso del espacio, como si no fuera un coñazo.

Estrella fugaz, eyaculadora precoz, córrete, corre antes de que alguien te pida un deseo que no puedas conceder.

Razonar como gallina descabezada

No, no tengo huevos, o sea, ahí están, eso sí, de adorno. Doy una zancada y dos retrocedo. Escribo su nombre y me escondo en mis monstruos. Porque me temo, me reto e intento elegir, entre todo lo malo, lo más bueno. ¿Insomnio? Pues vale. Me ordeno dejar en el tintero que yo mismo me lo provoqué. Relegado queda demasiado. Poco a tanto me va robando terreno. Me veo arrinconado, perseguido por temblores que aspiro apaciguar para no derribarlo.

Para no sucumbir a la claustrofobia, trepo, y me da vértigo. La altura, el cielo no es sitio para los demonios del espejo. Nos acojona porque caímos y supimos lo que perdimos. Aterra porque, cuanto más cerca estemos de la luz, mayor será nuestra sombra.

El tamaño importa. «No debes meterte con los que no pueden defenderse», aprendí de mi padre. También prolongable para los que no quieren que un héroe los socorra o salve. «No muestres tu debilidad», me enseñó, sin embargo, dejó de valer cuando la fortaleza se fugó por la puerta de atrás. Me aseguro de que esté cerrada, para que me dejen tranquilo en esta cita con los espíritus de mi vastedad.

Toc, toc...

«¿Susto o muerte?». Vete.

Toc, toc...

¿Quién es? «Ven».

Sería tentador si la incertidumbre no me diera pavor.

«Bebe». En ello estoy.

Hay un quejido que mi boca no suelta. El motivo es que vivo asustado hasta de mi propia voz.

«Dilo». No. «Vamos». Déjame. «Enfréntate». Vale, lo reconozco, me desvío. Es culpa del mapa. Me marca otro camino, uno por el que es fácil accidentarse. «Excusas». ¿Lo aplazamos? «El calendario no va a esperarte». ¿Por qué lo miraría? De once varas, mi camisa. «Desabotónala, que te estrangula».

El quince se avecina y los diecinueve mil bichos comienzan a corretear a kilómetros por minuto a lo largo de este payaso triste y con lejía rociado. Me quedo en blanco.

Sal de tu crisálida, capullo

Es jodido que te abran los párpados cuando los tienes pegados. Las cuencas sobresalen por la sorpresa una vez que las amenazas hacen avistar la tierra y sus fronteras.

No es lo mismo dividir que multiplicar, es más, importa menos el uno que el plural, sobre todo, cuando se merma la paciencia que queda. Por la cuenta que me trae, que está en números rojos, me obligo, me obliga a dejar el fondo.

«Que sea la última vez. A mí no me vuelves a hacer pasar por esto».

Mamá vino y me encontró casi muerto. Exagera. Estaba más acá que allá. Estaba porque, aunque no podía decirle que se tranquilizara, quería. El escucharla fue lo que me trajo a la consciencia, bueno, y los paramédicos.

Ya pasamos por el coma etílico el pasado año. Soy reincidente sin premeditación. Es mi círculo, nuestro. No por ello es que merezca compasión.

«No vuelvo a dar la cara por ti. A la próxima te ingreso».

Psiquiatría, no, gracias. Me compensa bajar la dosis de alcohol.

«Hazlo por mí, ¿quieres? Sí, cariño, sé que quieres, pero tienes que ponerle más empeño».

Cuando vuelvan estas fechas, ya veremos en qué queda mi promesa.

«Nadie mejor que yo entiende que no es fácil. Ni a mi peor enemigo le desearía esta experiencia, fijate lo que te digo. No hay nada más doloroso que te arranquen buena parte del corazón, pero ¿sabes, cariño mío? El tejido se regenera. Créeme. Que me creas es el primer peldaño».

Soy ateo, mamá. Ojalá creyera en tu religión. La ciencia alega que necesito un trasplante y, a poder ser, que el donante no sea receptivo al amor.

«No te pido que la olvides. Nunca dejarás de extrañarla. No hay un día que yo no piense en tu padre. Sigo amándolo. Siempre lo haré. Fue, es y será el único hombre de mi vida».

Su mezcolanza de palabras, broncas que no retransmito, porque prefiero arraigarme a su bondad, fueron una patada. Hasta ese momento no había reparado en que yo soy lo que ella era hace siete años cuando papá murió, su peor versión. Sus tres meses de aflicción yo los he dilatado durante dos aniversarios. Cada persona es un mundo y cada mundo, un luto.

«No me apartes, apóyate en mí y lo conseguiremos juntos».

La putada de prostituirte por un adiós

Hola. Hacía tiempo que no utilizaba un saludo y lo repudio. Quien diga que se puede cambiar de la noche a la mañana, es un mentiroso sin solución. Los problemas no desaparecen. Ojalá encontrara la forma de desvanecerme yo. Las reglas de tres solo marcan nuevas incógnitas, peliagudas para mí, que tengo poco de hombre calculador. La X me intimida con sus cuatro puntas. No me desvela la posición. Olvidé dónde cavé y oculté mi antiguo ser.

Mi señora madre con toda su buena intención, en su visita carcelaria diaria, me ha traído un álbum de fotos donde no me enfoco. He bebido, ajá, pero menos de lo normal. Que no se diga que, a una semana de darme el alta, me da el bajón. Unas cervezas para que deje de doler la abstinencia y la calavera y no maldecir a la pirata que me prohibió el ron.

Durante largo rato estuvimos vagando por aquellas rectangulares instantáneas. Fue lista. No trajo en las que aparecía Alicia. Eran anteriores, de nuestra familia, antes de que la caducidad explotara la burbuja de color lila. No era rosa, casi, porque ese borrón de chaval con el que no me identifico, solo estaba para meterse en líos. En ese sentido, tampoco parece que haya mutado mucho. Mi mayor potencial es dar por el culo y disgustos.

Me he preguntado cómo ella ha sido capaz de contarme todas las putadas con cariño. La respuesta la he hallado en la sonrisa dibujada por la nostalgia de un marido que la amparaba.

Para variar, ha sido ella la abrazada y no ha sido pesado, a pesar de haber perdurado; ha sido cálido, una suma sin resistencia, una demostración de que el resultado no tiene por qué acaecer en incontables decimales.

Se ha ido contenta por su previsión de posibilidades. Me he quedado contento porque mi nota no es un suspenso. Ha sido grato, sin embargo, no he podido eternizarlo. Se ha hecho viejo. Mi signo erudito negativo está hecho para arrugarse contra el infinito.

El despertar de los olvidos muertos

Cuántas legañas, qué hervidero, menudo cisco, cómo se clava en mis bostezos... Y son recuerdos llenos, recuerdos apocalípticos, recuerdos lentos, recuerdos paisajísticos, recuerdos que se alzan por el sopor de quien delira despierto. Ensueño recuerdos por consejo e intento no teñirlos de color boca de lobo. Postergo lo tenebroso.

Recuerdo la primera noche que poseímos entera. Alicia me vapuleó, no solo haciendo el amor, ulteriormente, cuando había caído roque por el placer y la extenuación. «No te preocupes. Hoy me gustan las pesadillas», le dije, «porque al despertar, tengo al lado a mi sueño hecho realidad». Mi cursilada le ruborizó. Más me enamoró. Se arropó con mi brazo y me quedé mirando su letargo.

Mi bella durmiente y su manera de devolverme a la consciencia con un beso, solo para volver un instante después al aturdimiento.

Mi ángel de la guarda y mi guardería a las afueras del averno. Aquella madrugada me llamó mi niño y aún no he dejado de serlo.

Mi descanso y mi alboroto. Una nana arrulladora e incitante en su mecido tono.

Unas sábanas que atan, recuerdo, que no nos soltaban. Nosotros permitíamos ese secuestro.

Nuestra casa era el colchón. Nos sobraba espacio. Desayunábamos, comíamos, nos comíamos, cenábamos, hasta veíamos la televisión, bueno, eso cuando no desaparecía el mando a distancia. Nunca lo echamos nada en falta. No echábamos de menos a nada, porque todo estaba de más.

Simple, singular y un plural, un pasado perfecto, en carne, verbo y verso. Poesía en monosílabas. Hermosa prosa en gestos sin métrica, sin medida. Asonancia con rima consonante y consolante. Armonía en el silencio si era asistido por su mirada, sus caricias, su sonrisa o su aliento. Fantaseo.

Advierto que desvarío en ripios proscritos, mientras recito de puntillas entre la idea perfecta de contemplarla despeinada. Desbarro hasta que me espabilo, me desvelo, cae el tupido y estúpido velo y las velas, y su cera me quema, me encela y envidio al que tiene un romance con los somníferos. Él, mañana, no portará estas ojeras.

El lobo solitario aúlla al sol

Amanezco. Gruño, ladro y rujo. Me estiro. Duele. Me nublo.
Me rasco. Me levanto. Ayuno. Me ducho. Miro. Me reflejo. Me despejo.
Me visto. Caigo. Suspiro. Insulto. Granizo.
Aparece. Me empuja. Salimos. Me deslumbra. Me aborrasco.
Habla. No escucho y callo. Pregunta. Estoy, respondo. ¿Estoy? A saber. No soy. Voy. Me obligó. Me acli-mato.
Me pruebo. Me incomoda. Halaga. Atrueno. Presiona. Compramos. Me asolano.
Paseamos. Paramos. Me invita. Almorzamos. Bebo. Me amaino.

Regreso y hago este resumen para ver si soy capaz de ver dónde la he cagado. Le he dado lo que quería. Hasta he madrugado. ¿Ropa nueva para no parecer un vagabundo? Pues vale. Haz lo que quieras conmigo. Soy tuyo. Pero ya sabe que soy muy mío y, si hago algo que carece de toda mi ilusión, me pongo de mal humor y grito.

Debí pedirle perdón. No debió pedirme que tirara la camiseta que llevaba puesta. Paciencia. Clemencia. Quizás no sabía que ella me la regaló.

«Es que está muy dada de sí».

Sí, lo está, porque me la pongo para estirar lo que sentí cuando, después de desenvolverla, estuve entre su tela y sus tetas, cuando durmió con ella y la impregnó con su olor, cuando le embargaron los celos la vez que una amiga me dijo que me quedaba de maravilla. Estaba tan linda en cada estilo a su forma, de manera inigualable, simétrica... tal que impactante, tanto como para ahondar en mi cara oculta, planchar el cráter y compensar mi desequilibrio lunar —de lunático— con el subir de sus mareas, del agua salada que crecía entre sus piernas. Cómo para no alunizar. Cómo para no ser el primer hombre en pisar su tierra y plantar mi bandera. Cómo para no orbitar.

Eclipsaba y sigue haciéndolo. Ya no sé ni qué documentaba.

Leo, me recreo, me descarrío y releo.

Ah, sí, el monumental cabreo.

Cuarto menguante y ella llena de rabia. Tendré que amansar a la fiera, bajarme los pantalones, ponerme unos nuevos y repetir cuanto sea necesario que lo siento.

Escribir es soledad en compañía

Solamente solo, cantan los grillos. Es de esperar que no tengan ni puta idea. No tienen ideas. Son bichos. No piensan como tal, de hecho, tampoco componen letras. Es mi imaginación imaginando que imaginan y que se burlan con su cri-cri-crispante sonido. Me acusan, como si de mi madre y mi hermano se trataran, porque no cedo y paso de ir a cenar con toda la familia, porque prefiero mi retiro, porque escojo quedarme con lo que aún no he escrito y antepongo lo que revivo e immortalizo. Se desenreda para así poder definirlo.

Me ronda una frase. Lo que significa para mí hace de vigía, especialmente en las noches de vigilia. «Cómo para no ser el primer hombre en pisar su tierra y plantar mi bandera». ¿Pisar? No osaría poner un pie en su jardín. Ella llevó mi mano hasta su fuego para que yo hurtara su flor, cuando creyó oportuno o cuando se nos rebose la pasión. Ella era la inexperta en cuanto al sexo y, sin embargo, me instruyó en la ciencia de hacer el amor. Me mostró la ca(n)dencia que vegeta entre el ansia y la pausa, en el medio del *va y ven*: y...

Broté sin espinas, me abrí y florecí. Afloró la codicia de cuidarla, de regarla a base de tiernas caricias y maduró su fruto ya no prohibido en mí. Bebí de sus jugos, del néctar de los dioses, de sus rezos en forma de jadeos... Fui omnipresente. Me adentré en El Edén y me sentí todopoderoso cuando, conmigo dentro, alcanzó el orgasmo. Evolucioné, dejé de ser unicelular y no pude menos que estallar, que ser su *Big Bang*, para volver al origen y recrearnos. No cesamos hasta quedar hechos trizas. No descansamos al séptimo día. Los quince, que estuvimos juntos sin separarnos, quedaron santificados. Si mi madre supiera lo que hicimos en la mesa en la que seguramente ahora están cenando, se santiguaría, o quizás no, porque nuestro gozo no tenía nada de pecaminoso o guarro.

Bien pensado, quizá debí haber ido, solo para visualizarnos en pleno acto y que los de la reunión fliparan porque sonrío.

Posen y vean nuestra época

No hay señal cuando se está apartado de la civilización o cuando se aparta a ésta por no querer ser pescado por las redes sociales. Sí las utilizaba para tirar la caña. Sí anhelaba que alguien pasara el dedo por mi superficie y me desbloqueara, una conexión, un «Me gusta» veraz. Y yo gustaba y ellas a mí me encantaban, creía en lo que su hechizo duraba, que no era mucho. Mi batería no daba. Me apagaba. No había interruptor que iluminara la penumbra de unas relaciones con polvos, pero sin magia. Lo intentaba con ilusiones, con juegos de manos, me sacaba cartas de la manga, pero ninguna era una reina, y al final se escapaban.

¿De quién era la negligencia, de mí, que no engañaba a mi vista, de ellas, que no mostraban sus trucos de cartas o de los filtros? Había demasiado contraste y escaso brillo, excesivas posturas y esencias difusas, las suyas y las mías. Mostraba lo justo. Quería parecer pulcro, y en verdad era un forajido. En mi cartel de búsqueda y captura, exigía una mujer viva, cuando yo ya tenía un pie en la tumba.

Estaba cristalino que no hallaría mi recompensa en lo virtual, pues ese lugar solo sirve para quererse más a uno mismo y disminuir lo mutuo. Con la muerte de uno de mis progenitores, me desenchufé. Me concienció de que el amor era un bulo, de que el odio era el que movía el globo. Di la bienvenida a la fiesta de contiendas. Me volví mudo y mudé la piel. Me torné serpiente que tienta a las malas influencias para que se acerquen. Montamos un equipo de fútbol sin pelota. Éramos tan amigos como los que tenía en Facebook, sin nada en común, excepto el veneno o el empeño en partir rocas. Éramos tan necios que no nos percatábamos de que, mientras pateábamos, nos amurallábamos, tal que los que viven a una pantalla pegados.

Me hice ruinas y daba igual el dinero que tuviera mi familia. Lo material no me refugiaría de los palos. Debía aparecer Alicia en aquel callejón cuando yo estaba inconsciente y sangrando, literalmente. No deseché la idea de que su borrosa, pero linda imagen fuera un delirio debido a la conmoción. Menos mal que se me ocurrió preguntar en el hospital quién me había traído. No dejó sus datos. Una pena, pensé, y una alegría, porque implantó en mí la noción de que sí existían los milagros.

Del mal nace el bien

Mi suegra era/es una bruja.

Podría dejar esas palabras ahí y no gastar más tinta, porque la desmerece. No lo haré porque ha surgido una partícula de inquina en mí que creía extinta al reencontrarme con ella y con el tío de turno que la seguía contemplando el culo. Me ha mirado y juraría que me ha echado un mal de ojo. Justo cuando pasaba por mi lado, he chocado con una farola y me he abierto una ceja.

La quemaría en la hoguera, si no me sintiera mínimamente agradecido a causa de que trajera a este planeta una cosa tan sublime, además de porque hice la promesa de atragantarme con mis sentencias, de no ser juez y verdugo en esa relación maternal sin correspondencia.

Nunca le conté a Alicia cómo se me insinuaba cuando esperaba a que terminara de arreglarse. Ella vistiéndose, la vieja desnudándose y yo deseando pirarme.

Un día la pilló toqueteándome.

«¿Qué haces, mamá?».

«Tenía polvo».

El que quería echarme.

No se cortaba un pelo. Lo sé porque me mostró que no se depilaba el coño.

«¿Por qué estás con mi pusilánime hija cuando me puedes tener a mí, pimpollo?».

Joder. Qué grima.

Alicia la excusaba. Su madre buscaba cariño a la desesperada. De ahí que tuviera tantos amantes. ¿Qué cojones? Es una ninfómana sociópata. Que sí, que puede ser que la culpa sea de su marido, el padre, que solo la amó para desencadenar su violencia. Tantas hostias dejan tocado a cualquiera, implantan un vacío que ni siquiera pueden llenar cientos de pollas, secan los sentimientos y tal vez, por eso, folla, por humedecerse, por hallar sentires aunque inmediatamente expiren.

Parece que me da lástima y no es el caso. No puedo absolverla. Continúo conjeturando que no le penó que su hija falleciera. Nunca me imputó. En el funeral se acercó a tenderme su mano. Corrijo: donde dice «tenderme su» cámbiese por «meterme». De no haber tenido partido el alma, le habría partido la cara. Es una forma de hablar. Preferiría que se le hubiera caído la cara de vergüenza, pero sé que es inverosímil por aquello de ser una descarada desvergonzada.

Que le den. Un momento, no, que lo disfrutaría. Lo mejoro: Así se le caiga el coño a trozos.

Fui para venirme con ella

Fui dispuesto, no porque quisiera hacerla mía, que también; fue porque quería construir algo nuestro que no fuera un antro de perdición como su casa o como había sido mi conciencia antes de que la redimiera.

Me armé de valor, aunque sabía que, con ella, no había armas que valieran, que siempre era yo el que caía subyugado y que perdería mucho si me decía que no.

Ensayé un discurso que nunca formulé. Las palabras parecían disfrutar de hacérseme un nudo en la garganta. Mis cuerdas vocales habían olvidado cómo desatar la fluidez de las consonantes. Me asfixiaba en su respiración entrecortada por el desasosiego de no saber qué me pasaba. Pasé de seguir mascullando, la cogí de la mano y paseamos. La traje y dejé que fueran las imágenes quien le hablaran.

«¿Por qué paramos aquí?».

Me hubiera encantado responder que, porque ese lugar era nuestro sitio, nuestro nuevo hogar, pero solo fui capaz de rebuscar en los bolsillos.

«¿Qué significa esto?».

Que ella era la dueña de mi diccionario.

«¿Quieres que vivamos juntos? Ay, cariño. No puedo creerlo. Sí, sí, quiero, sí».

La herencia de mi padre me dio la más grande de las felicidades. Habría estado orgulloso de que me arriesgara y lo invirtiera en la mejor de las causas. Mamá no estaba de acuerdo, pensaba que debía preguntar primero antes de disparar. Vale, sí, corría el peligro de volarme la tapa de los sesos, de volver a ser un bala perdida, sin embargo, por una vez mi tiro fue certero.

Volvería a pagar ese alto precio por ver el asombro en sus ojos, porque volviera a llamarme loco, porque me besara como si no hubiera un mañana y no con el leve pico que me dio antes de su partida. Repetiría cada una de las hazañas, aun sabiendo que no habría armadura para el no futuro que nos aguardaba, aun conociendo íntimamente lo que se siente cuando te clavan mil espadas.

Sigo siendo un kamikaze y ella, la forma de consagrarme.

El no presente sería un regalo

En una dimensión alternativa, quizás al otro lado del espejo, nunca habría conocido a Alicia y tendría lógica, explicaría por qué me reflejo con esta pinta de muerto.

En otro mundo paralelo, podría no estar usando el condicional, sino viviendo en un presente continuo perfecto. Estaríamos agobiados, sí, porque tener un hijo no es fácil y, aun así, estaríamos planeando por los siguientes, incluso por los nietos.

Habría dos universos entre estas cuatro paredes y no un agujero de gusano que se traga las mariposas para que no vuelen.

Primero planeo. Luego caigo en picado a través del espacio y tiempo. Me estrello contra el nunca. Nunca podré tener esa menuda vida entre nuestros brazos. Nunca sabré cómo es sentirse completo, aunque una parte de mí esté en otro. Siempre aniquilado. Siempre descompuesto. Siempre esperando que llegue el meteoro. Siempre sempiterno.

Si somos la suma de nuestras decisiones, sin lugar a duda, mi resultado es un cero. No le quito calidad a los vividos momentos. Son lo que me quedan. Son los restos.

Quisiera teletransportarme y robarle la vida a mi otro yo o intercambiarnos, aunque solo fuera por un rato, para que él sepa valorar lo que tiene y yo pueda saborear la gloria de una supervivencia sin tantos sopapos.

Sé que, con una gota, me bastaría para ser un adicto, siendo ese paraíso mi droga. Me costaría millones desengancharme del infinito. ¿Cómo decir adiós a mis sueños cumplidos?

Si era niño, se llamaría Aarón, como mi padre, habíamos decidido. Si era niña... yo quería que se llamara Bella, porque seguro que se parecía a su madre y porque se convertiría en mi princesa.

Quizá si hubiéramos vivido en un cuento de hadas, hubiéramos vivido felices para siempre.

El fin nos sorprendió demasiado pronto, como a mí ahora. Me parece tan basto, tan tético que, aunque lo espero, me asombra reconocer allí a mi propia sombra. Soy una de sus trizas. Soy los girones que se retuercen y rompen en el qué podría ser si estuviera fuera de él.

La bella de mis cuentos más bestias

Me he dado cuenta de que, cuando escribo y me adorna algo bonito, es por ella.

En este lienzo, sigue haciendo de musa para que no siempre use el color negro. Hay tantas capas mías encima, que apenas se aprecia. Yo lo aprecio. Yo la quiero por seguir ralentizando a la fiera que me devora por dentro. Ella es mi cortafuego. Por el contrario, soy yo quien aviva las llamas del infierno.

Fuimos polos tan opuestos que hasta la brújula no sabría decir dónde estaba su norte. Hacíamos tal fuerza él uno hacia el otro que la ciudad era cada vez más pequeña. Sin dar crédito, nos vimos atraídos al reencuentro. Me saludó. Yo balbuceé. Era más bella que lo poco que recordaba. Era jodidamente perfecta. Me preguntó por los cortes, por el golpe, por la cabeza y yo ya sabía que la había perdido por ella. Quise agradecerle que me salvara invitándola a un café; un pretexto, como otro cualquiera, para no alejarme y que siguiera enmudeciendo mis magulladuras y mis males.

Estuvimos toda la tarde en aquella terraza. Ella se tuvo que ir. Yo volví a la misma hora durante una semana para que no se me olvidara lo bien que me sentí escuchándola, conociéndola, fascinándome.

Tenía su número. No me atrevía a marcarlo.

Lo nuestro era algo tan imposible como que no se caiga ninguna rodaja de chorizo del bocadillo.

Resultaba absurdo creer en que podíamos crear algo juntos.

Qué locura pensar que podía volverla loca.

Yo ya lo estaba. Las voces de mi cabeza se ponían de acuerdo para llamarme idiota.

Estaba agilipollado, pero ese estado no me entorpeció para llegar a la conclusión de que con el amor no se puede razonar. El miedo está en medio. Es el cuarto en discordia. Era la habitación y yo dándole vueltas.

Aturdido decidí que lo mejor era escribir un mensaje:

«Tengo ganas de verte».

Mejor dos:

«Lo pasé muy bien la otra vez».

Confuso por su respuesta:

«Yo también».

¿Se refería a lo primero o a lo segundo?

Habíamos quedado. Era lo que importaba. Podía dejar de verla por todos lados para contemplar el mismo cielo en su mirada.

Su azul inocencia me domesticaba, amansaba a mi bestia. Me adiestró en la certeza de que las espinas, las que todos tenemos, dotan a la rosa de más belleza.

El whisky que colma el vaso

No se pueden tener recaídas si siempre se está en un precipicio. Cualquier borde lo confirmaría.

El vacío a veces sirve para llenarse hasta desbordar la nada y sentirlo todo un poco menos. Una persona que está acostumbrada a tramitar con la pena puede perder los papeles si se encuentra en su mesa con otras emociones.

La traición, la ira, la molestia... son unas perras. Te abandonas por ellas y dejas que se queden con lo mínimo que tienes.

Arremetes. La vista se te nubla y, como si no fuera bastante jodido verlo solo una vez, se duplica. Ves doble y te fraccionas, y te magnificas, que de magnífico este tema no tiene una pizca; es austero, sobrio, aunque tú estés jodidamente ebrio.

Exacerbadas, quizás. Tampoco es para tanto. Solo te la han metido doblada y, aunque han ido con cuidado, te han hecho daño. No puedes quedarte sentado. Quieres pagarles con la misma moneda, aunque sabes que ya no te queda ni un mísero euro en la cartera, porque siempre sale cruz. La gente ya no da la cara por ti, ya solo te dan la espalda y por culo. Aprovecha, apuñálalos y echa la culpa al alcohol.

Habla en tercera o en segunda persona para que no suenes tan llorica. Chilla, que siempre alivia, al menos a los dientes que ya chirrían de que los aprietes. Ojalá pudieras engrasarte para que todo te resbale, pero no, se adhiere a tu herida y escuece.

Un par de hielos para que baje la hinchazón y para que te refresque la memoria. Hubo un pasado en que tenías presente que los besos de Judas venían de los amigos, y no de la familia.

Nunca te acostarás, con alguien o con la estupidez, sin saber una cosa más.

Quizás mañana descubras cuánto esperaban que tardaras en enterarte con tu retraso mental. A ver si la serenidad llama antes de que llegue la invitación. Mientras, guárdate tu enhorabuena e invítame a una copa para celebrar mi decepción. Sí, tú, mensajero, antes de que te mate y pagues porque otros están hastiados de mi falta de correspondencia. Antes, mensajero, deja que te dé un consejo: No dejes que nadie te dé consejos

Dar excusas y pedir a cambio perdón

«Queríamos contártelo». Ya, sí, ahora entiendo lo del pretérito imperfecto.

Si se quiere, se puede, la mayoría de las veces.

«No seas melodramático». ¿Preferís que sea cómico? Ja, ja, ja. Me estoy y estáis partiendo. De risa.

Me dicen que dieron la noticia en la cena y que como no asistí, aguardaban a otro momento más idóneo. Mirad los telediarios. No hay momentos buenos, así que admitid que me habéis estado dando largas para atarme en corto.

Me dicen que sabían que reaccionaría así. ¿Qué queréis si siempre estoy a punto de la fusión del núcleo? Entiendo que mi larga exposición os mata. Decidme que me aparte y me iré con mi uranio empobrecido a otra parte.

Me piden perdón entre alegatos y yo les digo que tendrán que cachearme a ver si me quedan de tanto malgastarlos. No creo que lo sientan. No hay arrepentimiento en su gesto por la condena que irradia mi fruncido ceño.

De haberlo sabido antes y no por la boca de otro, ¿cómo habría resultado? Quiero pensar que me habría jodido, pero más me habría alegrado. La felicidad se comparte, aunque no salga a repartir en porciones semejantes, o se finge para aumentar la de alguien.

Habrà quien se lleve la mejor parte y, en ocasiones contadas, será porque lo merece, porque sobresale y a la vez permanece, porque conviene. Vine cuando mi hermano ya era un hijo modelo. Él estaba hecho para los focos, para posar, siempre guapo y sereno. Nunca lo creí un rival. Contra una escultura, es imposible luchar.

Una derrota no es perder; es darlo por perdido, y yo ya lo estaba antes siquiera de entrar en el laberinto. Soy el minotauro por culpa de su infidelidad.

Pero se me pasará, espero, solo por la posibilidad de que este, que se regodea en lo trágico, sí, pueda brindar por su alianza sin que hagan un drama y crean que ya me he vuelto a enganchar a la fatalidad.

Una llave para las esposas

En esta mazmorra, la ama de llaves tortura a las cerraduras vestida de látex.

Látigos por latidos y una palabra clave: Alicia.

Me he detenido y no me he leído mis derechos, ahí, todo siniestro. He guardado silencio por aumentar la colección y para usarlo en mi contra. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre que miente, así que he abogado por el diablo. Él siempre gana en cuanto a los tratos. Le doy agua para que piense que no es mi enemigo. A cambio, él me permite hacer una visita carcelaria a mi alma. No se alegra de verme. Esperaba que al menos le hubiera traído una lima dentro de una tarta. Hablamos. Le cuento lo que ha pasado. Cuenta hasta diez para que se esconda su cabreo. Aguardo. Me quedo quieto, sin mover las manos ni los pies. Se lo pongo en bandeja. Me da un puñetazo en la nuez, ya que de todas formas me iba a costar tragar o digerir lo que va a escupir o vomitar.

Qué más da o quién da más, no es lo mismo. Alicia pujó y adquirió todo el lote. Durante nuestro último aniversario, cuando le entregué las llaves de su coche, un «cásate conmigo» escapó de su entusiasmo. «Ahora», afirmé antes de que se arrepintiera. Ojalá. Ojalá nos hubiéramos ido a Las Vegas. Ahora no apostaré al negro. El doble casi nunca gana a la nada.

Eternos prometidos porque me empeñé en un anillo, uno que no pareciera una baratija en el dedo de una joya, una boda en un castillo, un vestido de princesa, todas las flores de la primavera...

Seiscientas *desinvitaciones*, pero al menos no tuve que prometer amarla y respetarla hasta que la muerte nos separara. Lo habría incumplido, porque sigo. Soy un inútil en lo que a rendirse se refiere, claro que solo en este sentido.

Me someto porque hace tanto que no meto...

Paso por el aro porque me domaron.

Hinco la rodilla porque me pesa el llavero cargado con todas las llaves de las puertas que se cerraron.

Me encierro porque paso de correr astado por callejuelas hasta el matadero, como si fuera un cordero. Soy la oveja negra. Soy el lobo que se crió en un rebaño y que aúlla a la luna de miel que no ha gozado.

Si monto un circo, me crecen los payasos

Todavía me siguen telefoneando clientes de cuando yo me vendía por el trabajo, cuando renunciaba a mis principios por un fin, cuando el dinero tenía el poder de construirme un futuro, de desvanecer mi orgullo.

No se me daba mal engatusar a los perros, ponerme el bozal para no escupir fuego y hacerles creer que no me parecían unos pulgosos.

Fui un mago fabuloso. Tenía la convicción de que la hechicería existía y me esperaba para que le contara cómo me había ido el día. Fui un iluso ilusionista. Ningún escapista se me resistía. Fui experto en engañar mostrando la verdad.

Hacía malabares sin que me cayera ni una sola firma y me faltaban manos para contar las amistades que tenía por contratos. Hay que tener amigos hasta en el tártaro. Ya se sabe que la nobleza de una persona no la acomoda en la más alta clase. Para llegar a fin de mes sin tener que hacer acrobacias, hay que ser rastrero y despreciable. ¿Para qué, si no, están los lavados de imagen? Se donan un par de miles a varias buenas causas y, así, los buenos, los que han sufrido, olvidan lo feos que son sus adentros.

Lo horrendo es que yo alimentaba a esos salvajes. Lo raro es que nunca me mordieron. A fin de cuentas, a largo plazo, yo aumentaba sus cuentas, era otro yo entre ellos, de los que toman provecho del mal ajeno y, por ello, no me respeto.

En este dominio, es un hecho, los bufones son los reyes. Ríete de ti mismo y tendrás un buen puesto.

Hoy he querido volver a tragar sables y en lugar de mandarla a la mierda, me fui con ella. Desempolvé mi corbata, mi sonrisa más falsa, la educación que merece una dama, aunque no ella, y las respuestas que todos esperan. Me dio por ahí. La rabia me cambia. ¿Mereció la pena? Seguro que mi pena tiene menos valor que ese exquisito bourbon y tan buena cena.

A ver si el mar ayuda a que el río vuelva a su cauce

Unas vacaciones de mí mismo por la máscara pueden traerme la calma, o eso pensé cuando la ricachona me ofreció un fin de semana en una de sus casas. No tengo ni que regarle las plantas, eso sí, prometo meárselas.

He ido a la estación y no he pensado en tirarme a las vías porque, con la ventura que tengo, me juego la verga a que me pegaría una venérea, o ladillas, y ya bastante me pican las últimas experiencias.

He preferido esperar para violar a una playa virgen y ma-mar-me junto al mar para que los dos tuviéramos resaca.

Me he mareado mientras subía la marea. Me ha dado por darle vueltas, por pensar que los océanos lo inundarán todo si el planeta no deja de llorar. Cuando sea más sangre que agua, quizás nos empezaremos a plantear si estamos haciendo algo mal.

Alicia lo vaticinaba. Ella nadaba a contracorriente con resistencia y sin cortocircuitarse. Siempre estaba dispuesta a echar un cable. Quería ser el salvavidas al que cualquiera quisiera aferrarse, el desahogo, el aire puro... Era mi forma de mejorar mundo. Me sentía menos ruin sabiendo que gracias a mí, a mi sueldo sucio, estaba más cerca de hacer realidad sus deseos, de tener los estudios que la permitirían ejercer lo que por vocación tenía el derecho de ser.

Ahora sé que hay que dejar volar los sueños, pues pueden pisotearlos si están en el suelo.

Esta noche construiré otro castillo de arena para que el infantil e ineludible imprevisto venga de nuevo a destruirlo, y no me devastará. Ya estoy hecho ruinas, de esas que no interesan ni siquiera a los turistas. Soy historia, aunque no saldré en ningún libro, puesto que son estos los que leen a las personas.

Yo ignoro dónde puse las gafas. Me he alejado para ver con más nitidez cómo, des-ola-do, a mi costa, me emborrono, suspirando hostilidad.

No habrá paz para los malvados y yo me cuestiono: ¿Qué malvado que se precie querría paz?

Madre nuestra

Mientras el paisaje corre huyendo de mi retina, me quedo quieto y persigo un espejismo.

No más quejidos a la hora del recreo, me digo. No me voy a pirar, sé que me he mentado.

Salto sobre los charcos, como los niños, pero no por diversión, sino para volver a ser de barro; otra creación que en ningún lapso crea en la soberana bobería que es que una mujer pudiera salir de una costilla.

Tengo fe en que pronto comprendan por qué reciben hostias en misa.

Las mujeres son el pan de cada día, el cuerpo para paliar a los hambrientos; la sed, la sangre y el vino. ¿Me quemarían por hereje si dijera que son Jesucristo? Ellas siguen pagando por nuestros pecados.

Viven y resucitamos. Nos reencarnamos con su carne.

Hasta la más puta es una Santa.

Las mujeres son el sexo menos débil. Son la debilidad. La de cualquiera, menos la suya, evidentemente.

Son la evidencia de que las deidades existen.

Rezo porque no rozo su gloria, así que perdona, preciosa, si escribo para no flirtear contigo. Lo siento si no te devuelvo el guiño. Es que solo tengo ojos para una.

Me pongo ciego para verla por todas partes.

Camino sobre aguas estancadas por poner estrellas en el cieno.

Multiplico los peces en un intento de que más se muerdan la cola.

Muero por la boca cada vez que me confieso.

Convierto la falta de su saliva en un Rioja.

No sano a los enfermos. Me pongo malo con solo verlos.

Curas... Qué irónico cuando los hay que son puro veneno.

Soy profeta porque conozco bien mi iglesia. En este convento, solo habrá sitio para la penitencia. Me fustigaré porque sería pretencioso creer que una corona de espinas me iría como el anillo, que no me quito, al dedo.

Pues eso.

Créeme, preciosa, cualquiera querría hacer descarrilar el tren con tal de colisionar con tus caderas, sacrificarían su última cena si te pudieran saborear..., pero yo veo que me miras y solo quiero que me quites la vista de encima antes de que me baje en la parada que no es la mía, a kilómetros y años de poder darte su divino poder.

Escombros en construcción

Este antes era un buen barrio. No había borrachos.

Los rascacielos hacían cosquillas a las nubes a lo lejos. No estábamos rodeados de multitud y, sin embargo, sí aislados, como ellos, contaminados.

Nuestro suelo no estaba lleno de cagadas de perro. Frente a mi portal, había un pequeño parque que nos hacía sentir menos culpables por estar echando por tierra la naturaleza. Por tierra o por hormigón.

Donde había raíces, sembraron unos cimientos de algo que no perdurará tanto como un árbol. Y esto no es una queja. Antes tenía todo lo que deseaba al alcance de mi mano y ahora lo tendré al cruzar de acera.

Levantaron un monumento a los caídos en desgracia. Yerguen un perfecto hábitat para los que bebemos los vientos con hielo por ser tambaleantes estatuas.

Alcemos la copa por nuestra patria. En algo podemos estar orgullosos: tenemos el récord en bares. Somos la caña.

¿Para qué construir museos, si ya tenemos obras (sin arte) en una de cada dos calles? La contemplo como los viejos, como si supiera lo que hacen. Yo pondría un par de vigas más a las que poder abrazarme. También tendrían que asegurar más las tejas porque habrá quien se suba por el techo esperando el cartel de abierto. Bueno, y esas ventanas... no sé, no sé. A mí me da igual. Ya me conocen. Es tarde para aparentar. Pero, por norma general, me da que a nadie le mola que le vean tomando un carajillo, de forma asidua, en una necrópolis de hígados. Un bar debe ser un paraje donde sentirnos remotos, una isla desierta con muchos golfos, una ciudad sin ley, donde el único gobierno corre por cuenta y riesgo del camarero, un lugar de encuentro o donde dejar plantados nuestros mustios pensamientos, un huerto de olvidos y recuerdos, valientes y cagados, gratitud y arrepentimiento, risas, trifulcas y vomitonas en el baño...

A Alicia le sentaba genial el rubor que le provocaba el alcohol. Destilaba exceso, siempre desde su moderación. El aguardiente la envidiaba. Ella sí que me estimulaba. Ella me...

Una hormigonera me detiene antes de que la morriña se ponga traviesa. Mierda.

En fin, ¿cómo no iba a querer volver a Madrid si así el ruido está tanto fuera como dentro de mí?

Enemigo del estado (de ánimo)

Fui amigo, amante, casi marido y...

La primera fase es dura, aunque intangible. Saber que no la podía tocar, y sí sentir, me hacía desear ser insensible y notarme imperceptible, pero volátil.

La palabra odio es muy grande, aunque solo posea cuatro letras, ya que se compone de otras muchas sensaciones. Y el orden de los factores solo te altera.

Lo odiaba con todo mi corazón porque él también la amaba. Despechado, guardaba resentimiento a sus labios, a los de ella, que se movían y decían algo así como que lo correspondía. Me disgustaba que a mí también me quisiera, pero no como yo quería. Lo envidiaba. Me decepcionaba a mí mismo porque no me conformaba. Debía estar agradecido por tenerla en mi vida, por saber de la suya, y resignarme, no humillarme, y no podía. Mi inquietud no se detenía.

Para llegar a la segunda fase, condensé todos mis esfuerzos en esa competición. Si mi enemigo era un buen tío, yo podía hacer trampas para ser mejor. Sabía que estaba haciendo mal y, sin embargo, me hacía sentir bien. No lo sentía. No me iba a disculpar por amargarle la existencia a él si a ella le causaba felicidad.

Con él, que estaba acojonado por las amenazas que recibía de mis malos colegas, se preocupaba. Conmigo sus carcajadas fluían. Y joder, estaba tan bonita cuando reía... No pude aguantar más y antes de que, por milésima vez, terminara de llamarme imbéc..., la besé. Me recompensó: me besó.

Este mercenario no se retiró. Sabía dónde me metía, en un enclave, clavándome entre sus dudas, primero pocas, con el tiempo muchas, y al final ninguna. Se mojó y me eligió.

A pesar de los pasados tsunamis, edificamos una relación sólida. Descubrí la fase tres, aunque ya solo éramos dos, en la que me sentí un auténtico conquistador de mundos, ignorante de que no podía salir invicto, que se rompe lo que es cristalino.

Menudo elemento. Vaya cambio.

Si la energía no se crea, ni se destruye, ¿por qué estoy tan cansado?

Ensimismado con lo mismo

Corro, huyo, para acabar en el mismo agujero, como gusano.

Esprinto, persigo, y solo alcanzo el cansancio.

Con la ayuda de una mesa coja y un sofá manco, me levanto y me re-tumba. La crisma, siempre encabezada con la independencia, no apoya a mis piernas, siempre sujetas por la fuerza, siempre por la falta de ella.

Era una persona que sabía guardar la calma, hasta que no quedaba sitio, entonces hacía fuerza, empujaba hasta que empezaba a tambalearse y se derrumbaba. Ahora solo soy la avalancha. Arrastro conmigo a todo el que tenga el coraje de ponerse delante.

Lo intento, juro que quiero quedarme quieto. Si ya nada me conmueve, ¿qué me mueve?, ¿qué me remueve si no me agita? Un Martini quizás me pararía.

Sucede que la vida pasa mientras estás parado, esperando que la muerte llegue para parar el tiempo. Ocorre que, así, este pasa más lento.

Me gustaría que todos siguieran hacia delante, dispuestos a superarme. Pongo el intermitente. Adelantadme. Ya me he atropellado. Podéis abandonarme. Esta cuneta ya tiene flores de otro accidente.

Vino para arreglar las cosas y lo he roto un poco. Así funciona. Fallo, contagio porque estoy enfermo, porque soy el malo.

Los borrachos no mienten, pero a los serenos les cuesta tomarles en serio, por eso, para hablar en mi idioma, tuvo que trabársele la lengua y estar embebido en pensamientos étlicos.

Gracias, gracias por haberme entendido o perdona, hermano, por hacer que seamos un poco más parecidos.

Te miro en el sofá y me veo. Nos pienso. Estoy en tu cabeza alimentando tus miedos, solo porque quería que fueras consciente de que las pesadillas no son sueños. Quería que supieras que lo que hoy parece la hostia, mañana puede ser una o un par a mano abierta, o una seguida de otra. No ganas, sin embargo, eres el que cobra.

Perdona, hermano, por haberte pagado de esta forma. Te digo que quería hacer lo correcto y perdonarte, aunque mis actos digan lo contrario.

No lo siento, pero perdona, hermano.

Vivir con miedo, no morirse de miedo

Se miraban y la película pasaba a segundo a plano, como si quisieran que esa escena se les quedara grabada.

Rebobinaban, se pausaban volviendo a reproducirlo.

Se apretaban de la mano como si uno de los dos fuera el que estaba en la pantalla y en peligro.

Yo rogaba silencio, pero sus sentimientos gritaban.

Se metían la lengua hasta la campanilla y era a mí a quien le daban arcadas.

No supe por qué acepté ir con ellos. Debí suponer que me dieron vela en este entierro solo para que la sujetara o fuera su espectador. Quise ser ese director que recibe abucheos cuando dice que han sido un público estupendo.

Comprendí luego que fue un gesto. Decir gracias no cuesta menos que una entrada para hacerme salir de casa. Quería agradecerme la lección dándome parte de ese tiempo que, gracias a nuestro guion, a nuestra charla de ayer, había aprendido a dar valor. Es un valiente. Le revelé el lado negativo, le di carrete y ahora sabe qué va a pasar al final, que todo se va a acabar, por ello, ha aceptado el papel de su vida y ha comenzado a actuar.

Le aplaudo desde mi butaca porque es un guerrero y sus defensas son lo suficientemente fuertes como para no temblar, ni derrumbarse ante el miedo.

Le dejé pasar gratis a aquel lugar sombrío donde los sueños son perseguidos y asesinados sin piedad por los miedos.

Le mostré que el miedo nace de la imaginación y muere; muere si no lo alimentas y le enseñas los dientes.

Él va a correr detrás del miedo y no por lo que dije, sino por lo que sintió al oírme.

No le parecerá un sacrificio entregarle la vida. Todo lo que va a hacer por ella va a ser por él. No se necesita argumento para ser egoísta. Hay que atesorar cada momento, porque cuando lleguen los créditos, nadie se quedará para verlos, excepto uno de los dos protagonistas.

Este villano se siente de cine. Soy un actor malo en la película que me he montado.

Cualquier día puede pasar a no ser uno cualquiera

Era un lunes. Tiró de la persiana, pero yo ya había visto un sol. Ali me deslumbró con una sonrisa y con su «Hace un día más que estupendo. Venga, vamos, arriba, dormilón». Me levanté, aunque ya me sentía en las nubes. Me levanté para poder seguir ese trasero que me quitaba el sueño y me otorgaba muchos otros, sobre todo, lujuriosos. Tenía el café preparado, solo, con ella, como a mí me gustaba; con mucho azúcar, el de su mirada.

**Así pasa ahora, que
sin su dulzura, me amargo.*

Estaba cerca de deprimirme por tener que alejarme de ella para ir al trabajo cuando una llamada me liberó. Podía quedarme encerrado en casa. Alicia podía anudarse con sus piernas a mis caderas y no soltarme hasta que, loco de atar, me quedara sin aire. No pudimos. Ella sí tenía responsabilidades. Debía atender a sus estudios, me dijo.

Se marchó. Me manchó de su pintalabios antes de derramarme.

Me quedé tirado en el sofá con semejante dureza, con ese empalme.

Miraba el reloj porque no veía la hora de volver a estar con ella.

Imaginaba pasión. Acumulaba sangre y ganas hasta tener las arcas llenas.

Iba a masturbarme. Tenía los pantalones por la rodilla y tuve que postrarme. Ay/ahí mi madre. No es una expresión, aunque valdría. Mi madre entró. Ella siempre tan oportuna. Escándalo, vergüenza y, cómo no, como de costumbre, pedir perdón. Quiso hacer como que no, pero sí. Imposible de eludir.

Había venido a invitarme a almorzar, me dijo, aunque yo en ese momento sabía que se le había quitado el hambre. Otra excusa para arrastrarme. Otra mentira más en el día. Eso sí, con un buen fin. Eso no, no tan feliz como el que me habían chafado.

Al entrar en el restaurante, allí estaba Alicia, mi familia, mis amigos y unos camareros para felicitarme.

«¿Creías que me había olvidado?»

Yo era el que me olvidaba del día en el que vivía, porque no tiene sentido mirar el calendario cuando eres tú el que pasa por los días volando.

Alicia fue la que me enseñó que existen las sorpresas buenas, aunque estén en extinción desde que el apocalipsis, en el principio de los tiempos, se inició.

Hubiera preferido pasar las veinticuatro horas de mi cumpleaños haciendo lo que quería desde que había despertado, pero quizás no habría sido un día tan especial. O sí, quizás más.

A paso lento para llegar al desenfreno

Ella tenía una curiosa forma de buscarme para hacerme perder la razón. Se acercaba y me miraba con firmeza. Con eso le bastaba. Con esa chispa me encendía y me agarraba.

Así la besaba, consumiéndome antes de que siquiera, con su calor, me tocara.

Yo era pavesa volando por beber sus vientos.

Ella era brisa que estremece con sus caricias.

Yo (re)soplaba.

Ella me mecía.

Siempre admiré al otoño por cómo desnudaba a los árboles poco a poco.

Así la deshojaba, sintiéndome leña que cuenta una historia preciosa dentro y alrededor de una hoguera.

Con su humedad, reavivaba mi fuego.

Me despeñaba por su monte de Venus, aunque ella me agarrara por el pelo.

Cuanto más sumergido estaba, más alzaba el vuelo.

Por los aires y sin aire, sin aliento.

Veleta desorientada, aunque guiada por aspiraciones, las de hacerla perder el norte.

Sin rumbo, pero a todas sus partes.

Incendiando todo a mi paso.

Llegando lejos al estar cerca del orgasmo.

Ya no había marcha atrás, no había paradas, no estando tan acelerado.

Boca a boca, desbocados.

Ella siendo volcán a punto de estallar.

Yo dejándome arrastrar por su terremoto.

Un disparo cuando ya estábamos listos, cuando llegábamos a meta, cuando los dos ganábamos la batalla de la cerilla contra el bidón de gasolina.

Un fognazo que dejaba ciego todo lo tenebroso.

Un espectáculo pirotécnico.

Quedábamos sofocados por lo sudorosos.

Éramos cenizas y resurgíamos de los rescoldos.

Ahora...

Este infierno no me calienta como lo hacía ella.

Me doy cuenta de que...

...cuanto más me hierve la sangre, más frío me vuelvo.

Solo queda a mi alcance cumplir años y no deseos.

(La) nada tiene sentido(s)

Me ha golpeado y no he sabido encajarlo.

Me ha llamado y no he colgado. Nos hemos escuchado.

Nos hemos querido como dos odiosos ancianos, con temblores, con achaques y resonancias. Ha sido añejo. Sabía a desgastado, aunque olía a fresco.

Nos hemos tocado y nos hemos roto, nos hemos hecho polvo. Nos hemos esnifado despacio, porque nunca hemos podido tragarnos. Éramos dos piedras y rompíamos dientes, y nos tropezábamos, y nos tirábamos sobre nuestro propio tejado.

Nos parecíamos tanto que pinchaba mirarnos con los ojos cerrados.

Nos envidiábamos por las mitades que compartíamos y que, aunque se nos antojaba, no podíamos separarlas. Teníamos un centro. Alrededor de un eje circulábamos y, obviamente, chocábamos, yendo en contra de nuestra naturaleza de seres paralelos. Así son los celos, deforman a cualquiera, lo transforman en un cruel adolescente que quiere poner sus iniciales en un árbol, en su corteza y, qué cosas, el árbol no está y nosotros, en cambio, perduramos, aun marchitos.

Aun quebrados, nos negamos a arrancar nuestras raíces. Aunque nos parta un rayo, seguiremos con el hacha en mano. Nos gusta rajarnos y ver que todavía sangramos. Nos encanta sentirnos decapitados porque así tenemos excusa para lo que no razonamos.

Nos hemos indultado sabiendo que seguimos reos, que lo que digamos son palabras que no cambian lo que nos creemos. Somos testarudos de nacimiento.

Hemos quedado para repetir a la cara, hacernos daño y acariciarnos, para quemar el bosque y regar lo extinguido. Compartiremos lo que no dejamos atrás para no hacer como el resto, pasar por la ladera de al lado sin asomarse al borde del barranco: olvidar o callar. Cruzaremos nuestros caminos porque nos ha tocado madurar, porque lo necesitamos y porque me hubiera agradado alucinar junto a Alicia por estar de buenas con su mejor amiga.

Encender la televisión para apagar la mente

Puse un canal azar y me sentí desafortunado.

Nos lanzan basura a la hora de la comida para quitarnos el hambre y que no nos sintamos culpables por los niños tercermundistas, aunque, a estos, rara vez ya los sacan en noticias.

Interminables minutos para hablar de política y apenas dedicaron segundos a «Otra mujer se suma a las víctimas mortales de violencia de género machista». Ya tenía la tripa revuelta, pero esto me hizo cagarme en todo.

Alicia me contó que, de niña, su mejor amigo era un policía. Él era el que le decía que ya había pasado, que ya no tenía que tener miedo, cuando venían a parar las palizas. A ella le reconfortaba aun sabiendo que, reincidente, mentía. Seguía escondiéndose en el armario y debajo de la cama, en vista a que el monstruo campaba por la casa a sus anchas.

Alicia venía de un hogar donde la chimenea nunca estaba encendida. Solo uno de los que allí vivía se calentaba. Ella y su madre solo temblaban. Y eso que él era el maldito cobarde

Su madre encajaba los golpes. Ya tenía la forma hecha. Alicia conocía peor el sabor de las gominolas que el de la impotencia.

Maquillaba a su madre cuando debía ser su padre el que sintiera vergüenza. Curaba sus heridas con el mismo alcohol al que él echaba la culpa de su ira.

«Mamá, ¿por qué no nos vamos?», le preguntaba.

«¿Y a dónde vamos a ir, hija?».

Alicia, en su imaginación, escapaba a un lugar donde la resignación no tenía lugar, donde podían sentirse a salvo, a donde podían escapar de verdad. Sin embargo, la realidad era que ese lugar no existía, ni existiría mientras ese malnacido se valiera de no tener que pagar por lo que cobraba su esposa.

La justicia...

...no es, está ciega.

...hace oídos sordos.

...solo sirve para callarnos la boca.

Solo los inocentes se sienten culpables

Hay evidencias.

Calles como vertederos demuestran que nosotros somos la basura.

Guardo en la bolsa, en la del vidrio, los restos de un reflejo, de una reflexión a medio comer y la reciclo, ya que, a lo(s) inútil(es), también se le(s) puede dar más de un uso.

Hoy saldría a las aceras con una escoba y usaría el palo para metérselo por el culo.

Mi tía abuela dice que las cosas iban mejor cuando, en el colegio, se les daba a los niños con la vara. Mi tía abuela sufre demencia, pero cuando no estaba así, era igual de hija de puta. Es la viva imagen del prejuicio, aunque ya esté más muerta que viva.

Me sabía mal decirle que la comida sabía mal cuando me presentaba en su guarida, porque ella decía que, si una mujer no cocinaba bien, para poco más servía. Sé que envenené a mi tío. Lo convirtió en machista al decirle cómo debía comportarse.

Tendría ocho años cuando me caí por las escaleras de su casa. «Los hombres no lloran», me dijo y quise dejar de ser del grupo masculino.

Los hombres somos animales, somos burros, somos cerdos, nos ponemos gallitos, y los que son gallinas no se atreven a reconocerlo.

Hemos construido nuestra propia selva en un intento de creernos más civilizados, aunque seguimos cazándonos.

Caminamos con tal prepotencia que ignoramos que un paso en falso puede llevarnos a pisar el cepo que nosotros mismos colocamos.

Es un hecho.

Los peces gordos se meriendan a los pequeños y los pequeños se muerden entre ellos, no por hambre; es cuestión de gula, es cuestión de engordar el ego alimentándose de las inseguridades del resto.

Que nos perdone el mar por lo que hemos pe(s)cado.

Que yo no puedo.

Que no quiero.

Que les den por...

No voy a volver a apoquinar por una misa por el décimo aniversario de la muerte del padre de Alicia. Lo hice una vez por ella y me dieron ganas de cagarme en su tumba. Pondría un altar, un monumento, al que lo apuñaló en el pecho.

Y no hay quien lo discuta.

Calma, que ya viene el temporal

Miro a un lado y a otro. Todo parece despejado, sin embargo, la tormenta está a punto de venírseme encima.

Te precipitaste, lluvia.

El meteorólogo me mira a los ojos y me miente al asegurarme que mañana va a salir el sol.

Mañana llegan los primos y extraños recuerdos en aluvión. El pueblo. Una cuesta, un camión de juguete y mi brazo, ambos rotos; la primera culpabilidad, el primer dolor superficial. Las bromas, nuestras risas, sus enfados. Leche, ketchup y Coca-Cola: la posible explicación a mi toxicidad. Las bicis, un camino sin final, la noche, las linternas de nuestros padres, el miedo, pero a sus reproches. El despertar de nuestra perversión, la repartición de chicas como si ellas no tuvieran elección, que la tenían, y, por eso, nos dijeron que no. «El siguiente verano mojamos». Muchas más duchas frías, otros tantos baños en el caño. Las motos. «Así seguro que nos las llevamos de calle», pero seguíamos siendo los mismos pringados. Estúpidos retos para creernos que ya éramos unos machos. Nos llamaban traviosos. Deberían habernos tachado de delincuentes, pero nunca confesamos que íbamos solo a misa los domingos para robar el dinero de cepillo y pagarnos las birras. Algunas cosas no cambian.

Seguimos siendo los mismos idiotas cada uno a su manera. Ni juntos reunimos las virtudes que mínimamente debería tener una persona. Ellos se creen los mejores, aunque siquiera se atreven a echar un pulso a sus debilidades, puesto que sería una derrota.

No sé si quiero que me miren a los ojos y no me reconozcan o que sí, que puedan atisbar un minúsculo átomo de lo que un día fui. Me conozco, ambas cosas me crearían paranoia. Me la crean.

Huyo de mí y padezco manía persecutoria.

Estoy familiarizado con la enajenación. Es otra prima cercana.

Me digo que debo coger aire y no me llego a escuchar. Siempre con los oídos taponados. Sé que el mar no se revolvería de esa forma si no amara a la tempestad.

¿Esa gente que te dice qué tienes que hacer, no tiene nada mejor que hacer?

Solo el eco me susurra lo que quiero oír.

«Nadie sabe lo que rebota por tu cabeza», apunta el francotirador.

«Me estáis rayando», cantamos el disco y yo.

Enumero las razones por las que contarles y son cero.

Preguntan:

—¿Qué haces con tu vida?

—¿Cómo es que estás tan delgado?

—¿Por qué no sales por ahí?

Sin llegar a esperar mi respuesta, declaran:

—Aún tienes buena edad y un futuro por delante. Usa el tiempo en algo de provecho.

—Deberías cuidarte más, hacer ejercicio, comer sano...

—Te vendría bien conocer gente nueva. Quizás así conozcas a una chica y pases página.

Sin palabras expreso:

—Deja de decir a la gente qué ha de hacer, porque eso seguramente te acabe matando antes que a mí mis malos hábitos. Arregla tu vida, porque es evidente que le faltan piezas cuando te metes a revolver en la mía. Aplícate el cuento, aprovecha tu tiempo y así quizás dejes de vivir en una fantasía.

—Me resultaría menos agotador correr cuarenta kilómetros que escucharte. Sacaría mi lengua de paseo. Eso ya sería hacer algo de ejercicio, pero es posible que tú te pusieras enfermo.

—Ojalá fuera tan sencillo como darme a desconocer. Me gusta poder contar con una mano a la gente que me importa. Me gusta que me sobren dedos, uno al menos, para poder levantarlo y articular un «que te jodan». Borré a muchas personas del diccionario cuando dejaron de significar algo.

No hablo porque dudo de que muchos quieran saber lo que estoy pensando. Guardo silencio porque es otra forma de pronunciarse. Callo, pues ya cayó la verdad por su propio peso o lo hará, porque ya no hay quien la soporte.

No hay mayor carga que un pesado que se hunde

Faltan pocas horas para que se celebre el amor, celebran mientras yo procuro no mirar a sus copas con mucho amor.

Me reservo para la barra libre. Ahí no habrá grilletos pidiéndome con la mirada que me comporte.

Caen cervezas e intentan levantar el país, cuando ellos no se mantienen siquiera en pie.

Piden que se besen otra y otra vez y yo me muerdo la lengua para no decir que los besos no se deben pedir, que se dan y te entregas.

Toma mi cuerpo, que yo no lo quiero.

Habítalo.

Víveme.

«¡Viva los novios!», mi «mátenme».

Repetimos.

Dan vueltas al mismo tema. Y yo me quiero bajar de este tióvivo antes de que alguien me pregunte y termine por vomitar.

Asiento. Siento angustia. Sonrío.

Os quiero (lejos). Me voy. Os dejo.

Hay marchas que se ven venir.

Parto antes de que rompa algo.

Me vengo a casa y bebo solo con hielos para no aguar la fiesta a nadie.

Niego. Siento la misma angustia. Me quejo.

Ella decía que solo se sentía sola cuando la acompañaba el silencio.

Pongo música, nuestra canción favorita, la de la chica cuerda que volvía loco al guitarrista.

Desafino el oído para verla bailando. Hasta la brisa encelaba a esos acordes por cómo la mecían. Sus manos arriba eran mi atraco. Me exigía que me acercara y no podía negarme a darle todo lo que quería. Sus manos en mi cuello eran desahogo. Mis manos en sus caderas, su guía.

Mis pasos siempre me habían llevado a tropezar con la primera roca del sendero. Me arrancaba las uñas intentando sacarla, solo para lanzarla, poner distancia y volver a hostiarme un poquito más adelante. Una relación de amor-odio, lo llaman.

Sin embargo, ella, a la vez que me mantenía con los pies en el suelo, me hacía caminar por las nubes, y desde allí arriba, mi intolerancia, mi misantropía o mi cinismo, que no lo distingo, parecían hormigas.

Ahora son mi avispero y me acribillan.

Las personas en colmena me crean una reacción alérgica.

Querría decir que no es por vosotros; es por mí. Soy yo que el que lo siente, el que no puede con esto, el que os quiere a pocos y, aun así, desde lejos. No deseo que salgáis heridos cuando choquemos en el siguiente tropiezo.

Al principio no quería que se terminara

Mi tía abuela y una amiga nazi, mi primo con su nueva novia trabajadora sexual, mi tío el putero con los ojos puestos en la nueva novia, el que era el pesado amigo de mi padre —era amigo, sigue siendo pesado—, la ex de mi hermano, otro primo tercero, que últimamente es de los míos, en decir, empina el codo y bebe por los dos, dos personas que no conocía, pero parecían depresivas, o sea también de los míos, y una mujer, igualmente desconocida, de pelo azul con más tatuajes a la vista que piel. Dos sillas: una entre mi tía abuela y el pesadilla, otra entre el putero y la amante a la tinta. Elegí la opción be. Quizá así mi tía abuela no me reconocería. No quería que acabáramos iniciando una pelea de comida. La silla vacía la dejé para el fantasma del que seguramente se había suicidado al ver el panorama. Me senté intentando ser el fantasma y pasar desapercibido.

«Vaya, por fin alguien normal».

No pude evitar sonreír. Solo otro ser raro podría creerme normal.

«¿Gracias?».

Aún sigo sin saber si se le puede considerar un cumplido.

«¿De nada? Me llamo Cleo».

Dije «encantado», porque es lo que se suele decir. No quería entablar una conversación. Me había preparado para la ceremonia, para el calor, para el empalague, para el dolor de pies, para el aburrimiento, para las fotos, para..., y ahora necesitaba mi compensación: comer y callar para poder beber más.

Callamos.

Nos sirvieron el vino y ella se bebió de un trago su copa en lo que me rellenaban a mí. Al fin una digna adversaria, pensé.

Nos retamos, sin palabras, con su sonrisa ladeada cuando la seguí y levantando nuestras copas para llamar la atención del camarero antes de que lo acaparara mi primo tercero.

Hablamos, creo. No estoy seguro de que se pudiera decir que fue una conversación. Ella decía, yo no contestaba, pensaba en lo que decía. Mi lengua al rato se soltaba y su silencio me ataba. Eran frases sueltas que le darían sentido a un sueño, pero no a mis desinhibidos pensamientos.

Me generó intriga y mi imaginación se cansaba. Me hacía preguntas para las que mi convicción me aseguraba que no querría respuesta alguna e, incluso así, cuando salimos a fumarnos el aire (y el) puro, una, la más fugitiva, quiso escapárseme:

«¿Qué has hecho para acabar en la mesa de repudiados?».

«Tatué a mi hermano un pene en la cara».

Sin querer, me reí.

«No es coña. Mira. —Lo señaló con el dedo—. Fíjate. ¿No notas el maquillaje?».

Vio mi cara y, con toda la intención, se rio.

«Era coña».

«Sí. No se necesita tanto para que tu familia te margine. Basta con no ser como esperan que seas».

Aparté mi sonrisa y mis pupilas. Creo que asentí como si lo comprendiera. Algo entendía y era que quizás nunca llegaría a hacerme una ligera idea. Estas planeaban sabiendo que el aterrizaje no

iba a ser otra cosa que una caída directa al error.

Mis impresiones se figuraban que no era tan especial como habían percibido a pocas palabras. Me parecía que solo era apariencias. Otra niña que se negaba a crecer y que, por eso, se rebelaba.

Las revoluciones empiezan cuando alguien se niega a cumplir las órdenes.

Me imaginé su infancia. Unos padres ocupados, que solo tienen tiempo para decirle lo que debe, lo que puede y lo que quiere hacer, porque creen que la conocen y que saben qué es lo mejor para ella, pero ella, ella... necesita otra cosa, quizás una intención o demostración, un premio o seguramente atención.

La gente percibe más nuestra presencia cuando está enfadada que cuando está contenta. Lo que mueve al mundo es la preocupación. La felicidad no nos lleva a ningún lado, porque, en ese instante, estamos bien estemos donde estemos. ¿Para qué joderlo? ¿Para qué dar un paso más si luego no sabemos regresar? Ahí, quietos, que ya será la felicidad la que nos abandone por otra persona y nos obligue a ir dando tumbos en un infinito y obsesivo intento de recuperar su amor. Acoso y derribo.

Creía que ella era feliz de esa forma tristemente egoísta. Mi simpatía, todavía siguiendo en horas bajas, crecía hacia ella. Ella no ocultaba su egocentrismo. Ella era, de forma diferente, igual que el resto. No es de extrañar cuando todos somos yo. Usamos el nosotros, sobre todo, cuando queremos sentirnos incluidos, ya que, desde dentro, si estamos fuera, nadie nos mira. Vamos, un zoo.

Ella gritaba «¡Miradme!» sin necesidad de hacer el mono. Era mona, con un atractivo que se sale del estereotipo. Ella podía ser como muchos quieren ser, sin embargo, tanto ella como muchos, renunciaban a su ser, unos por poder y otros por querer.

Qué putada que el poder y el amor nos hagan creernos invencibles.

Qué putada que paró mi discurrir y retomó la charla.

«¿Y tú qué? ¿A quién has matado para que te castiguen así?».

Al principio no quería que terminara y eso le puso punto y aparte por mi parte.

No recuerdo dónde leí que leer era bueno para la memoria

El camino del olvido está lleno de baches, por lo transitado, del que va y ha venido. Es jodido llegar al final, por lo que tengo entendido.

La gente lo intenta, olvida porque, si no, tendría demasiado que perdonarse.

Ojalá entendiera cómo hacen para reformarse, amueblarse, para ocupar la cabeza con otras ideas.

Un día salí con la idea de olvidar que la vida era una perra y volví a casa a gatas. Salí con La Intención y ella me dejó tirado por otro que también, pero menos, la necesitaba.

Dejó de sonreírme. La vida se enamoró de otro.

Un clavo saca otro clavo, dicen, y qué le voy a hacer si, en la caja de herramientas, solo tengo un martillo. Mi clavo no es un clavo; es un tornillo, uno de los que me faltan, y está bien hundido, oxidado y decapitado. Es imposible sacarlo. La única opción sería taladrarlo y no estoy a favor de las lobotomías. No podría pensar.

Pensaría que los recuerdos son residuos del pasado si no hubiera algunos tan bonitos.

Los amontoño encima del más horrendo, pero no consiguen aplastarlo. Saca su deformada mano y soy tan estúpido que la cojo y tiro para rescatarlo. No me lo agradece. Abre su boca de infinitos dientes mellados y me devora despacio. Mastica, me digiere y termino hecho mierda.

Me he deshecho y he desechado la idea de una posible redención. La tortura es una buena confidente y amiga. Siempre me escucha, aunque sabe que ya no tengo razón.

La pasta, la vida o la razón. Del menú que había, elegí la pasta. Te hace rico, pero no está rica. Al resto invitó el ladrón. Se lo llevó todo y me dejó el dinero suficiente para que viviera echando en falta a las otras dos.

Repartiría hostias porque es de lo que único que me sobra. Me doy de más porque soy egoísta y porque es la única forma de pagar a la vida y a la muerte por ser tan jodidamente avariciosas.

Hay gente que no vive porque está muerta

La muerte es muy puta; aguarda en las esquinas deseando joderte. Un completo. Tú lo pagas caro y solo la muy golfa lo disfruta.

No hablo de la muerte con tacto porque ella nos golpea con saña y por sorpresa.

Si mañana muriera, hoy querría saberlo para darme la mayor de las fiestas. Lo celebraría. Sería un milagro que por un día existiera la justicia. Yo lo merezco. Yo ya estoy muerto. Pero no, qué va, a la muerte no le intereso. A su guadaña enamorada del campo únicamente le emociona vengarse contra la humanidad por lo que le hemos hecho a su amado. Siega por dónde puede hacernos más daño.

Recogemos lo que regamos.

Lo que sembramos, sin cuidados o sin suerte, muere.

La sequía existe por algo.

La sed nos bebe.

No bebo para ahogar mis penas, sino para que tengan donde flotar y hacerse las muertas.

La gente se pregunta si hay vida después de la muerte. Obviamente. Solo hay que mirar los países en guerra donde la muerte campa a sus anchas y, aun así, nacen niños que piensan que eso es vida.

Ojalá yo no supiera que no existe algo más allá. Ojalá creyera. Ojalá tuviera la fe de que está en un lugar mejor. Vive en mis recuerdos, podrían decirme algunos como queriendo consolarme. Yo ya vivo allí y puedo asegurar que no es un lugar acogedor. Hace frío, huele mal, el silencio nunca lo visita y hace días que se acabó la comida. Es un lugar para enfermar. Solo tiene una ventana que, por muy alta que esté, siempre alcanzo sabiendo que no solo voy a dejarme las uñas. Desde allí cojo aire y se me corta la respiración. Lo que veo, lo que me deja ver el sudor, escuece.

Atraído por el canto las sirenas, me arrastro todos los días al lugar del accidente. Recto. Nunca me desvíó. La culpa me guía y explica cómo se construyeron cada uno de los sentimientos de aquel día. Me recreo como en la media hora de juegos entre clases. No aprendo. Me aferro a la llamada que sigue mi negación, mi miedo, la carretera, el coche que le regalé volcado, camino al hospital, mi desesperación, mi ira, mi petrificación, mi agonía... Mi nueva eternidad por su final.

Lo que a otros les pase solo te incumbe si te importan

Venga ya. No me jodas. Puta mierda. Asco de vida.

Y seguiría.

No me quejo por vicio. Lo haría si tuviera que dejar mis vicios. Me cago en todo porque ya todo está bastante cubierto de mierda como para que nadie se dé cuenta.

Debí habérmelo olido, haber previsto que el destino iba a evacuar encima de mí con su gran tino. Él sabía dónde iba a estar porque él me iba a llevar hasta allí. Sabe que mis vicios marcan mis caminos y mi perdición. Me pone un bar delante, cual manzana o licor de esta, me hace creer que es una señal divina, puesto que se acaba de terminar el ron.

«Abre y estrena esa puerta, querido. Te aguarda el paraíso», me tienta.

Es un cabrón.

Dentro no hay nadie. Me alegro. Me habría servido yo mismo. Ya estoy acostumbrado a ponerme ningún posavasos y de mala hostia.

«El primer cliente. Bienvenido. Oye, tu cara me suena. ¡Coño! Eres el asesino de la boda».

Ahí estaba, la tipa de los tatuajes y la trampa.

La miré con ira y, a la salida, con ansias.

«Te invito a una copa».

Y fui tan subnormal que me quedé. Quién puede resistirse a algo gratis, eh, quién. Muy pocos o casi nadie, los que son inteligentes y entienden que no solo lo que cuesta dinero tiene un alto precio.

Me preguntó qué me pasaba y le respondí que estaba hasta los huevos. No le dije el porqué. Me enervan las personas interesabas, pero uf, las que fingen interés.

«Eres bastante reservado, ¿no?».

«Sí».

Mejor que escupir la frase: No hablo mucho para que no sean patentes todas las voces que tengo en la cabeza y que me gritan que te calles.

Me dicen y ella repitió que parezco ausente. Si fueran más avispados, descifrarían que estoy con quien, hace tiempo, se ha marchado.

«Lo que parecemos o cómo somos solo debería repercutir en nosotros».

No sé por qué mencioné aquello, ni qué contestación esperaba, pero, desde luego, no la suya.

«No puedes estar más solo».

En sus palabras, no había pena, tan solo una sentencia.

«Verás cómo sí», mascullé y me fui.

Que te follen, destino, por ponerme un bar delante que no tiene hora feliz.

Enterré mi cuerpo en mi mente; allí lo revivo

Suspirar y bostezar: mi comer y dormir.

Mi hambre y mi sopor, de recuerdos y de vigiliass.

Recordar da hambre. Soñar, insomnio.

Dar en el blanco es difícil cuando se ve todo negro. Querer encerrar los ojos resulta imposible por tener la mirada perdida desde que no la veo.

Desfallezco.

Imagino. Alucino.

Todo se emborrona y, entre las manchas del cristal al que me intento aferrar, se resbala una escena como gota de una lluvia ácida.

Ella me aseguraba que estaba viva, y yo la miraba y la veía pálida. Y yo la tocaba y estaba fría. Me sonreía y yo resucitaba.

Se desvanece.

Una gota se adentra en mi barba y desaparece consciente de que no denunciaré, ni pondré carteles para que otros la busquen y me la traigan a casa. Su recompensa es haber sido, haber vivido y ser recordada.

Recuerdo. La veo.

Se sentaba en la ventana y dejaba que el viento le diera en la cara y un aire nostálgico. Contemplaba el exterior como un pájaro que ha estado enjaulado, con miedo, pero con la seguridad de que el cielo es donde sus alas encontrarán la razón por la que han sido creadas.

Allí me siento. Me noto contraído, diminuto, otra gota de vida corta.

Dejo de escribir, puesto que el sol me ciega, o esa es mi excusa cuando advierto que Cleo está creyendo que la miro a ella. Levanta el brazo del cigarro, me saluda, le doy la espalda, echo las cortinas y bajo la persiana.

Vuelvo a escribir, a oscuras, cegado de rabia.

Lo dejo.

No puedo dejar que me afecte.

Vuelvo.

Déjame.

Vete.

Joder.

Ya no puede uno torturarse tranquilamente sin que nadie lo moleste.

Abstemios, abstenerse

Entre la espada y la pared, yo prefiero enfrentarme con la pared. Tengo la cabeza dura, pero el torso no tanto.

La mayoría de mis heridas de guerra son de borracheras. De no haber estado pedo, no me habría envalentonado, ni empezado batallas imposibles de ganar contra el suelo.

Soy un amante despechado de las superficies. Por las paredes, me subo. Como techo. Me tiro al suelo.

Al lado, encima, debajo; me rodean. Soy su interior. Soy arquitecto de mi penitenciaría, por lo tanto, ni lo intento; estoy al tanto de que no hay salida.

Soy
un laberinto que solo busca perder a la gente
de vista.

Sin embargo, me encuentran, aunque los rehuyo. Aparecen como los espectros, de la nada, cuando todo está tranquilo, cuando puede ser mayor el susto.

«Hombre, cuánto tiempo».

No el suficiente.

«Sí, bueno, he estado muy ocupado».

Intentando no toparme contigo.

«¿Cómo es que no has vuelto al bar?».

«He estado muy ocupado, repito. Y lo sigo estando. Tengo que irme».

Y va, la tía, y me sigue.

«Yo también voy para allá».

Camino esperando que alguna bifurcación nos quiera separar.

«Te molesté, ¿no?».

«No».

«¿Por qué mientes?».

«Es lo que se debe».

«¿Qué hice?».

«No importa».

«Otra vez mientes».

«No sabes cómo soy».

«Explícamelo».

Su persistencia me hace pararme, mirar a un lado y a otro de la calle, y viendo que no pasa ningún coche al que abalanzarme en busca de una salvación, decido callar.

«Venga, dime», insiste, «y te pediré perdón».

«Dictaminaste sobre mí sin saber».

Y se ríe.

«Claro que juzgo a la gente antes de conocerla. Soy humana».

Que lo reconozca, me hace sonreír.

«¿Y el perdón?».

«Para otra vez. Me da que te volveré a ofender».

Y sonrío.

Un minuto más de silencio por mí, la víctima, y se despide.

«¿Nos vemos?».

Ojalá no, pero qué remedio.

Exorcista sin posesiones

«¿Tienes algo...?».

Poseo un espíritu errante que vaga por mi vago cuerpo. Está fuera de sí porque no hay quien habite mis adentros. Nunca nada me ha costado tanto esfuerzo como no hacer nada y quedarme quieto.

«¿... que hacer?».

Desaparecer.

Desaparecí porque no quería verme. Desaparezco en mi mente cuando no quiero estar en algún sitio o tiempo. Lo malo es que, para regresar, no basta decir:

«Ojalá, ahora, yo estuviera aquí».

Ella, la que me encasilla, no contenta con sacarme de mis casillas, me saca de casa.

«Vente, y así nos aburrirnos juntos».

Comienza la partida y mis excusas no tienen nada que hacer contra su falta de ingenuidad.

Me visto y cojo la cartera dispuesto a pagarlo caro.

Se ve que, a las cinco de la tarde, los bares duermen la siesta. Elijo el taburete que está delante de la vitrina de los pinchos para que sirva de escudo ante su mirada inquisidora. Mientras, espero que seamos de la misma religión.

Lo prometido es deuda y, a ambos, nos embarga el mutismo por el préstamo de aburrimiento que habíamos pedido. Los primeros treinta minutos y luego montones y montones de microsegundos tortuosos.

«¿Sabes?, yo también perdí a alguien».

Un escalofrío y sudores.

Me da miedo. Que ya es bastante más de lo que me da la vida. Una desconocida que me conoce, que sabe, que adivina.

Esa bruja me quemó en la hoguera. Sin pruebas, pero con conciencia.

Ella ya había experimentado con el duelo hasta dar con que no hay fórmula perfecta para que no se encasille el revólver.

En el NO, la gente se pierde. En el Oeste, no. En el noroeste, la gente siente que se les ha negado poder tener el poder de afirmar que tienen todo lo que quieren.

Qué pocos son los que tienen el valor de dar la espalda a quien puede valerse de artimañas y soltar la bala antes de que se hayan alejado los pasos estipulados. Ella desenfundó antes. Perdió a su hermana y se recuperó a sí misma. Llenó el agujero que le dejó su marcha con las fuerzas que su hermana siempre intentó darla.

Encontró su armadura. El balazo no se cura, pero ni falta que hace. Para él, reserva todo el dolor que ya no permite que otros cortejen.

Ella es el agua bendita que usa contra sus propios demonios. Es el demonio que más posee.

Cuanto más resopla, más se me hinchan los cojones

Aunque mi contradicción diga lo contrario, estaba cogiendo una agradable incomodidad a estar en el bar.

Ella es mejor oradora que psicóloga. Me hace pensar con lo que dice. No me hace decir lo que pienso. Ayer me habló de un tipo que está yendo por las noches y que le recuerda a mí por la sombra que lo sigue. Pensé tanto en él, que al final hoy me decidí a que me desilusionara. Lo busqué con la mirada entre las muchas polillas que salen a la luz esperando ser contempladas. Lo reconocí al ver cómo una mosca cojonera revoloteaba a su alrededor.

Le contaba a ella no sé qué mierda sobre lo mal que le iba y yo pensaba algo como «Merece la pena, es decir, merece que se deprima». Cuando terminó de soltar todo aquello, yo ya estaba fascinado. Fue una tremenda hazaña por mi parte no haberme sobado. Entiendo que esté deprimido. Yo lo estoy de solo imaginar lo que tiene que ser para él convivir consigo mismo. Lo hizo tan bien que me bastaron minutos, muy pocos, para comprender por qué estaba tan solo.

«Te juro que no entiendo a la gente», dice la gente.

No quieren comprenderse. Quieren no formar parte de la gente, del conjunto, de la sociedad, cuando hay tantos sentidos mezquinos que los definen. «Yo no. Yo...». «Yo también...» solo cuando les haga quedar bien.

No son tan flexibles como se creen. De ahí que se lamen el culo a otros. Les da gustito creer que les van a corresponder. Así es la picardía del que se pasa cachondo todo el día, ávido del placer de que le metan por la oreja ese trabuco compuesto por todos los cumplidos y palabrejas que quiere que regalen a sus oídos.

Aquí, el amigo, da pena para recibir interés. Es lucrativo. Por ahí hay muchos resueltos a adoptar a un cachorrito de mirada triste para hacerse fotos *cuquis* con él.

Tendrá el mismo futuro que tantos perros abandonados. Solo que él sí lo merece.

No mires en el frigorífico, que puedes encontrarte con mi mala leche

Los agorafóbicos sí saben lo que es sentirse como en casa. Yo no. Ni mi felpudo me da la bienvenida. Me he vuelto okupa, desde que ella anda por aquí como Pedro por su morada.

Llama al timbre y tira abajo todas mis barreras. Nunca recoge los escombros. No le disgusta la falta de limpieza.

Me incomoda que esté tan a gusto conmigo.

Se tira en mi —su ya— sofá, me pasa un plato con lo que ha traído y me habla a chorros con la boca llena de comida de su falta de apetito amoroso.

Ningún príncipe busca a la chica de la deportiva perdida.

Di que quieres ser salvada y harán cola. Di que pelearás y huirán. Así son los caballeros de brillante coraza. Necesitan que los necesiten. Así es ella. Se protege de que nadie pueda rescatarla.

Para esta princesa, el dragón es una metáfora de su interior. Es ella la que le cuenta cuentos para que no se duerma y siga expeliendo fuego cada vez que alguien le diga cómo debería comportarse.

El día que no le quede saliva para escupir verdades, les va a doler mucho más, así, sin lubricar.

Ya le han hecho bastantes desplantes como para aprender a florecer sola sin necesidad de echar raíces. Ya chirría la puerta de tantas personas que han entrado y salido de su vida; y ahí sigue, negándose a echar la llave. Nunca cierra por si alguien, cualquiera, tuviera cojones a colarse para hurtarle el corazón.

Se abre a mí porque sabe que me la pela. A diferencia de ella, no entro donde no me llaman. Mi casa estará encantada, pero mi pena y las almas que la habitan no precisan decir mi nombre para invocarme a su vera.

A su lado, estoy fuera de lugar. Ella con esa energía y yo tan agotado. Ella preparada para comerse el mundo y yo con reflujos. Ella tan y yo nimiedad.

Espero que encuentre a alguien que pueda seguirle el ritmo, que le baile el agua, que se lo haga bajo la lluvia, que la encharque, que se moje; a un valiente que la lleve con la música a otra parte.

Con razón está loca

«¿Por qué siempre andas jugando con un mechero?», le pregunté.

«Para que me sea más complicado luchar contra mi instinto de prenderle fuego a todo».

Siempre tiene un motivo y casi nunca una razón. La lleva en muchas cosas y así no tiene que cargar con toda ella.

«Tu postura ante la vida no es la correcta. Así te duele la espalda».

Nunca me lo ha dicho, no tal cual, pero me trajo el Kamasutra.

Es fuego. ¿Cómo no va a ser sexo?

Exhibe su mente y así ve quién merece sus pieles. No se rebaja por nadie. Vende su cuerpo a aquel que le pague con más pensamientos.

La he visto tonteando con tíos y he visto a tíos con cara de tonto cuando comprenden que lo único que van a poder hacer es comérsela con la vista.

Ella dice que, si no merece un tatuaje, no merece ser vivido. Su carne es una estantería que guarda su vida.

En un brazo, lleva todas las máscaras que llevó, la de sumisa, la de servicial, la de frágil, la de recatada... la ciega, la sorda, la muda... todas y cada una de aquellas que le impedían sentirse guapa. Ahora guarda su mejor cara para los que no le han demostrado la fealdad de sus entrañas. No se maquilla para tapar sus imperfecciones, sino para resaltar lo bueno. Tiene muchos defectos, pero muy pocos complejos. Luce sus cicatrices con el orgullo y la lozanía de quien ha sobrevivido a las profundas heridas. Es eterna o eso dice la impresión de su pecho derecho para contradecir al órgano que lleva en el izquierdo. Le robó seis vidas al gato negro de su muñeca para que este no se echara la culpa de su mala fortuna. Se grabó una piedra en el tobillo para que esta se enamorara de aquella con la que siempre tropieza, porque siempre camina. La chica de su espalda es la única que vuelve la vista atrás. Alguien debe traerle a la memoria a la niña que fue y siempre será.

Es la niña que juega con una pistola sin intención de matar.

Aparcamos nuestras diferencias y vimos que éramos lo mismo

¿Cómo no vamos a creernos dioses cuando se escribió algo así como que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios?

Cada uno creamos nuestro mundo con lo que se nos ha dado o hemos robado. Para unos, un paraíso. Para otros, el infierno. Para todos, un trayecto de ida y vuelta de un lado al otro. Al final, no somos más que pasajeros.

Tengo fe en que Dios, si existió, está muerto. El ser tan efímero como nosotros lo mató, o se suicidó por no tener que soportar al crío malcriado y repelente que casi siempre nos toca en el asiento de adelante.

Pasillo o ventanilla, hemos de elegir si queremos admirar cómo todo pasa, hasta el paisaje. o tener la salida más cerca en caso de miedo o de emergencia.

Yo siempre me quedaré en huir.

Se me sienta al lado y le paso el periódico como gesto de que paso de entablar conversación o de irme.

«Qué mal está la cosa, ¿eh?».

«¿La cosa o las personas? Somos nosotros los que nos y la jodemos».

Por un momento creo que le he dejado sin palabras y que así no tengo que pedirle que cierre el pico. Me equivoco. Me toma por un gran orador, otro mesías que nunca rezó por ninguna otra cosa que no fuera para que no descubrieran que era un estafador.

Yo no doy esperanzas y justo eso es lo que él, desde mucho antes, rogaba. Al igual que a mí, se las habían arrancado de su ser de un tirón con la burda patraña de que así el padecimiento sería menor.

Me siento observado por mí mismo. Casi exactos. Parecidos por los sucesos vividos. Por vivir en la misma cabaña que corona la cima de la montaña. Las inclemencias nos han hecho mudar nuestra zona de confort a un campo de minas. Ahí es donde existimos plácidamente, tal que veteranos de una guerra sensitiva. Hace tiempo renunciamos a estar en paz y, joder, desde entonces, nos relajamos.

Somos vecinos y, hasta ahora, no lo había visto. Nos habíamos mirado, yo lo espíe cuando ella me habló de él, pero no nos habíamos reconocido. Y ahora, hermanos por haber derramado la misma sangre, por ser hijos del mismo padre, que no del señor, que nos eyaculó con dolor y del cual somos devotos.

Yo lo entiendo. Yo lo perdono.

Manda a la mierda a todos, porque él ya está allí y se siente solo.

Tatuarse para sangrar con la tinta de forma literal

Me apuntó con la pistola.

«¿Estás listo?».

«Ya que no lo soy, he de estarlo. Dispara».

«Te va a doler», me dijo, «y esto no es una amenaza».

Ya nos lo advierten al darnos el primer azote nada más salir del acogedor vientre. Respira, llora, sé. No hay vida sin dolor. Quizás, por eso, dicen que los muertos están en un lugar mejor. Ya no sienten, ni padecen; ya no existen.

He llegado a una conclusión, que no será la final, que a lo mejor le doy más vueltas y se torna peor, que quizás se vuelva para escupirme, con desprecio, disolvente que lo borre todo o que tal vez, simplemente, se retuerza en una contradicción.

He llegado a la conclusión de que los que escribimos no usamos la pluma para volar, sino para caer más hondo.

Somos un pozo sin fondo, con sed, con hambre, insaciable, curioso por saber cuánta mortificación podemos albergar. El vacío no tiene límite. No podemos desbordarnos, ya que el hilo de los puntos de sutura se fusionó con nuestra carne.

A veces estoy más seguro de lo que siento en el papel que en la piel.

Ahora, siempre, mi piel, mi pellejo, llevará una pequeña muestra de lo que le estremece.

Me tatué su huella para no ser el único que la vea.

Me tatué su huella por ponérselo fácil a los del CSI a la hora de descubrir quién fue la que arrancó el corazón y me saqueó al darme todo lo que podía pedir.

Ahora me duele su huella y siempre la falta de la verdadera.

Ahora, de todas formas, de todas las formas, metafórica y literalmente, he ahondado en lo que se experimenta cuando te folla una aguja frenéticamente. Da igual que te la clave entera hasta el ojal o que te meta solo la puntita. Al final todo es sangre. Sangre sobre sangre. Agujeros. Agujeros llenos de sangre. Agujeros tan juntos que parecen cortes.

Corten.

Cambio de escena.

La diferencia es que, con esta, ha sido consentido, que estoy jodido, pero satisfecho.

La loca ha perpetrado el crimen perfecto y yo, la víctima, cumplo condena perpetua por enajenación transitoria.

Nunca confesaré que nos maté

Querido yo:

O empezamos a contarnos las cosas o a llamarnos desconocidos.

Llevas demasiado tiempo encubriéndonos y, a la vez, imputándonos, empapelándonos; escribiendo entre líneas algo que no olvidamos, pero que tampoco queremos leer.

Eres un asesino, tal y como dijo esa loca que se ha colado en tu vida. Eres un asesino y te jode escucharlo a pesar de que siempre lo has sabido. Eres un asesino, sí, tío. Hay gente que no vive porque tú la mataste, porque tú eres la muerte, tú eres un asesino.

Ese es nuestro veredicto. Eso es lo veraz tras tanto intentarnos engañar.

El día que no te defiendas de las acusaciones habrás recuperado el juicio.

Ese día no llegará, pues esta pena que nos hemos impuesto nunca será justa, ni suficiente, para lo que hicimos.

Somos unos asesinos.

Fuimos la causa y sufrimos la consecuencia. Un error, sí, dite que sí, pero no. No fue intencional, ya. Involuntario, claro. No creíste que... Venga, prueba otra vez, que seguro que, a la millonésima, nos lo podemos creer.

Resulta chocante que tan solo un acto reflejo baste para fracturar el espejo. Te ves tan resquebrajado que te reconoces a ratos como un ser supersticioso, por lo infortunado. Ya sabes, cuando te da por regalarle el gravamen a la inexistente suerte.

Basta.

Un mensaje. Tus últimas palabras hacia ella. El desencadenante. «Pásate por el súper a la vuelta». Porque tú tenías hambre, ella dio dos vueltas de campana con el coche.

Siquiera agregaste una de esas caritas amarillas que tienen, por ojos, corazones. Miró el móvil y vio su vida pasar; no vio ni un triste «Te quiero». Tú querías a las patatas fritas. Tu gula es una asesina. La consecuencia es tu momento. Continuo. Presente por siempre.

No puedo más. Más es el verbo más difícil de conjugar, sobre todo en primera persona del singular.

Yo soy un asesino más.

Soy lo que sigo siendo y lo que siento que soy, nada más.

¿Educación o adestramiento?

Mal de muchos, consuelo de tontos. Bien de pocos, envidia de casi todos.

Esa segunda parte del refrán fue recortada porque es mucho más peligroso tener que defenderse de la mayoría que de unos pocos. Quiero pensar que ambas son para censurar e igual de ruines.

Yo lo soy. Yo soy tonto. Yo soy ruinas y, aunque me degrade, me agrada que, en mi barrio, haya más gente que se haya derrumbado. Él lo es. Nosotros lo somos. Así podemos liberar de responsabilidad a nuestros cimientos o al terremoto.

Lo confunden con torpeza, pero la culpa es de los que ponen las piedras. No somos torpes. Fue la vida la que nos dio los golpes.

Ya ves que estamos ciegos.

Ya sabes, no sabemos nada.

No dar nada por aprendido es la mejor lección que puedo dar.

No me hagas caso.

No seas diferente. Te aburrirás, pero de escuchar críticas.

Tengo la mala costumbre de no aburrirme. Cuando creo que lo he visto todo, cuando creo que sé qué va a pasar, llegas tú, llega él, llegamos nosotros, llega algo y me desestabiliza. Otro funambulista. Otro reloj roto.

«Sabes que puedes contar conmigo para descontar minutos al tiempo».

Siempre pensé en qué hasta que qué se transformó en cómo.

Qué agradecer. Cómo agradecerlo.

Me dijo aquello y... Sin palabras. No sé. Un espectáculo. Luces, colores, sonidos... Un leve atisbo de la ilusión que todos teníamos de niños, pura, aun mancillada por lo que significaba. Amigos porque somos dos hombres en un balancín que, para estar arriba, necesitamos que otro esté abajo. Y nos vamos turnando. A veces, incluso, no estamos desequilibrados y somos un poco más cuerdos.

Es reconfortante poder ser sin castigar en un rincón a aquellos pensamientos que todos, todos tenemos, porque nos han enseñado que son deleznable.

Ya sabes, me alegro de tu tristeza.

Si no puedes decir lo que piensas, ¿para qué piensas?

Hablamos mucho. Cuanto más hablamos, menos sabemos lo que decimos.

No va y me dice el otro día que por qué no intento algo con Cleo, que podría mejorar mi sino.

«Lo siento. No nos quedan ganas, pero tenemos en oferta el conformismo».

No conoces a muchas mujeres si consideras a cualquier mujer normal

Ojalá todos fueran como unos pocos. Ojalá más nos parecieran más a ellas. Las mujeres hacen que seamos cada vez otros unos mismos, cambiantes, porque todas ellas son incomparables.

MANUAL SIMPLE PARA COMPLACER SEXUALMENTE A LAS MUJERES

Pregunta a cada mujer con la que te acuestes.

Y ya. Aplicable también para lo demás. Cada una funciona de forma desigual y sirven para todo. Sin embargo, no se las debe utilizar. Ellas son sus propias herramientas. Ellas están construyendo un mundo más justo poco a poco. Están restaurando algo que destruimos desde el inicio y que seguimos demoliendo cada día hasta el fin de los tiempos. Ellas nos reparan y no se lo agradecemos.

Ultimamente me veo entre dos mujeres, Alicia y Cleo, dos efectos, el amor y la amistad, dos resultados, el calvario y la distracción. Una, el cebo y la otra, la falsa sensación de libertad. Soy libre porque creo que ninguna de ellas me haría elegir, ni renunciar a la otra para excluir esa parte de mí que cada una puede evocar.

Cuando Alicia hablaba, yo enmudecía. Cuando Cleo habla, mi lengua se suelta y desata a la sinceridad. Si ponía o pongo murallas, una se hacía enredadera; la otra directamente me tira la maza a la azotea.

Ella era canina. La mejor amiga del hombre. Noble. El amor más puro, inocente y sincero. Fiel. Me convertía en un cachorrito fiero.

Ella es felina. Cada vez que la tiro desde el balcón al abismo, cae de pie. Vengativa, pero siempre me trae pajaritos muertos para comer.

Ella se reía de sí después de haber llorado.

Ella casi siempre está de broma cuando dice que no está de humor para risas.

Había cielos que no estaban a su altura. Ella no sabía qué era tener los bolsillos llenos, pero sí de pájaros en la cabeza.

A ella, no la pongas en un pedestal, que tiene vértigo. Se encierra en sí misma, porque en su mente no hay fronteras. No sufre claustrofobia.

Ella, cuando hacía el bien desde un ángulo muerto, era cuando se sentía más viva.

Ella quiere ser invisible, pero le ha tocado ser bonita.

Ella era preciosa, no obstante, por otros muchos motivos era admirable. Apreciaba lo que no tenía precio. Era millonaria. Tenía menos de lo que podía dar.

Ella, cuanto más miedo da, más segura se siente.

Yo solo puedo desear ser una ínfima rodaja de lo que fueron, son y serán.

«Si no te hace ni fu ni fa, no te lo fo-lles»

Estábamos de jijijí, jajajá, y zasca.

Estábamos los tres en mi casa, esos dos personajes que se han empeñado en colarse en mi biografía maldita y este triste autor que quiere que llegue ya el maldito capítulo final.

Había alcohol, marihuana y nadie lloriqueaba. Era una pausa, aunque el tiempo sí pasaba. Era un descanso de la trama, un respiro para estos lectores siempre ávidos de un giro.

Fue un alivio, porque la intriga siempre destripa. Sus argumentos, por suerte, lapidaron mis dudas.

«No esperes que abra los labios para decir que te deseo. Si es el caso, mis besos no tardarán en demostrártelo».

Estaba empezando a pensar, por culpa del colega, que ella me miraba como a una posibilidad. Pensaba que lo mejor era acabar con ese pensamiento antes de que fuera a más. Salió sin ningún tacto y ella, para contestarme, tampoco se puso guantes. Cortó por lo sano antes de que pudiera enfermarme.

El amor es un virus. Te contagia un acercamiento. Del roce nace el cariño y del cariño nunca se sabe. Yo quiero a estos dos individuos. No quiero que me quieran más de lo que los yo quiero. O no de distinta forma. No de una manera que no pueda corresponder. No hay cosa que más joda; a la otra parte y a la propia, bueno, si es que te importan.

Yo, a ella, no la deseo y ella es tan genio que sabe que ya no queda sitio en esta lámpara. Hoy está aquí porque la conviene, porque vive lejos, viene, y es una pereza tener que irse con la certeza de que ha de regresar.

Este no es su sitio. Es una parada en una estación donde siempre llueve.

Tanto barro y ella con los pies descalzos, chapoteando, sonriendo, y entre tanto, yo solo deseando ducharme.

Somos, el uno para el otro, un pasatiempo. Un crucigrama que rellenamos con muchas palabras que carecen de significado. Somos la mejor definición del sinsentido.

Sin sentirlo, se está bien.

Mis pajas mentales me impedían masturbarme

Estaba pensando en que quizás no estaría tan mal que acabáramos follando. Me quité la tontería masturbándome.

Hacía mucho que mi polla no marcaba las doce en punta. Estaba tan cascado que ya ni podía cascármela, o eso creía. Resulta que solo era ponerse.

He estado tanto tiempo encontrando placer en el dolor que no recordaba cómo era el placer. Carnal. La fugaz paz.

Usé la abstinencia como propia opresión, rendición y dominación, tal que la ley mordaza y otras formas de BDSM no consentido.

Sumiso. Castigado. Dándome mi merecido. Manso. Tan acostumbrado a ello que ya me la pelaba. Figuradamente.

Me daba tanto asco que no quería ni tocarme (con) el palo. El solo de flauta es una melodía para quien quiere darse amor a sí mismo y yo no quería, ni me quería, ni me quiero, aunque me he dicho que sí, para no dejarme a medias y conseguir mi fin.

Vivimos es una sociedad sexual, vamos, una jodienda.

Vivimos porque el sexo nos hizo.

Vivimos porque nadie murió por matarse a polvos.

Nos autofollamos, porque es menos peligroso que el amor y también nos hace sentir vivos.

Cinco contra uno y nadie debería salir herido.

No es cura, pero puede ser analgésico.

Inflamatorio e inflamable.

Me ensancho, ardo y prendo, y prendo de un hilo de un punto que amenaza con abrirse y dejar pasar a la (que) llama.

Me corto en seco antes de que la lluvia caiga en la tentación. Ha sido un lapsus. Ha sido mi mente jugándome una mala pasada para hacer que mi cuerpo lo pasara bien. El tacto, el oído, el olfato, el gusto, la vista tienen sentido; esto no, no más allá del puro egoísmo de querer encarnar y sentir algo nuevo o distinto. No hay otro tipo de deseo de mí hacia Cleo. Lo creo. Estoy seguro porque no van a venir las sospechas de lo contrario a partirme las piernas.

Voy a coger crema hidratante y me voy a relajar.

No sé por qué la gente busca la aguja. Donde esté una buena paja que se quite lo demás.

A la oscuridad le damos miedo las personas

La traición y la venganza se crearon una después de la otra, lo que tardó la segunda en darse cuenta de que la primera existía.

Voy a matar a ese cabrón.

Si no hubiera estado Cleo, ese hijo de puta ya estaría ocupando un agujero en la tierra a su lado.

Si la naturaleza fuera como la humanidad, ya habría tomado represalias por todo el daño que le causamos. Y yo, naturalmente, soy humano.

Yo quiero que se me compense quitándole la vida a quien me robó la mía.

Yo lo mato.

Y después...

Fue en defensa propia, señor juez, me estaban matando las ganas de verlo muerto.

Será involuntario. Yo solo querré matarlo, pero disfrutaré tanto que no podré parar de patearlo.

No lo reconocerá nadie, pero me juego el tipo a que más de uno ha sonreído al verle con la cara desfigurada.

Fueron tres hostias que me supieron a gloria. Una lástima que Cleo me separara. Abrieron boca. Le partí la suya. Probaré a reventarle la cara.

El hambre feroz ruge en las tripas.

La venganza se sirve fría, pero yo ya me he abrasado las manos al ponerlas en el fuego por quien no debía.

Donde unos ven falta de lealtad de otros hacia unos, otros ven ingenuidad por parte de unos.

Me declaro culpable. La culpa es mía por haber sido tan gilipollas como para creer que él no lo era. Que ella... Que yo no me odiaría tanto como para permitir que me hicieran esta señora putada.

Señoría, hace falta ser gilipollas para declararle la guerra a alguien que tan poco le queda. Las grandes potencias concuerdan conmigo. Aquí ya no había mucho más que explotar más allá de la posibilidad de que todo esto le reventara en la cara; eso y la curiosidad ante la pregunta de cuánto tardaría este gilipollas en detonar, en notar que había estado tragando dinamita.

Tic, tac. Ya no hay marcha atrás.

Va a ser la bomba. Lo voy a matar.

Tememos a la oscuridad porque, en ella, puede esconderse todo lo que tememos.

Al toro no le molesta que le hablen de sus cuernos

Han pasado unos días desde que descubrí que a la chica del pelo color principio de noche, le encantan las flores y que, por eso, nunca había entrado en una floristería.

Han pasado varios días desde que me acompañó a otro cementerio con más flores muertas que adornan las tumbas de nuestros muertos.

Han pasado no sé cuántos días desde que descubrí algo peor: el rostro a la realidad para encontrarme con un engendro.

Se abre el telón.

Los personajes que habíamos creado alrededor de nosotros se cansaron de vivir en una fantasía.

Qué aberración. Los camaradas son enemigos. Los amores caídos, amigos de la traición. Yo, el malo de la película, de pronto, la víctima. No se libra ni el apuntador.

Alicia me llamó de muchas formas: cariño, cielo, vida, niño, dulzura, sol, corazón..., pero nunca por mi nombre. Me hizo olvidar quién era, quién soy. Ahora sospecho que no me puso un solo nombre para no encariñarse, para que no fuera tan duro inyectarme el pentobarbital cuando se decidiera a abandonarme.

Siempre he pensado que los perros reflejan, en su cara, la tristeza. Son la viva imagen del amor sincero y del chasco que conlleva.

Uno más uno son tres y me llevo una. Una decepción. Doble. Innumerable.

Por supuesto que todos tenemos secretos. Tantos que no podemos contarlos.

Una excusa que vale para todo(s).

Cuando por fin estamos preparados para sincerarnos, no recordamos dónde guardamos nuestros secretos.

No quiero saber nada más. El conocimiento es un arma de doble filo y sin mango. A mí no me sirve para nada, excepto para decapitarme. No quiero saberlo, pero a Cleo no le cuesta nada enviar al toro al cuerno. Me dice todo lo que le ha dicho él, lo que le decía Alicia a él, lo que dice mi silencio. Y yo no sé qué decir. No tengo voz ni voto. Las elecciones las tomaron ellos. Yo he tomado Valium y me vale. Casi me pongo a la par de la insensibilidad de ese par.

No me quiso; me necesitó, que no es lo mismo

«Gracias. Necesitaba alguien a mi lado con quien ser una auténtica hija de la gran puta».
Con eso hubiera bastado.

*No hay quien por mal no venga,
dicen o deberían decir.*

*Quiero odiarte y me odio por quererte,
le diría.
Me da por culo haberte dado más de lo que merecías.*

Donde hay pocas personas siempre hay más. Hay más de todo lo bueno porque son menos los que intentan apropiarse de ello.

*Creía que estábamos tú y yo. Yo me creía insuficiente porque creía que tú eras demasiado para mí. ¿Y sabes lo peor? Que, de haberlo sabido desde un principio, habría «compartido» tu afecto, si es que existía hacia mi persona, con tal de verte feliz,
le diría.*

Ahora no te diría que lamento lo que no siento. Lo siento, por mí, por no sentir odio hacia ti. Odio seguir dirigiéndolo hacia este imbécil. No puedo evitarlo. Llevo un cartel por dentro del cráneo que dice «A doscientos milímetros, putéame». Yo desconocía que tú también frecuentabas esa área de no descanso de mi cerebro. Nunca me trajiste un recuerdo, la camiseta suya que te ponías, un llavero que dijera «Me atrae él», la sinceridad que habría podido evitar más de dos años de ofuscaciones, o una caja de bombones llena de un par de cientos de perdones.

*Malgasté mis tres vidas intentando salvarme
de tus juegos.*

Al menos, espero que te divirtieras, que te rieras mucho mientras yo no sabía que, para ti, también era un payaso. Te aprovechaste de la gran sonrisa que se me ponía en cuanto te veía, ahora lo veo, ahora lo tengo claro.

Fui tan tonto como para que me tomaras por bueno. Y, bueno, tampoco era tan malo, pues fue bonito en un principio, a pesar de que sabías que tarde o temprano terminaría saliendo perjudicado.

Supongo que debería darte las gracias, pero no me apetece. Estoy cansado. Me has agotado de tanto usarme. No funciona. La línea de atención al cliente me ha colgado para que no pueda reclamarle...

*...que, si siempre pusiste tus necesidades por delante, nunca estuviste de, ni a mi lado.
Y eso es lo que más me duele.*

Te crees la hostia, ¿pero sabes? Yo paso de comulgar

Cuánta gente iría al infierno por creer que lo que hacen le parecería correcto a su dios.

Cómo me gustaría creer en la religión para usar esta para ser más intolerante. Para poder decir que, porque sí, yo tengo razón y tú no. Porque yo tengo una creencia y tú no sabes nada con certeza. No tienes ni idea. Tu ideología no es válida. No vales nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Entre tiburones, entre dos opciones, tú decides si quieres ser como nosotros o nuestro alimento.

El Coco son ellos, los que gobiernan las religiones. Obligan a dormirse a sus fieles, mientras se ceban con el miedo que ellos mismos provocan.

La semilla del diablo crece en los campos más áridos de todo subconsciente.

Llega ella, Cleo, con sus endemoniados dogmas, con sus mandamientos tallados en una roca para que solo a golpes sea posible borrarlos.

«Si estos últimos años han sido una mierda, úsalos para fertilizar los siguientes».

Un dato: Siempre hacemos leña del árbol caído en lugar de replantarlo. No ayudamos a las víctimas si con ello podemos calentarnos.

Me dice que el siguiente paso es la superación. «Anda, supéralo». Y yo miro mis pies que están al borde del precipicio y a ella con gesto de ¿me estás vacilando?

«No se pueden recorrer distancias largas si andas con pies de plomo».

Pero para quedarme donde estoy y no sucumbir a los empujones, vienen de puta madre, y también para dar patadas en los cojones.

«Que no encuentres tu camino, no significa que estés perdido, sino que puedes llegar a cualquier sitio».

¿«Roma» es sinónimo de muerte?

Olvida todo lo que he dicho. No es una orden; es lo que has hecho.

«Acuérdate de lo que quieras. Lo que odies mejor olvídale».

Yo también tengo mis mandamientos:

- 1) Dime que no debería odiar nada, ni a nadie, y te dejo de querer.
- 2) Nadie mejor que yo para decir lo que no he de/debo/puedo hacer.

Y para pecar como Dios manda:

- 3) Si te dejo de hablar, es que ya he escuchado suficientes gilipolleces.

La verdad es que me dejé engañar

La verdad no está oculta. Podría estar bajo carteles de neón y, aun así, no querríamos verla.

La venda está hecha con los hilos más finos de ese material tan delicado que llamamos ilusión. Y no es opaca, y sí lo cubre todo con una espesa manta de niebla para que resista a la congelación.

Estoy tiritando y no es de frío. Sudo y no paso de todo, ni hace calor.

Soy el lugar donde se hospeda la incomodidad.

Tenemos prohibida la entrada a las mentiras, pero siempre se nos acaban colando con carnes falsos.

Celebramos Halloween y Carnavales, porque son de los pocos días en los que somos conscientes de que llevamos disfraces.

Soy tan idiota que hasta que no lo vi frente a su sepultura, no le reconocí en ella.

*No te conozco porque solo conozco lo que querías que conociera de ti,
le diría.*

Él y yo habíamos hablado de nuestras respectivas pérdidas, de ti, aunque eras otra en cada uno, eras dos caras de la misma moneda. Él la giró y a mí me tocó ponerla y perderla.

La verdad es que me habría ahorrado muchos disgustos si no hubiera tratado con el banco. Yo deposité mi amor y se lo cobró en intereses.

Efectivamente, el efectivo siempre es un incentivo. El amor por el dinero es lo que mueve el mundo. Hay tantos que ayudan con ánimo de lucro...

¿Hay que pagar hasta por la generosidad?

¿Cuesta tanto como parece la cortesía?

Según lo que puedas recibir, ¿has de dar?

¿Y si yo hubiera sido un pobre desgraciado y no solo un desgraciado? ¿Me habría podido amar?

Hasta los bancos quieren sacar tajada del beneficio de la duda.

La duda es la fe de los no creyentes.

Y yo rezo para que lo único cierto sea que no todo fue mentira.

Por si acaso, miénteme, margarita.

Ahora pienso que deshojar cactus sería más lógico y realista. Te quedarías con la incertidumbre, pero al menos estarías seguro de que ambas respuestas son espinas.

A los que deshojáis margaritas para saber si os quieren, ya os respondo yo: no, no os quieren o no deberían porque sois crueles.

Nadie sabe hacer bien el mal

La pregunta sería sería:

¿Por qué debería creer en la realidad cuando nadie puede o quiere verla?

¿Cuándo la verdad se volvió subjetiva?

Su verdad y la mía, distintas.

Él aseguró a Cleo que Alicia me quería, que él también, incluso antes de poderme conocer, que ninguno de los dos quería hacerme daño. Ya sé, en este triángulo amoroso, ni Pitágoras se habría salvado.

Yo, ahora, puedo asegurar que no todos los lados estaban igual de unidos. Yo era el tercero en discordia. Ellos, las dos líneas paralelas, porque este lelo se inventó otra historia.

«Érase Una Vez que se creía la única. Era Una Vez que se repitió tantas que se convirtió en muchas. Eran Muchas Veces, tantas que se creían todas, absolutas. Ninguna Vez se atrevería a llevarles la contraria.

Sin embargo, una vez lo piensa bien, comprende que Nada forma parte de Todo y que Todo no sería nada sin Nada.

Y fin».

Pero ahí no se acaba.

Por querer ser, no fui, y ahora no sé quién o qué soy, ni el, ni lo que quiero ser.

No soy un asesino. No soy culpable. No la maté. No vio mi mensaje porque estaba hablando con él. Acababan de verse, pero se echaban de menos y no habían quedado para la próxima vez. Me lo contó demasiadas veces y yo nunca lo escuché, nunca oí el sutil siseo de la confesión que busca eximir a otro por una vez.

No soy todas las veces que he usado, porque perdimos las ocasiones que teníamos de hacerlo bien.

Por no querer hacer sufrir, sufrimos.

Por no sufrir, mentimos.

Por mentir, el daño ya está hecho.

Por todo esto, somos nosotros.

Soy yo el que está confuso y no quiero estarlo, no quiero serlo, no quiero formar parte de ellos.

No me queda espacio en la memoria al descargar reiteradamente los mismos recuerdos. Los días pasaron, y yo me quedé en ellos. ¿Quién dijo que no se podía cambiar el pasado? No todo es como creemos. Ya no puedo creer en Nada. Nada es un embustero.

¿Recuerdo el dolor o es que aún me duele?

La vida no es otra cosa que una selección de lo que nos ha tocado. La piel y en sucesos.

Decimos que no tenemos elección porque es más fácil elegir no poder elegir. Cruzamos aunque pase lo que tenga que pasar y nos atropelle. Estaría escrito con tinta indeleble. A ninguno se nos ocurre que lo podemos tachar.

Mi mayor fan es la ansiedad porque siempre hago lo que ella quiere.

Observamos el mundo para sentirnos impotentes por no poder hacer otra cosa que observarlo. Esperamos y...

El tiempo todo lo cura o lo infecta.

Somos heridas con piernas, que no se cierran porque introdujimos, en el bombín, un palillo para, así, poder seguir metiendo el dedo en la llaga. Masturbamos a la flagelación con cariño, debido a que ella nos sabe joder bien y duro.

Colabora con La Ley de Murphy, mi pesimismo.

Lo más fácil es complicarse la vida, mientras que la transformación está a la expectativa de que advirtamos todos los errores que cometimos.

Creo en la impronta que nos deja ser bebés y tener que llorar para que nos presten atención, para que no la sepamos devolver. El egoísmo nos puede hacer llegar lejos, pero allá donde estemos, estaremos solos.

Te acompaño en el sentimiento. Yo también me siento solo.

Solo quiero estar solo. Solo puedo superarlo si dejo de estarlo.

La soledad es libertad.

¿Qué importa nada cuando no le importas a nadie?

No podemos ser libres porque la vida siempre nos ata alguien.

No somos libres, aunque lo parezca. La celda es más grande.

No, no, porque si sí, yo me pongo en tela de juicio y vuelvo a declararme culpable.

Soy el ex-clavo del agujero que he dejado. No quiero seguir sujetando instantáneas de sonrisas quizás falsas y recuerdos de mentiras que no se contaron.

Soy el agujero que se tragó todo.

La pared, los dedos y el martillo.

Y los vecinos.

Y todo yo salió perjudicado.

Fui, mejor dicho.

La verdad, de dañar, se ha cansado.

Qué poco sabes de mí si dices que me entiendes

«¿Quién eres tú?», nos preguntamos mutuamente yo y mi reflejo. Obteniendo la misma respuesta: «tú eres tú, puesto que yo soy yo, y solo quien nos conozca notará la diferencia».

No sé qué es más horrible, si el mundo o cómo yo lo veo.

No sé si algún día volveré a sentirme a salvo en mi compañía.

Sé que no hay iluso sin inocencia, ni inocente con una gran inteligencia.

Sé que cree saberlo todo.

Yo no puedo creerla porque, excepto sus palabras, nada me dijo lo contrario.

La mandé a la mierda. A los pocos días, abrí el buzón y allí estaba ella.

Cleo espera un perdón.

«Lo siento si te ofendí». Un momento. Me faltó un «no» al principio de la frase.

No lo siento. Mi dedo corazón es el más insensible.

No me aflige no arrepentirme. No voy a desdecirme. Dije lo que no pensaba para pensarlo, recapacitar y no echarme atrás.

No tiene ni idea de quién soy. En esa imagen que tiene de mí, debo de verme la mar de inteligente y no lo soy, ni lo seré; nunca sabré. Siempre suspenderé, porque siempre me faltará mucho que aprender sobre mí.

Ella no me puede conocer. No ha pasado tanto tiempo conmigo como para saber por lo que he pasado.

Una página y media vida para pasarla. Que no sea más, que ya está bien, que quiero empezar, que tengo y tiene que pasar, y dejarlo, y dejarme lo más lejos posible para que nos cueste volvernos a encontrar.

Todo atrás. Lo nuevo al frente apeteciéndole fusilarme. Yo dispuesto a matar a todo aquel que se interponga entre sus balas y los orígenes que, en mi pecho, comienzan a procrear.

«Hoy te escribo un mensaje para invitarte a tu funeral. Yo no voy a asistir. No voy a volver a verte».

Y enviar.

Hubo una complicación: me besó

Mi juramento más sincero:

Te prometo que no cumpliré mi promesa.

¿Qué está pasando para que ya no nos podamos fiar ni de nuestra seguridad?

Te aseguro que ya no estoy seguro de nada.

Las cosas cambian. Donde dije digo, digo que Diego, por no decir mi nombre, perdió su convicción por un beso.

Si las cosas no cambian, el tiempo no pasa. Y de pronto, todo ha cambiado tanto, que me siento como si fuera un octogenario.

Hace unos años días, me despedía de Cleo y la sacaba de mi vida.

Ayer se presentaba en mi puerta para preguntar si dejaba salir a mis demonios para que jugaran con ella.

Fue imposible dar marcha atrás antes de llegar al desenfreno, obvio, puesto que lo más imposible es lo que no queremos. En ese beso, supimos que queríamos deshacernos de la ropa y hacernos de todo, supongo. En ese momento, el deseo es el que razonaba y ya se sabe que no hay deseo cuerdo. El deseo deseaba que yo perdiera la cabeza entre sus piernas. Al deseo, la boca agua se le hizo, viéndonos comernos con la vista y con los otros cuatro sentidos.

Probamos a saborearnos, dulces y bruscos, lento y acelerados, desvergonzados y solo comidiendo el orgasmo, para que este fuera igual de devastador que cada uno de los instantes que nos llevaron a alcanzarlo.

El orgasmo es el Edén, ese lugar del que, según El Génesis, nos expulsaron. Es tan irónico que ahora tengamos que caer en la tentación para regresar a él por un rato.

Follamos, se vistió y se fue. Cualquier cosa que pudiéramos decir solo podría estropearlo. Y había funcionado. Yo me sentía bien. No quería mirarnos, vernos incómodos y tener que pensar en qué diablos había sido lo que había pasado.

Pasó. Es pasado.

Quizá fuera una primera última vez. Quizá sea intriga. Quizá sería mejor quedar con la duda. La cita con la duda será, como poco, entretenida.

Fue fugaz... Fuimos y se fue.

Y yo no voy a volver.

A especular entre posibilidades que me alejan de los hechos tal y como en mi recuerdo siguen siendo.

Verano en diciembre

«Vístete para que pueda refrescarme».

Pero ni puto caso. No se va a quedar a gusto hasta que tapicemos el sofá con nuestro sudor.

«La manta o tú». Las dos cosas no.

Me deshidrato.

Si se inunda, me incendia. Si arde, me deja sin aire. No son polvos si son tormentas de arena. Son las mismas ganas que tenían en el origen de las especies, que no paraban de follar para procrear, para, así, no sentirse tan solos. No es hacer el amor, es la disposición en un «cuando quieras».

«Voy» es su advertencia. «De esta, palmo», piensa mi polla, pero siempre se empalma y no piensa en las secuelas.

Tengo agujetas de alargar el camino que lleva a la meta. Preparados, listos y nos corrimos, sin embargo, entre listos y nos corrimos he podido recorrer varios miles de kilómetros a lo largo de su piel.

Hago estiramientos mientras llega, para que mi cuerpo dé todo lo posible de sí. «¡Sí!», repite y yo sé que ya no voy a poder más, que hasta aquí e, incluso así, anhelo ir más allá.

Me alejo del dolor. El buen sexo tiene el poder de tornar todo sentimiento y sensación en pasión y placer. Cualquier regreso a la prehistoria nos evoluciona. Antes éramos mejores personas; antes, cuando éramos niños, cuando todo era nuevo, cuando éramos más listos porque creíamos que podíamos ser todo y de todo aprendíamos.

He aprendido que los días pasan sin traspies cuando se es tan inmaduro como para solo buscar pasarlo bien.

He aprendido que no se puede dar todo por hecho porque, entonces, ¿qué vas a hacer?

He aprendido que solo puedes aprender por ti.

He aprendido que nadie puede enseñarte cómo será, para ti, vivir.

He aprendido que los más idiotas son los que van de listos.

Me he desentendido de muchas cosas.

He dejado de prepararme para lo que nunca va a suceder.

Muere por algo que no me nace

Se nos está yendo de los labios.

Se está extendiendo. Nos estamos extralimitando por querer borrar las fronteras. Nos estamos pasando de la raya imaginaria que tracé y que separaba la atracción de esa isla de veraneo que llaman Amor.

No puedo decir que amo a los animales si me los como; en tal caso, podré decir que me gustan.

Es obvio que nos gustamos porque no nos hemos desechado, no hemos deseado deshacer los hechos; nos hemos soportado porque con el placer que nos dábamos, nos quitábamos un gran peso.

No había más. No hay, a pesar de que ella se empeñe en buscar más. Nos comunicábamos bien por gestos. Quedábamos, follábamos y nos íbamos —en los dos sentidos—, no hablábamos para no estropearlo, o porque ya nos lo habíamos dicho todo sin palabras. «Me pones», «me encanta tu cuerpo», «quiero sentirlo», «quiero que me sientas», «oh, joder», «Dios», «si Dios estuviera aquí, ya se la habría sacado», «¿lo sientes?», «joder, joder, joder, joder», «ven aquí, a mí, en ti», «así, sí», «joder», «Dios», «Dios ya se habría corrido», «hostia puta», «paz» y quizá «quiero repetir»: ¿Para qué más?

No era una necesidad charlar de mi padre, sobre cómo llamó, con unos golpes fuertes, la muerte a su pecho, ni acerca de cómo eso no me mató porque Alicia lo impidió. No era necesario que luego me obligara a recordar algo de él que me hiciera sonreír. No hacía falta que me escuchara, se interesara, no se aburriera y luego me hablara de su hermana y cómo eso le hizo sentir que también había perdido a sus padres. Frases, frases y frases, casi toda la tarde.

Los que nunca callan aman su voz u odian el silencio. O son la excepción, aquellos que hablan para conocerse mejor.

En esa intimidad, me intimida.

Me anima si se arrima, literalmente.

Y se me olvida.

Y agravo el problema.

Se me calienta la boca con tanto beso y le digo que se quede a pasar la noche.

Contribuyo al enamoramiento.

Soy imbécil.

Me castiga queriéndome

No me quieras
que duele
no corresponderte.

Quererla no es lo que quiero hacer. No puedo. El poder lo tienen los que lo quieren todo y lo tienen a cualquier costo. A mí ya me costó demasiado pagar el precio. Me (lo) gasté en una apuesta continua por este equívoco corazón ludópata. Todavía no he aprendido a poner cara de póker. Los faroles no sé cuándo se apagaron, pero entiendo por qué, cuando me miran, piensan «pobre». La lástima es la mejor moneda de cambio.

La confianza en la gente no se pierde. Te la van robando poco a poco sin que te enteres.

Me siento como un viejo apostado en un banco que se obnubila mirando cómo poco a poco se va arruinando.

Es una desgracia que quiera hacerme feliz. Se porta tan bien conmigo que me hace sentir mal. Es tan buena conmigo que no es buena para mí.

No sé qué quiere, pero seguro que no lo tengo. No sé qué quiere darme, pero seguro que no lo merezco.

No puede hacerme esto.

Esto es leer lo que a decirle no me atrevo. Soy tan cobarde que escojo que el final me espere dentro de un armario para asustarme antes que encararlo, partirle la cara y dejarlo temblando con mi miedo.

El final, ahora, es duro, un tío duro, porque siempre fue un incomprendido. Lo marginamos. Ninguno lo quisimos. Nosotros lo hicimos duro.

Creamos cuentos con finales felices para que los niños puedan seguir teniendo dulces sueños por las noches.

No les decimos:

«El hombre del saco es la realidad. Duérmete o envejecerás más rápido y antes te llevará».

Nos decimos:

Cinco minutos. Solo cinco minutos. Déjame soñar un rato más.

Y vuelve a sonar, y suena, y suena, y sabemos que tarde o temprano nos tendremos que levantar.

Los despertadores no saben que su amor hacia los soñadores es tóxico. Lo maldecimos y él sigue cumpliendo nuestras órdenes.

Ella podría ser el despertador en esta metáfora, solo que ella siempre va a hacer lo que le dé la gana. Por mucho que yo le pida que se detenga, no lo hará.

El único rival digno para combatir el amor es la decepción.

Y llegará.

Y se la llevará.

A otra cosa, mariposas de mi estómago

Vomitó las mariposas que sentía en el estómago para que pudieran volar, pero creo que han puesto huevos.

No me encuentro bien con este desorden. No sé dónde estoy, ni qué espero. De aquí en adelante, solo veo cómo todo se cambia de sitio. Antes, allí, había una soledad de dos pisos y ahora han puesto un Starbucks.

Echo la culpa al café de mi nerviosismo.

Ya no reconozco nada.

Todo es diferente.

Todo cambia de color.

Las luces navideñas tienen un pacto con la actividad eléctrica de las neuronas, las compañías de luz y las farmacéuticas que estudian la epilepsia.

Mis pensamientos convulsionan. ¿Y si me estoy enamorando de ella? Compra, compra, compra unas felices fiestas. ¿Tan horrible sería? Qué frío, la hostia. ¿Debería regalarle algo? Todavía quiero a Alicia. ¿Me he dejado el gas abierto? Una bufanda. Me gusta. De eso no hay duda. Me meo. ¿Y la ventana?

Deja que lo piense hasta que no lo tenga claro.

No pienses, que así sientes.

No se te ocurra pensar en lo ocurrido.

Me ha encantado...

...que me robara fotos, porque he creído que significaba que quería verme durante más tiempo del que le daba.

...que me mandara un vídeo con el que se había partido, como si se divertiera más cuando lo comparte conmigo.

...que eligiera mi película favorita, a pesar de que hace una semana, intentando verla, se quedó dormida.

...que me dé todos los días, los buenos días, sin falta, incluso por mensaje, aunque sea por la tarde.

...que saludara con normalidad a mi madre cuando la pilló en bragas.

...que me hiciera reír a carcajadas describiéndome la cara de mi madre al entrar en casa. «¿Hola?». «¿Me he equivocado?». «¿Eres una ladrona?». «Lo siento. Debí haber llamado». «¿Qué pasa aquí?». «Mejor vuelvo en otro momento».

No me ha gustado tener que explicarle a mi madre que no pasa nada, que solo somos amigos, que no tiene motivos para emocionarse, que aún no lo he dejado atrás, que sigo recto, triste, solo y confuso, sobre todo, lo último.

Detesto sentir algo por ella, pero lo deseo.

O no. ¿Yo qué sé?, que no puedo.

Lo niego todo y no soy un mentiroso.

«Está todo controlado», dice el caos

«Oye, tú no estarás sintiendo nada, ¿no?».

«No».

Y solucionado.

¿El problema? Que no lo hay.

No hay nada por lo que temer. Puedo dejar de aguantar la respiración para que no me descubra. Puedo suspirar aliviado porque el velo sigue tapando lo que me turba.

Que te acaricie, que te abrace, que te bese..., no significa que te quiera. Hasta la fricción de dos piedras, produce fuego.

Mis instrucciones son claras. Si se me somete a altas temperaturas, no se asegura un correcto funcionamiento. Fue una equivocación, un fallo. Reiniciamos y listo.

Nos lo tomamos como un juego, porque de tomárnoslo en serio, nos divertiríamos mucho menos.

Nos «queremos» como si no hubiera un mañana. Total, el mañana es inalcanzable. Siempre es hoy, aquí, ahora.

No hay nada más allá de un «me apetece».

«Ahora me tomaría una cerveza y me fumaría un porro mientras me comes el coño».

Y sus deseos son apetencias para mí.

Me apetece comerle el coño siempre. Quizá, por eso, no tengo hambre.

Siempre se me ha dado mal interpretar las señales. Siempre termino en calles sin salida. Siempre me toca dar marcha atrás. Me paso la mayoría del tiempo mirando por el espejo retrovisor y, aun así, siempre me choca lo que veo.

Me sorprendo de lo tonto que pude llegar a ser y no de que puedo ir mucho más lejos. La idiotez no tiene límites. Y creo yo que salida tampoco.

Puedo volver. Aún no hemos pasado ese punto de no retorno. De aquí en adelante, retrocederé.

Solo sexo. Bien. Será lo mejor.

¿Para qué enredarlo? Ninguno de los dos tenemos paciencia. Culminaríamos yendo a por las tijeras para cortarlo, mejor dicho, ella lo haría; yo correría con ellas en la mano.

En teoría, nos va de puta madre en la práctica. Practicamos sexo. La práctica hace al maestro.

Continuaremos enseñándonos nuestros cuerpos hasta que nos dejen de parecer interesantes, hasta que seamos expertos. No habrá que cortar. Poco a poco nos iremos soltando. De amantes a conocidos en un paso muy lento, sin tropiezos, sin tirones, ni daños. El anhelo de tantos. Sexo, más nada.

¿El problema? Que no lo hay.

Muertas las posibilidades, se acaba la esperanza.

Me voy a la cama sin sueños

Verla dormida me quita el sueño. Da lugar a sueños que son conscientes de que son irreales e irrealizables. Son sueños intrépidos porque saben que no existen las consecuencias, ni los finales. El despertador los salva, los protege y los ejecuta.

Las mayores víctimas son las que buscan con desesperación a sus asesinos.

Son temerarios aquellos que se cobijan en un corazón cuando este es el mayor peligro. El peligro huele a provocación, éxtasis y a la propia mierda. Son moscas incapaces de resistirse a esa hiena.

Los sueños corren el riesgo y se la suda que a mí no me respondan las piernas. No sé para qué les pregunto si no tienen boca, si siempre están en desacuerdo, si siempre quieren ir una por delante de la otra, si ni ellas saben a dónde iremos.

Yo solo sé que no sé nada y que puedo imaginármelo todo.

Y que necesito unos zapatos de cemento para que no me vuele la imaginación cuando la veo.

Se eleva y planea cómo llevar a cabo mi asesinato o cómo hacer caer a mi gobierno.

Caer en la tentación duele, quizás no en el momento, pero si cuando te miras y ves que no solo te has despellejado las rodillas. Te han disparado. Te tocas intentando comprender, no comprendes, te desplomas, desnucas y se burlan de ti en los telediarios.

La tentación es cosa de todas las mentes, pero solo las que son débiles luchan contra ella. Las fuertes ya ganaron la batalla. Por no defenderse, por no acojonarse, porque son la amenaza.

Dejarse llevar es ir hacia la sorpresa.

La sorpresa, para quien no lo sepa, es un pueblo de bipolares. A los maníacos les encanta. Los depresivos lo aborrecen. No hay alcalde, ni orden. Nadie manda y todos se imponen.

De un extremo al otro, salto, formando parte de uno y luego del otro bando. Prendo la mecha, corro y me impacto.

Me alegra su falta de afecto. Me entristece que no pueda llegar a tenérmelo. O quizá, algún día... Quizá... Silencio, sueños, dormid, que ya amaneció y ella está a punto de despertar.

Si no peleas, no esperes que caiga rendida

Hemos tardado lo mismo en construir nuestras ciudades que en destruir el planeta. Sin embargo, seguiremos explotando la tierra hasta que haga bum. No podemos parar. No podemos pararlos. Los políticos dan su visto bueno a lo malo que no vemos.

Joder, sí, qué bien sienta exculparnos. La pena de muerte para los que sean conscientes y quieran concienciarnos. Y para la naturaleza.

Tienes voz y callas. Tienes ojos y los cierras. Escuchas, pero haces oídos sordos. Tú también formas parte del problema.

La, la, la, la, la, la, la, la, la, la, la, la, la, la, laaaa...

Aquí, en España, se vive bien si haces como no pasara nada.

Vacaciones constantes.

Si existen los alienígenas, no vienen ni a hacer turismo porque saben de lo que somos capaces.

Humanos salvajes...

Decimos conquistar a una persona, luchar, pelear por ella, como si el amor fuera una guerra, como si la guerra fuera buena, como si matar fuera la única opción de ganar, acostumbrados a que todo eso es lo normal. ¿Cómo conseguir lo que queremos si no es con violencia? Con sudor y sangre: cansancio y dolor. Gente o territorios, da igual. Queremos poseer el poder sobre todo y todos.

Todos, ladrones. Nos ponemos máscaras porque creemos que, sin ellas, no podemos robar bancos, ni corazones.

«Tienes una preciosa sonrisa. Te la voy a quitar». Y solo sirve para hacer crecer la suya.

Egoístas.

Egoísta yo que, como un libro, espero que ella se deje llevar por mis fantasías.

Me gusta hacer trampas, y no usarlas, sin embargo, algo me arrastra a cavar un profundo y espacioso hoyo para empujarla dentro y que no se sienta atrapada.

La quiero libre y quiero la contradicción, que tome la decisión de quedarse conmigo.

Aviso:

Podemos jugar, pero que sepas que yo voy a ligármela.

Lo necesito.

El amor es quererse a uno mismo, pero dos veces.

Necesito quererme.

Complacer con placer

La luna sigue saliendo por las noches porque se divierte viendo en qué nos convierte. A media noche, es cuando ella se siente más entera, es la hora de las bestias, es cuando la gente es, es cuando nadie se esconde, disimula o aparenta.

No tengo problema en cerrar los bares con tal de que se abra a los sentimientos. No me importa con tal de que desee que entre, me quede en ella y juntos pongamos el cartel de cerrado para que nadie nos moleste.

Me quiere. En su cama. En la mía. O en ese baño de aquel antro. Sus labios no mienten. Me dicen que me desean al humedecerse. Siento que la consiento y no lo siento. La carrera de todas sus medias son la prueba de las ganas que tenemos siempre de corrernos.

Ella es implacable, pero se deja tumbar. Se deja hacer si es lo que quiere que la hagan.

Acaricio los muros que ha construido, porque sé que, a la fuerza, no podré derribarlos. Me dedico a ella en cuerpo. Y alma, la suya, me será prestada.

No soy atleta. No disfruto de los obstáculos. Sin embargo, reconozco que es grato tener un meta y, aún más, perseguir algo. No correr(nos) por huir. No ser la presa. Participar no por ganar, tampoco por ser ganado, solo porque tengo las fuerzas para intentarlo.

Cuando bajo lentamente beso a beso por su cuerpo, me siento en la cima, capacitado para ser el rey del mundo. Está este tan jodido que nadie podría reprocharme por haber terminado de destruirlo.

Pero no, no me querrá porque solo quedemos nosotros dos, no me querrá por compasión; lo hará con pasión.

Decimos «hacer el amor» a la cópula, porque el sexo es un ingrediente clave para fabricar ese tipo de amor romántico.

Desconozco las medidas, pero no creo que pase nada malo si me paso.

¿Cuánto placer se puede soportar antes de que se convierta en dolor? ¿Cuánto dolor se ha de padecer para encontrar placer en él?

Ida y vuelta. El principio es el fin y viceversa.

«Me tienen hasta el coño de que piensen con la polla»

Si eso no es un verso, no sé qué lo es. Ella es poesía, de la buena, de la corrosiva, de la que te tira al suelo, se sube encima y salta hasta que te hace el pecho papilla.

Ella te dice estas cosas y no sabes qué responderla, pero cavilas y la besas. Nada dice mejor «me encanta como piensas» que un beso en la frente.

Lo digiero.

Tal cual. Está de los tíos babosos hasta la concha. Están, ella y todas.

Si quisieran que un hombre las llamara «guapas», llamarían o irían a ver a sus padres.

No buscan que cualquier tipo les digan lo buenas que están. En cualquier caso, como mucho, podrían querer oírlo si viniera de Hannibal Lecter.

Si un tío exclama «Qué tetas», «Vaya culo», «Pedazo de mujer» ..., huirán o se defenderán, porque no quieren morir a manos de un descuartizador. No son un cacho de carne.

No es que tengan algo en contra de los «cumplidos», simplemente, contra aquellos que implican un deseo que no piden ni provocan.

Machos, cortaos un poco y dejad crecer el respeto.

Machos, no queráis serlo tanto.

Hoy me he tenido que presentar como su novio a un puto pesado.

«Ay, perdona, colega».

«No. Pídele perdón a ella».

«Lo siento, tía. No sabía que tenías novio».

Discutimos con el pavo. A los animales es muy difícil hacerles entender. No le entraba en ese cerebro de mosquito que da igual que ella tenga pareja. Lo que ella no tiene es que soportar a tíos como él comiéndole la oreja.

No dejó propina, pero ya ganamos si no volvía.

«Con que novio, ¿eh? Sabes que no lo somos, ¿no? No me lo has pedido», me dijo.

«¿Y si te lo pidiera?».

«Me reiría de ti. ¿Qué estamos, en la escuela?».

«¿Quieres salir conmigo?».

«No. Hace demasiado frío fuera».

Un frío de mil pares de cojones empuqueñecidos.

Tiene la mala costumbre de sacar mis carcajadas incluso cuando no me hace ni puta gracia. Se le da bien esquivarme. No sabe que el bumerang se vuelve hacha.

No estaría mal que fueras a una galería de tiro, ¿eh, Cupido?

No sé si adoro o si odio a mi indecisión.

No sé qué quiero, si estar soñando o despierto, si a las ilusiones o a la realidad, si a la oportunidad o a los imposibles, si a ella o a mí, si alejarme de los dos o quedarme con ambos. No sé si quiero plantearme por un segundo, que el grupo de los primeros puedan ser compatibles con los últimos. Soñar con la realidad puede ser una pesadilla. Si me doy una oportunidad a mí, no puedo alejarme de ambos, ¿o sí?

Nadie deja lugar a dudas y así pasa, que todas se vienen a vivir conmigo.

Si tengo dudas o miedo al amor, es porque ya sé lo que puede hacer.

Me he enamorado solo una vez. No sé si lo sigo estando. No sé si ya no de esa vez o si ya sí de esta. No sé. No se parecen.

Creía que mi ideal de mujer perfecta era una mujer. Solo una. Ella.

Alicia.

La idealicé.

Las mujeres nunca serán como los hombres quieren, porque no son complacientes. Son, le pese a quien le pese. Nada debería importar lo que piensen. Ella era, aunque yo no tenía ni idea.

Cleo.

La veo.

También es una desconocida, lo sé. Lo es porque, a pesar de que no se oculta, no alcanzo a ver cómo es. No la comprendo. Es compleja. Es sencillo estar con ella. Es la antítesis. Es mi paradoja. Abro la caja y el gato no está. ¿Dónde se fue? ¿A dónde quiero llegar?

Creo que estoy volviéndome loco o por recuperar la cordura. En cualquier caso, nadie me contó lo desagradable que es, para la serpiente, mudar de piel.

Qué mal estaría de la cabeza si no me cuestionase si entregarle el corazón.

Y de nuevo habla la conversión:

Abre la mente o te cerrarás muchas puertas.

Ya voy.

Oye.

¿Sí?

Escucha.

Son mis latidos echándole un pulso a mis raciocinios. Van a ganar. Van con todas sus fuerzas. Me van a reventar.

Amor y otras formas de vandalismo

El corazón y el cerebro están atados por una cuerda. Si tiras de uno, estrangulas al otro.

Tira y afloja y los dos con hipoxia.

Nueve de cada diez cardiólogos aseguran que el amor no es bueno para el corazón. El décimo está enamorado y un neurólogo, a este, lo está estudiando.

Dígame, doctor, si cuando la veo el pecho se me contrae, ¿es que el amor se expande? ¿Es posible que me duela la cabeza de tanto pensar en ella? Últimamente se me duermen a menudo las manos. ¿Sueñan con tocarla? ¿Es ansiedad o ansia? ¿Taquicardias o la alegría de esta víscera? ¿Cuánto tiempo me queda antes de que estas sensaciones mueran?

No sé vivir así, ni quiero aprender.

El amor es ciego porque crio cuervos. A pesar de que le sacaron los ojos, no ha podido dejar de quererlos.

Aunque yo no haya alimentado a estos sentimientos, los he visto crecer. A veces he querido meterlos en un saco y soltarlos en el campo. Allí lo habrían pasado bien. En cambio, he dejado que corretearan a sus anchas por este cuerpo; los he descuidado; he permitido que se convirtieran en unos gamberros.

¿Cuándo la travesura pasa a ser crueldad? ¿Con el tiempo? ¿Con la edad? ¿Cuándo a muy pocos les hace gracia? ¿Al desaparecer el afecto? ¿Si ya no se puede perdonar?

Seguiré culpando a mi falta de equilibrio por hacerme caer en sus brazos hasta que sepa si hice bien. O no lo sabré. Sabes que estás enamorado cuando no sabes nada más, o sea cuando te vuelves idiota. Siempre se puede agravar.

Admito que la situación es inadmisibile, pero qué se le va a hacer. Del sexo al amor, hay un paso imposible de retroceder. Solo puedo seguir hacia delante, irme, llegar a buen puerto o estrellarme.

He escrito mil veces «No la quiero» como castigo y no ha sido suficiente.

Dejaré que piense que la alejé por miedo para que no se asuste, dejaré ser faro a la esperanza, porque es la última que se pierde, o dejaré que las estrellas bajen y me siniestren.

Tengo una cosa que decirte, pero no sé dónde la he puesto

El miedo llama a la puerta y nos sentimos tan solos que siempre nos abrimos a él.

Somos muy valientes, menos cuando queremos serlo, porque si lo queremos es porque no creemos serlo.

Basta de plural.

He decidido que tengo que declararme, sobre todo, inocente, más que nada, a ella. El mejor discurso que, hasta ahora, se me ha ocurrido es «Te quiero y te jodes».

Quizá si lo escribo...

Habrás notado que últimamente no hablo apenas. Tengo demasiado que decir.

No puedo confesarte mis deseos para que no me los concedas por cumplir. Espera, quizá sí:

Es mi sueño, despertar cada día a tu lado.

Calla.

Callo, no sea que mi mirada desmienta mis palabras.

Tengo la voz rota de no poder chillar.

¿Qué te pasó? ¿O qué me pasó a mí? Ya no eres la misma o yo no te veo igual.

¿Te has hecho algo nuevo en el pelo? ¿Qué me has hecho? Hace ocho hechos no habría hecho esto: Te pido que vengas porque ya estoy seguro de que no me voy a ir.

Quiero ser de ti, porque vi cómo cuidas tus cosas. Todo lo que vi de ti, me abrió los ojos. Me brillan porque tú te reflejas. Los cierro para seguir viéndote cuando te vas.

Con tu cuerpo, comprendí a lo que se referían cuando decían aquello de rozar el cielo con los dedos. Con tu mente, innumerables veces he pecado de lujuria y no me arrepiento.

Me dije que yo era fuerte, que me podría resistir. Me mentí con muchas ganas de verdad, sin embargo, sucumbí. No lo pude, ni lo quise evitar. Lo siento.

Te quiero.

Y te jodes.

Por tu culpa o gracias a ti (ya lo decidiremos), amo. Soy tu siervo.

Vale. Escribir no ayuda en este caso. Mejor improviso. ¿Mejor callo?

La indiferencia marca la diferencia

Dedicado al gallo que torturan,
pero no canta.

Se me atascó aquel verbo en la garganta, tal que un hueso de pollo, y me rasgaba. No lo escupí. Prefería sentir ese dolor a que ella lo sufriera.

«Te...».

«Mejor café».

«...quiero».

Y lo preparó. Yo no quería café, pero lo bebí. No ayudó. Ya estaba intranquilo.

«¿Qué te ocurre?».

¿Qué no?

Siempre me han gustado las personas sinceras. Sí, soy un poco masoca. Por eso, me encanta ella. Por eso, debía corresponderla.

«Estoy enamorado».

«Vale».

«De ti».

Y se hizo el silencio.

«¿No vas a decir nada?».

«Ya he dicho que vale».

Pensé que debía asimilarlo. Luego comprendí que realmente ella pensaba que no le atañía.

Siempre me han gustado las personas que me demuestran que les importa, pero no afecta lo que piense. Pienso: *¿Acaso le importa? Porque está claro que no le ha afectado.*

Me vio triste y apenas se apenó. Debería haberlo visto venir. Ella siempre va de frente.

Su frialdad podría combatir con el calentamiento global. Quiero creer que congeló su corazón porque era la única forma de anestesiarlo, que tiene el amor custodiado por todos los que alguna vez le hicieron daño, que...

La gente ya no siente porque no quiere.

Ama.

Ella podría pegar a las piedras con su corazón.

Le ha faltado gritarme:

«¿Tú y cuántos más vais a obligarme a enamorarme?».

¿Qué puedo ofrecerle, sino un amor lisiado? De la planta de mis pies, no crecen flores. Tengo demasiadas espinas clavadas de cuando creía que era algo positivo caminar por un camino de rosas.

Qué cosas.

Para ella, soy un «me lo tiro y lo tiro». Si no la como el coño, pasa de mi culo.

No sé.

A una isla desierta, me llevaría a una persona para sentirla más desierta.

A ella.

No sé.

Una parte de mí espera que aparezca y me diga:

«Rebózate en tu propia mierda el tiempo que necesites. Te espero en la ducha».

Sí sé.
Quise avivar la llama y solo conseguí matar el frío.

Es sexo y droga: me revuelve el pelo y me coloca

Parecía que no hasta que lo intenté.

Creía que no podría hacer como si nada y mirar hacia otro lado, mientras ella estuviera enfrente.

Descubrí que hay que pensar en volar para resurgir de las cenizas. El que no se corre no vuela. El que se mete en la pira no teme a la otra vida.

El sexo es la hostia. Comulga o dátela.

Me incita, me excita.

Me tiembla el pulso si me lo acelera.

Me dejo la piel en sus caricias.

No me defiendo de sus ataques cuerpo a cuerpo.

Pareciera que, como se me había caído el alma a los pies, quisiera sacarme a bailar. Sobre todo, en horizontal. Salimos. Nos corremos juergas y nos corremos. Nos acostamos y nos soñamos, pero no dormimos.

Estamos hechos polvo por echar tantos.

Es así.

El tiempo **pone** a todos en su lugar y así estamos de cachondos.

Qué jodida está la peña que no jode.

Qué jodido yo estaría.

Es una sensación dubitativa el que ella no lo sienta como yo. Me alegro porque no sufre y por lo mismo siento rencor.

Ha aceptado mi regalo sin decirme si le ha gustado. Lo ha guardado en el cajón de las cosas de por si acaso. Un destornillador, un llavero de una rana sin un ojo, un guante, las páginas amarillas, la garantía de un discman, etcéteras y mi amor.

Allí estoy, donde se reúne la alegría para contar sus penas.

He quedado con mi hermano. Él también necesitaba inundarse de alcohol para desahogarse. Hemos llegado a la conclusión de que el loco no es el que hace locuras; es el que sabe que son una locura y, aun así, las hace. Lo somos. Me ha dicho que su ella debería haberle dicho que no quería tener hijos antes de casarse. Yo digo que la mía debería haberme advertido que follar juntos iba a enamorarme. Ambos sabemos que ellas no nos debían explicación alguna. La molestia no es suya. Nosotros creímos y no hicimos las preguntas. Lo aceptamos y denegamos porque queremos, amamos, y no renunciamos a la esperanza de que llegue el cambio.

En algún instante llegará nuestro momento.

No lo perseguiremos.

Morirá la prisa porque es la hora del almuerzo del forense.

Vamos a desearnos. Ya nos preocuparemos luego de los otros sentimientos.

Morirse de risa es vida

Ríe. No tienes nada mejor que hacer.

Que se te salten las lágrimas de la risa y acabes llorando porque sabes que eres feliz. Eso es vida.

Sigamos así, partiéndonos el culo y no el corazón.

Sigamos a la alegría cual *groupie*. Colémonos en sus fiestas. Montemos una para que ella venga.

Que alguien avise a las calles para que se pongan ropa interior guapa porque esta noche salgo con ella a follárnoslas.

O no.

A saber, qué aventura no habrá planeado ya. Hablar con ella de tonterías es la forma más inteligente que se me ocurre de pasar el día. En este sofá, con unas palomitas, con cualquier película, con su compañía, se está de cine.

Me encanta verla colocada. Coge posturas imposibles.

En ese desorden que tiene por mente, siempre encuentra algo que me haga gracia. Me duelen los mofletes. Tengo los labios agrietados. Estos no recordaban que podían estirarse tanto.

Lo bueno de que sea divertida es que se lo pasa bien con cualquiera. Cae bien porque levanta el ánimo. Ni siquiera es odiada por la tristeza.

No tiene muchos amigos, verdaderos, porque pocos no son los interesados. Me ha presentado a algunos y alguno me ha envidiado. Quisieran pasar más tiempo a su lado para poder devolver algo de la deuda que ni ella sabe que tienen con ella. Yo la tengo y, a ella, no le interesa. Ellos estarán encantados de darme una paliza si yo le hago daño. Que no lo duden, los buscaré si se da el caso. De todas formas, ya les he dicho que no creo que yo tenga ese poder.

Ella me da sin querer, pero con cariño. Me pega que no me ame. Parece que lo mío es ganar en el amor por paliza. Siempre quiero más.

Me manda un WhatsApp para decirme que ya sale del bar.

Le escribo:

«Bebe conmigo. El alcohol no hará que olvide mis problemas, pero tú sí».

Y nunca le doy a enviar.

Cielo, vete al infierno

Me gusta que me digan lo que tengo que hacer para que se enfaden conmigo por el hecho surrealista de no haber hecho nada.

Acostumbro a meter la pata, sospecho que porque me gusta verla sacando las garras.

Es como un volcán. Erupciona por lo que la mueve por dentro. Porque limpia, lo llaman lava.

Es una tormenta de verano. Descarga su ira en pocos minutos y se queda tan fresca.

Pocas veces conmigo se cabrea.

Me manda al infierno. Me reciben los demonios en el interior de ella.

Me dice que le habría encantado conocerme antes de que fuera tan gilipollas.

Me gusta picarla, porque araña cuando rasca, porque es la gata y la gota, que llama a la ventana para que la abra porque tiene sed y para que desee tocarla. Seda. Suave y salvaje. Una fiera.

«Puedes gritarme si acabamos gimiendo».

Desfoga su furia en el sexo. Cuando terminamos, ya no queda nada. Ocupa ese espacio el silencio, la calma y la plenitud del que ha resucitado en la cima de esa montaña que llaman vida. Sé que bajar no me va a costar más y que, poco a poco, el vértigo disminuirá.

Tendremos que dejar las tonterías, llamarnos idiotas y asumir que no podemos dejarlas. Aceptar que el desarrollo de los acontecimientos nos convierte de nuevo en unos insufribles adolescentes. Admitamos que, siendo adultos, nos malcriaron.

Miro a través del cristal esperando que caiga o vuelva, para yo satisfacer sus caprichos, nuestros, de ambos; para que no me pida perdón y sí más; para que no reconozca su error y sí mi cara entre la infinitud de sus piernas; por mí, para ella.

Pocas veces se cabrea. Hoy ha sido una. Hoy no tenía razón. Quizá, por eso, haya sido distinta. Quizá, por eso, se ha marchado, para volver con más fuerza, para que olvidemos, para que partamos de nuevo. El camastro y ladera abajo.

Límpiate el culo y sigue cagándola

El mundo es una mierda porque somos muchos cagándola.

Aquí yo, que vivo con una diarrea perpetua.

Mierda.

En la rueda de reconocimiento, a través del cristal, señalo.

«¿El número tres?», me pregunta el oficial al cargo.

«No, el del reflejo».

Y me detienen.

Porque acostumbro a ser el culpable, así me siento, así me creen y creo.

Me paro porque no me gusta a dónde la sociedad nos está llevando. ¿Sería posible dejar de lamentarnos y pedir perdón o lo que se nos corresponde? ¿Cuánto dolor tenemos que demostrar para ganarnos su lástima? ¿Cómo se mide el arrepentimiento? Lloramos porque, entre todas las opciones, es la que nos cuesta menos esfuerzo. Cuando dejemos de ser unos cobardes, nos daremos el valor que merecemos.

Me paralizó el miedo que ella no tenía. Le pedí que no saltara por un puente después de que ella me dijera la ilusión que la hacía.

«Si tus amigos saltan de un puente, ¿tú también?».

«Yo me tiraría a un volcán por ellos».

Tiene respuesta para todo porque dejó de hacerse preguntas. Tan insensata, instintiva, segura...Mi envidia la mataría.

Temía perderla y, por temer, la he perdido.

Solo quería que no la pasara nada. Con razón, pasa de mí.

Solo quiero decirle que tomarse un tiempo puede ser perderlo y que hace días que no nos veo.
¿En qué punto estamos? ¿Estoy bien peinado?

Compréndeme.

La cuerda, de tender, no entiende.

¿Para qué me tiendes si ya sabes que se me va la pinza?

Put a pinza, a ver si vuelve.

Vuelve.

Te hice daño. No me perdones.

O sí, quizás no sé.

Cuando la indecisión manda, lo mejor es no hacer nada.

Me paraliza.

Solo somos dos opciones.

O nos reímos o nos despedimos.

Hay barcos de papel que llegan más lejos

Si todo el que ha dicho «Vamos allá» hubiera conseguido llegar, ya nadie querría ir.

Siempre queriendo ir a Más, mas Más no es el lugar que imagina Siempre.

Quizás el destino no sea nuestro sitio,

y sí perdernos.

Cuando pierdo dos calcetines de distintos pares, sonrío. Esos dos han encontrado el amor y la felicidad con quien no estaban destinados a ser sus parejas. Y han decidido fugarse.

La lavadora no tiene nada que ver en esto. Solo es el lugar donde los calcetines celebran bacanales.

He fumado, sí. Lo necesitaba. La hierba sirve para calmar al ganado.

Ella necesita espacio para crear su propio universo.

Yo necesito tiempo para poder arreglar el reloj.

Que se pare el reloj, sí es un contratiempo.

Ahora marca las 04:46, la hora de nuestro último mensaje.

Un «Vale» después de «El martes me paso por tu casa para recoger mis cosas».

Las cosas siempre terminan yéndose de las manos porque nunca aprieto.

Se va.

Si desaparece de mi vida, ¿a qué se van a agarrar mis miedos?

Se va lejos. Dice que es una oportunidad imposible de rechazar. Se va a ayudar. Ha encontrado su sitio en el mundo y es dentro del caos. Allí se siente cómoda, es ella, suya.

Yo la habría animado a irse si no hubiera estado segura. No podría impedirselo, antes le diría: «Tírame por la borda antes de que te hunda la vida»; y luego: «Por favor, quédate conmigo».

Me consuelo diciéndome que habría dejado de quererme de haber empezado a hacerlo.

No sé consolar a la gente, porque nadie lo ha conseguido conmigo como para poder tomar un ejemplo.

La tristeza es un barco que está recién pintado y que nunca va a secarse.

Levanto velas.

¿Qué hacemos aquí cuando podemos irnos todos a la mierda?

No estar a la altura y pagar un alto precio

*Despejar la mente con un cielo nublado.

*Querer apuntar más alto y estrellarte.

*Renunciar a los sueños por una persona, es el sueño de unos cuantos.

*Hacer cosas que no queremos para hacer realidad nuestros deseos.

*Saber que un genio es aquel que desea lo que puede cumplir.

*Cometer los mismos errores una y otra vez, porque al menos nos conocemos. Cometer errores y no crímenes. Cometernos.

*Que llegue el verano para poder sudar de todo.

*Hacer una lista o salir.

Salgamos, emborrachémonos y encontremos nuevos motivos por los que arrepentirnos.

Matando vivimos.

Si no sueño con ella hoy, será porque voy a trasnochar, porque he decidido pasarme la madrugada en vela alumbrando las calles de Madrid, y perderme, y que me atraquen, y que no me importe.

La luna nos conoce bien a muy pocos. Las noches son frías y el abrigo para los que renunciaron al calor. La mayoría duerme por la noche para no vivirla. Se esconde de —nosotros en— ella. En la oscuridad, todos nos son extraños.

Un día en el que no me reconocí, me dejé aconsejar:

«Olvida cuando quieras y no te correspondan».

Y me invité a una copa.

Yo no me atrevía a decirle que el amor me ata y va él y lo suelta.

«Cuando dejes de creer, podrás pensar».

Nunca debí pensar que lo nuestro era para siempre.

«Cuando ya no tengas nada por lo que luchar, corre».

Hace falta ser retrasado para llegar tarde a todas partes. ¿De dónde viene esa costumbre de quedarme en el pretérito indefinido? ¿Por qué en el futuro solo viven los soñadores? ¿Cuándo me desterraron? ¿O he huido? ¿Cómo se vuelve? ¿A dónde vamos? ¿De dónde venimos? Cuestiones cuya respuesta es que no queremos estar dónde estamos, perdidos.

He cubierto las ventanas con hojas de periódicos. Prefiero ver cosas horribles que ocurrieron en el pasado que todas las que ahora están pasando.

Al final del túnel no hay luz, solo una puerta que te lleva a otro túnel. Quien no pasa por el peaje, no paga por la prisa. La parsimonia es para los que se resignaron, divagan o disfrutan.

Voy a dejar a la realidad en casa. Salgamos a divertirnos. Nosotros decidiremos cuándo la noche está cerrada, no el cielo. Salgamos a mentirnos.

Vete y déjame en guerra

Quizá, si hubiéramos firmado un contrato, nos hubiera costado menos despedirnos.

Nos despedimos porque sabíamos que la próxima vez que nos viéramos, no seríamos los mismos. Nos despedimos porque quizá no volveríamos a vernos. Nos despedimos porque soy incapaz de renunciar a mi masoquismo.

No hay nada más que hacer una vez te has rendido. Antes, mucho.

Fui un gallina. Solo le di un pico.

Y di la bienvenida a su adiós. Justo después, se dio la vuelta.

«Una última cosa».

«Por favor, no me pidas favores».

«Dime que no vas a echarme de menos».

«No».

«¿Quieres que me vaya sintiéndome mal?».

«No quiero sentirme peor por mentir».

Y me abrazó.

Hasta ese momento no la había visto sonreír con tristeza.

Y se volvió a ir.

«Huye valiente», pensé.

Y también sonreí.

A pesar de que me iba a derrumbar, me mantuve firme.

La vi embarcar.

Y seguí sonriendo.

Me faltó el aire.

Y dejé de sonreír.

Cuando el avión despegó, yo me hundí.

Dejé de creer en la magia cuando desapareció.

Pensé que me llevaría tiempo volver a sonreír.

Solo es partida si el que se vaya te hace pedazos.

Pensé y sonreí.

El amor tiene un final, que es infeliz porque es el fin. Si el amor fue como debiera ser, bonito, no puedes alegrarte de que se haya acabado.

Fue una pasada. Muchas gracias y por desgracia. Por dejar que pasara y porque ha concluido. Por devolverme la ilusión para después quitármela. Por enseñarme que puedo olvidar y recuperarla. Por todo, por tanto y de nada.

Algún día tendrás tu merecido. Y esto no es una amenaza. Es el mejor deseo que he tenido.

Gracias.

Cuídate...

porque, aunque yo querría, no podré,

...sé feliz.

Este no es tu fin.

FIN.

Mala hierba nunca muere porque no hay quien se la fume

No soy partidario de que la gente consuma drogas. Es una putada ir a pillar y que a mi suministrador no le queden.

He caminado por El Retiro esperando que alguien fingiera que estornuda —¡Hachís!—, y lo he encontrado. Le he pagado veinte euros por una pequeña china envuelta en un pañuelo. Sabía que no iba a usarlo, que no iba a limpiarme las lágrimas, que me como lo mocos porque saben a lo que huelo. Se dejó un bote de colonia en el baño y lo esparzo en el sofá para conciliar el sueño.

Me he liado uno detrás de un arbusto y he seguido caminando. Entre mi pesimismo, he paseado alegre, pues ya nada me podía parecer peor.

El vaso, para mí, siempre estará medio vacío porque no puedo evitar beber de él.

He apurado la última calada y he entrado en un bar.

Buscaba una conversación que no me aburriera, pero también me aburrí de buscar. Me han preguntado tantas veces qué tal que solo puedo responder que aburrido y cansado.

Quiero ser la persona que soy cuando estoy colocado.

Fumar mata, sí, mi nerviosismo. Si fuera por mí, ya estaría muerto. El hígado y los pulmones no entienden de rencores. Herido, sí, pero anestesiado, seco, menos serio, no tan agónico y un poquito afónico, más que nada de callar. Perdí mi sentido del humor y eso me hace gracia.

La adaptación es la hija bastarda de la supervivencia. Por suerte, aún me quedan miradas, de esas suyas, reminiscencias para llevármelas puestas y sentirme guapo.

Lo bueno de que no me quiera, es que puedo acostarme con quien quiera, pero no es lo mejor.

No es lo que quiero. No quiero despertar, palpar a mi lado en el colchón y pensar que es ella. Dicen que la decepción es pasajera. Nadie te cuenta que sí, se va, pero otra ocupa su asiento en el siguiente viaje. No quiero decepcionarme.

La soledad siempre será la mejor compañía. Un huérfano puede estar de puta madre.

Quema la llama de las noches en vela

Estoy tan cansado que no puedo hacer nada para impedir estarlo. No tengo ganas de hacer nada, pero tampoco de aburrirme.

Hace días que casi no me levanto de la cama. Es el lugar que más me la recuerda. Tengo insomnio desde que no dormimos juntos. Pongo una alarma para avisarme de que he ignorado otras. Y no sueña.

La echo de menos de más.

La echo de menos o eso me dicen que hago los que miran mis ojos.

Ella podría mantener sus recuerdos a raya para que no aparezcan cuando les dé la gana a cortarme el rollo.

Cuando pienso en ella, se me cae el alma y los pantalones a los pies. Me masturbo y eyaculo quebranto; fuego y lágrimas para apagarlo. Echo gasolina en las quemaduras. Congelarme hace que me arde la piel.

Me pregunto cómo estará allá donde esté.

No sé qué estará haciendo, pero espero que esté sonriendo.

Yo no hago otra cosa que imaginarlo.

Siempre me falta tiempo para hacer lo que no quiero. Siempre me faltan buenos tiempos. Nunca los poseo por mucho tiempo. Nunca es muchísimo tiempo, más que siempre, o eso parece. Nunca es —más que muy— tarde.

Cae la noche y yo ya no puedo sujetarme. Espero al karma en la cama. Todo me sienta mal porque preferiría estar tumbado. Me duele sentarme porque la vida no deja de dar por culo.

Tengo la cabeza dura, pero el corazón no tanto. Tengo menos porque yo le di el poder quitándomelo. No puedo seguir así porque ya no sé dónde ir, y eso que parecía que sí hasta que me rendí. He escrito no sé cuántas páginas y no consigo pasarla. No podría soportar que estuviera en blanco. Me bloqueo solo de pensarlo.

Hay que estar muy mal para valorar estar bien. Y yo no sé aún qué precio le debo poner.

Me dejó, me abandoné

No hay tanto sufrimiento en el dolor.

El sufrimiento no depende de cuánto dolor se padece, sino de cómo se afronta.

El problema de que seas fuerte es que, cuando tienes un problema, nadie cree que necesites ayuda. El problema de que seas débil es que todos creen que no vas a conseguir nada sin ayuda.

Ningún psicólogo anda tratando la depresión del Ebro. Sólo los malvados necesitan consejeros que los azucen para llegar más lejos.

Sólo estarás perdido cuando nadie te busque. Solo estarás perdido.

El helicóptero de rescate se estrelló. Ningún superviviente. Sólo yo, solo.

Te diré algo, Wilson:

Siempre llevo todo lo que necesito en el bolso, pero nunca llevo bolso. La vida no ha dejado de darme palos. Nunca me ha faltado con qué avivar el fuego. Dejo lo que puedo al azar porque tiene la costumbre de quedarse con todo.

Lo más doloroso es que sé que nunca se va a acabar el sufrimiento.

Así que sí, Wilson, así te lo digo:

Si quieres hacerme daño, primero consigue que te quiera.

Y luego rueda y deja que te lleve la marea. Ayuda a otros. Yo quiero estar solo. Tengo sangre en las manos y debe de ser mía, porque me duele tocar a otros.

Soy un caso perdido. La policía ya no me busca. Seguiré estando aquí, en ningún sitio. Créeme. Si supiera dónde estoy, no me querría quedar. Estoy bien. Me encuentro a gusto en la angustia. Estoy bien estando mal.

¿Sabes, Wilson?

La angustia te devora por dentro y también deja secuelas por fuera.

Pero ¿a quién le importa?

Tu aspecto demacrado solo llama la atención a los que se preocupan por ti y a los que alguna vez te envidiaron.

¿Estoy tan mal como parece en sus ojos?

¿Cómo se verán ellos en los míos? ¿Se son también desconocidos?

Yo sigo siendo el mismo que fui, en el momento anterior al cambio.

Me he recuperado. Vuelvo a estar devastado.

Buenas noches serán para ti que estás contigo

Sabes que no la olvidas cuando todavía te desquicia.

Me escribe un WhatsApp:

«Hola. ¿Qué tal? Espero que estés bien. Buenas noches».

Le respondo:

«Hola. Sí, gracias e igualmente».

Claro. No podía ponerle:

«No estoy bien desde que has preguntado qué tal».

«Hola. No estoy bien; estoy pensando. Me agrada la idea de tú y yo, algún día, seremos nada. Gracias».

Tendría una colección impresionante de sellos de todas las cartas que nunca mando.

«Quiero olvidarte, joder, o joderte a falta de ello».

«A veces me arrepiento de odiarte, sobre todo, cuando recuerdo que te quiero».

«Lo peor no es que, de mi corazón, hicieras dos mil cuatrocientos quince pedazos, sino que te llevaras uno de los trocitos contigo».

«Te odio».

«Te quiero».

Tantas botellas en los mares sin mensajes.

Sin los más importantes:

1. «Recicla»

2. «La gente te habla cuando quiere, cuando te quiere o cuando quiere algo de ti».

3. «Te echo de menos».

4. Estoy en una isla desierta. Ven a buscarme. Te quiero».

Al escribirme, ella quería, buscaba que la liberara de la creencia de que yo me sentía solo y de la seguridad de que esa creencia la hacía sentir mal.

No soy tonto.

Los tontos no son felices a pesar de su desconocimiento, porque siempre hay alguien burlándose de ellos.

Los gilipollas sí lo son, porque basan su felicidad en joder la de otros. La de los tontos, por ejemplo. Al menos lo son por un tiempo, hasta que se topan con un gilipollas mayor que los toma por tontos.

Yo quiero pensar que soy un memo, el punto intermedio, mitad gilipollas, mitad tonto. Feliz por poco tiempo.

Dentro de una semana, la espero. Si no aparece, le escribiré:

«Háblame para saber si quiero seguir olvidándote».

«Ya estoy mejor».

«Te echo de menos».

Basado en hechos fantásticos

Querida —antes amada—:

¿Recuerdas quién soy? Ya no soy tal y como me hiciste. Han pasado meses desde que me mataste y de nuevo me fecundaron. Quiero contarte que se está de lujo en este vientre que no sabe que soy el anticristo.

He echado cuentas y me sale a que nos viene bien que el mal campe a sus anchas. Así nos sentirnos más buenos, menos monstruos. Nosotros mejor que otros.

No pretendo asustarte, pero...

Cuenta la leyenda que todas las historias de terror son reales.

Nadie sabe qué es lo que pasa de verdad porque todos mienten.

Hay mentiras tras algunas sonrisas. Hay más muertos fuera que en las tumbas. Tú diste vida a los fantasmas del pasado que creía haber matado. Hasta en sueños, eres mi peor pesadilla.

El día que me dejaste de mirar pude ver más allá. ¿Sabes qué hay detrás del horizonte? Yo sí, pero no te lo puedo contar; no me creerías y yo no te lo podría asegurar. Por eso, no te escribo. Eso no necesito decírtelo. Es algo no muy malo. Me estoy desenganchando de ti y me está sentando de vicio. Lo he sentido, sí, mucho, por ti, el que me perdieras. Pero ahora te puedo decir que...

No te flipes. Yo no alucino contigo.

Ya no.

Hace poco te quería mucho.

Todavía te guardo rencor, sí. Ven a por él antes de que lo venda. O no. Quédate allí. Búscate a otro que te pierda. Cuando regreses, si es que regresas, tráeme un imán para la nevera y un «te eché de menos». No lo envuelvas. No me lo des. No llames a mi puerta. Mi puerta ya no quiere saber nada de ti.

El amor no es ciego. Soy yo el que no quiere verte.

El amor no puede con todo. Es un guerrero y, como todos estos, acaba muriendo.

El amor falla porque es nuestro.

A veces intento recordar lo bueno y no puedo, porque nunca quise olvidarlo.

He dejado post-its por toda la casa que rezan:

«Te he olvidado».

No lo anoto porque se me olvide, sino para obligarme a recordarlo.

En fin.

No te voy a mentir, todavía me miento respecto a ti.

Hacía mucho frío sin ti

A ver si quedamos un día, que hace mucho que no nos vemos, ¿eh, Ilusión?

Y vino, volvió.

Mi lección: Así, para que no os arrepintáis, «Adiós» solo se dice cuando te ronda la muerte o tienes intención de pegarle un tiro a la otra persona al siguiente instante.

Con vino, volvió.

«¿Qué haces aquí?».

No me contestó.

No hablamos. Nos trabamos la lengua.

Hablamos a besos, porque es la lengua que mejor entendemos.

Callé porque no sabía qué decir. Aunque escriba, mi palabra no vale nada. ¿Qué podía decir? ¿Gracias? ¿Por qué? ¿Qué carajo? ¿Joder? ¿Es un sueño? ¿Eres cruel?

Necesito que alguien me diga que todo va a salir bien y no mienta.

Está aquí, con sus maletas, dormida, y yo sin saber qué hace, qué va a hacer, qué he de hacer yo si no me atrevo a preguntar por miedo a lo que pueda responder.

Los «¿Y si...?» abren puertas al infinito y yo entro en todas, y veo todo, y deseo arrancarme los ojos para no ver nada, pero quiero ver qué pasa, si esto se queda en nada, si lo destruye todo, si crece hasta ocupar todo ese espacio que está lleno o vacío, de nada o de todo. ¿Qué es el infinito sino sentimientos montándose unos sobre otros, violando a unos, haciendo el amor a otros, matando y reproduciéndose? Engendros bellos: sentimientos.

La quise tanto que, ni cuando quise, pude dejar de hacerlo.

La quiero tanto que estoy sorprendido por sentirme indignado al ser un poquitito feliz.

La incomprensión está teñida de una esperanza que está cabreada por haber sido repatriada a esta tierra asombrada por la vuelta del sol.

La tristeza está inconsolable; nerviosa o estremecida, porque no sabe si el des-concierto será en honor a su caída; una última balada, un disparo o un himno a la amargura.

La arrogancia se esconde, la vergüenza da la cara, la humillación se viste de payasa, los remordimientos ya no pican, la irritación rasca, la molestia se acomoda, la hostilidad se relaja, el cuidado se ha suicidado, el miedo ha temblado y la impaciencia está esperando.

Otros pasan de todo, porque saben que todo acaba pasando.

Nuestro hilo rojo estaba enredado con el de muchos otros

La confianza es una niña que olvidaron en un parque. Ya no quiere que nadie juegue con ella.

He estado mirando, durante horas, la cicatriz que se hizo en un columpio al poco de conocernos. Las cicatrices son el reflejo de una parte del sufrimiento. Quien las vea solo puede hacerse una ligera idea. Sin embargo, ella ha conseguido sacar de ellas un recuerdo que le hace sonreír. Son una prueba de superación.

Me digo que yo también puedo ser tan fuerte como ella.

«Tú, con una espada. Yo, con mi corazón. Quién iba a imaginarse que tu arma se quebraría al impactar con la mía. Yo no, pero voy a fingir que sí».

«Soy tan fuerte como tú».

Me digo que debo confiar, que la niña que olvidaron en el parque ya es vieja; parece que va a morir, que muere a veces, pero en su arrugado cuerpo, siempre queda algo que se aferra a la vida para poder seguir jodiendo.

Me digo de todo. A ver si así un día me lo creo.

Quiero creer que aún no ha deshecho las maletas porque no está segura de que este sea su destino. Pero tampoco se ha ido. Así que tampoco está segura de lo contrario. Puedo ser su destino.

Que nos den las uvas, que ya nos haremos nosotros el vino.

Vino y se quedará.

Me digo de todo.

Guardaré las distancias en un lugar apartado, donde nadie las pueda encontrar.

Intentaré menos para hacer más.

Haré lo posible para conseguir lo imposible.

Nadaremos contra lo corriente.

La subiré a la luna.

Decidirá.

Si sí, las siguientes decisiones correrán por cuenta de los dos.

Dos vidas serán una. Una vida en dos.

Casi me lo creo.

No sé qué pensar de su mente. Para ella, es como si nada hubiera cambiado. Ella es fuerte. Ella viaja en el tiempo. Se fue y volvió al mes antes de irse. Y aquí sigo yo, entre dos futuros, otro que solo yo he vivido y el que podría haber sido y que ahora vivo. Prefiero a este último y al otro no le gusta que así sea. Cree que necesita una explicación de por qué dejó que se convirtiera en esto que debemos exterminar ahora, para que el que podría haber sido crezca.

¿Qué pasó? ¿Por qué volvió? ¿Qué espera?

La niña que olvidaron en el parque tiene las respuestas. Juégatela por ellas.

Formé una alianza con mi miedo, porque, juntos, los dos somos más fuertes

Tengo el valor suficiente para reconocer que soy un cobarde.

Valiente es aquel que habla de sus miedos y no le tiembla la voz. Valiente es el que grita cuando algo le horripila. No le atemoriza que se rían de él.

Todo pierde su valor cuando se enfrenta al miedo. Estamos vendidos una vez perdemos el valor. Pueden comprarnos con solo prometernos que van a quitarnos el miedo. Podemos entregarnos a él, ser parte de él, temer por él... Es nuestro bebé. Nunca nos desembarazamos del todo de él. Nosotros lo hacemos crecer, por lo tanto, es nuestra responsabilidad matarlo.

Nos acojona más lo que puede pasar que lo pasa.

Me daba miedo asustarla. Pero el miedo es más difícil de esconder que un secreto. Se lo mostré. Vio mis miedos y no salió corriendo.

Le dije que me aterraba no tener miedo por lo que pudiera pasar. Soy tan avaricioso que, a pesar de tener tanto, no lo quiero soltar. Es mío y por ella.

Me dijo que ella también estaba asustada, pero que no conocía la forma de dejar de estarlo de forma inmediata. La protección no existe; es un efecto placebo contra los miedos. La seguridad mata y no solo a las dudas. Cuántas guerras absurdas se han desencadenado por estar seguros de que era lo correcto. Los héroes valientes temen por casi todo. Son héroes por eso. Para que no se hagan realidad sus peores miedos, luchan contra ellos.

Siento vértigo al pensar en no estar a la altura.

Yo quiero ser un superhombre. Quiero salvarme del villano que llevo dentro. Tengo que dejar de hacer lo que hago por lo que tengo. Rehuyo de la opción de huir. Tendremos miedo juntos mientras lo estemos. Nos irá bien. Yo la cuidaré y ella se arriesgará por mí.

A ti:

Atrévete a tener miedo.

Sobrevivimos a pesar de morirnos de miedo.

No me dejes a solas con tus bolis

Nadie es más libre y esclavo que el que escribe.

Hacía tiempo que no escribía, iba a ello y ella me descubrió secuestrando uno de los bolis de su bolso. Me avergoncé y supo que con él no iba a hacer nada bueno, profanarlo como poco, abusar de él, usarlo para el placer propio.

«¿Por qué nunca me contaste que escribías?».

Yo no escribo. Anoto mis desvaríos.

Sé que eso no es un motivo. ¿Por qué no me cuentas tú que cagas? Para mí, es lo mismo, una necesidad, evacuar.

Escribir es lo más parecido a entenderme.

Escribir tiene un papel importante en mi vida.

No hay mejor escondite que detrás de las palabras. Escondite, refugio o campo de batalla.

Piedra, papel o tijera. Elegí papel porque pensé que como tortura dolería menos, pero erré, escribir quema. Para parar hemorragias está bien

Escribiría más sobre ti si no me dejaras sin palabras.

He escrito mucho sobre lo que me hacías sentir, lo que sentí por otras razones, acerca de lo que viví.

«¿Puedo leerlo?».

Tengo mucho que ocultar, pero a ti no quiero.

«Un trato. Mis pensamientos, por tu silencio».

No quiero saber lo que piensas por lo que yo pienso. Por lo que puedas aprender de mí, te lo enseño. Quiero que me conozcas por lo que soy y no hay nada más sincero que mis pensamientos. Ya no pienso lo mismo que pensé. Todo lo que pensé era cierto, al menos en el momento. Ahora son pruebas de mi existencia, la discrepancia entre el tiempo, la incompatibilidad entre mi yo antiguo y mi yo algo más viejo.

Si llegas a leer esto, hasta aquí, podré asegurar que he perdido el miedo en algún lugar de tu cuerpo. Sabrás todo de mí y seguirás queriendo saber más. Sabrás de ti, de tu yo en mí. Aunque quizá no me entiendas. Ojalá que sí.

Ojalá mirarme tan íntimamente, no te cambie, para mal, la visión que tienes de mí. Ojalá veas que todos esos horribles sentimientos han desembocado en que te quiero, y que eso es bello, que tú lo eres y que yo puedo serlo.

Si no, lo siento.

Si llegas a leer esto, hasta aquí, me quieres.

¿Lo entiendes?

Espero que no necesite más pétalos esta margarita para contar nuestra historia, ni yo muchas más hojas.

La quiero desde hasta, hasta desde

Ayer me tocó recordar lo que mi madre me decía cuando era un niño.

«No me seas y estate».

Luego crecí y dejé de decírmelo porque, para aprenderlo, ya era tarde.

Cleo me pidió que la acompañara a una boda. Me prometió que esta vez no me llamaría asesino. Mi tía abuela supremacista asistiría. Si nos ponían en su mesa, prometía ser divertido.

Y lo fue. Más que eso fue. Nos conocimos en una boda y ahora nos conocemos de verdad, pues ha pasado más de un año de aquella primera vez. Más de un año. Ojo. Se dice pronto, pero se tarda mucho. En convertirte en otro.

Mi tía abuela no me reconoció.

«Soy el hijo de tu sobrino Aarón».

«Aaaaaaah... Al que se le murió la novia y se dio al alcohol».

«El mismo». Bueno, el mismo no. Ya no tengo que beber para soportar una boda.

Apenas bebí durante. Solo antes, cuando Cleo me dijo que iba a presentarme a sus padres.

«Hazme un mapa de lo que debo decir para que no me pierda la boca».

«Sé tú mismo».

Y recordé a mi madre.

Quizá no es que no me creyera capaz de serle y estarle. Quizá le empezó a bastar con que fuera y estuviera. Ya estaba hecho y era imposible cambiarme.

«¿Estáis juntos?», me preguntó su padre, al segundo de presentarme.

«Algo así».

«Volvió por ti, así que...».

Ella se habría puesta roja si no esperara que su padre la avergonzara. Yo me quedé blanco y en blanco. ¿De qué color será la nada?

Volvió por ti. Volvió por ti. Volvió por ti. Volvió ya me alegraba, sin embargo, por ti soy feliz.

«¿La quieres?».

«Mi sonrisa está en deuda con ella, señor».

«Bien. Creo que ella, a ti, también».

Ella puso los ojos en blanco y en mí.

Su madre intervino:

«No le hagas caso. No conoce nada a su hija. Puedes llamarme Mamá».

Ella, a ti, también. Ella, a ti, también. Ella. Me quiere. ¿Mamá?

«Encantado, señora. Su hija es maravillosa».

«Me extraña que te guste», comentó a su hija. «Es demasiado educado», dijo para sí. «¿Te acuerdas del motorista ese que trajo aquellas Navidades?», preguntó a su marido. «Ay, hijo, tú no te pareces en nada a ese», me aclaró a mí.

«¿Gracias?».

«¿Lo ves? Es tan educado... No hacéis muy buena pareja».

Cuando aprendes a ver el resquemor, todo se vuelve sumamente divertido.

«Por el contrario, ustedes sí hacen buena pareja. Son tal para cual».

No me dieron las gracias. Igual sí eran más listos y dudaban entre si lo que les había dicho era un halago o un insulto. Igual la risa de su hija ayudó y mi inocente sonrisa les confundió.

«Nos alegramos mucho de haberte conocido. Ojalá seas capaz de hacerle asentar la cabeza».

«Espero que no».

Se me escapó. La sinceridad, siempre tan fugitiva.

Espero que su cabeza nunca deje de viajar.

Ellos saben dónde están y con quién. Saben serse y estarse. Desde lejos, con otras personas, parecen. No son simpáticos, pero no puede verse.

Ellos no son capaces de aceptar cómo su hija les es y se está. Ellos esperan que cambie.

Ella blindó su mente para que ninguna idea ajena penetrara y cambiara las suyas.

«Tú debes ser tu padre y tu madre, o la idea romántica de cómo deberían ser ellos. Tú debes cuidarte. No puedes permitir que tus padres te destrocen. Existes por ellos. Eres por ti. Tú vives una vida y no puede ser la de ellos. No estarías feliz».

Hace tiempo ella me dijo esto o algo así, y quise presentarle a mi madre. Mi madre está deseando conocerla. Mi madre quiere darle las gracias sinceras por devolverme, porque ahora vuelvo a ser y estar como más me puedo gustar.

Ha vuelto por ti.

Ella, a ti, también.

No hablamos del tema. No podía darles la satisfacción de tener razón, no obstante, por una vez no les negó.

Cada vez que lo pienso, se me encoje la garganta.

«Respira. Al aire le gustas», me digo. «El aire volvió a tus pulmones», me comento. «El aire te corresponde».

No sé cómo me siento. No tiene sentido, aunque tengo los cinco a flor de piel. Es tan intenso que me estremece, es tan fuerte que trato de escupirlo para iniciar una pelea, es tan profundo que solo quiero asomarme a él y «accidentalmente» caer, es tan atronador como el silencio, huele neutro, mal y bien.

Se hace conmigo.

Se me encoje la garganta por tener un motivo por el que respirar.

Mi corazón se acelera. Mi corazón la quiere con toda su alma e infinita mente.

Ella volvió por mí.

Ella también me quiere.

Vamos a hundirnos la vida o a llegar a buen puerto

No vengas a por mí cuando no quiero ir.

Quédate a mi lado cuando quiera irme, pero no cuando quiera que te vayas.

Vamos, vente.

Quédate, apaga o vámonos.

Sé dónde estoy si te tengo al lado.

Vamos a hundirnos la vida o a llegar a buen puerto. Vayamos descalzos para que ninguna piedra en el zapato nos haga ir más despacio. Vamos, hemos llegado hasta aquí, los hemos despistado.

Has dado el paso. Ya nada puede alejarnos.

Te quedas.

Te dije «Ven» y no lo dejaste todo, lo trajiste. Por si no lo has pillado: tú eres todo.

Con todas las cajas que hay ahora en el sótano, tuyas y mías, podríamos construir un fuerte con la ruina de pasados amores. Estamos muy mayores como para renunciar a nuestro niño interior. Juguemos. Podemos mezclar nuestros recuerdos.

Yo me pido decorar mi vida con tus risas. Me da igual ese reloj que dices que te mira mal. Mávalo, pero no me obligues a mirar.

Pongamos rejas en las ventanas para encerrar a la calle. Será la atracción con más éxito de la feria. Los miraremos y podremos distinguirnos de ellos. Estamos fuera.

Para que lo nuestro sea duradero, nos convertimos en piedra. Seremos esta casa que está encantada porque tú la habites.

Te prometo que siempre estaremos juntos porque nunca te voy a abandonar. Quiero ser tu okupa. Ocupa el espacio que necesites. Al cosmos, nadie puede ponerle límites. Tú eres la cárcel. Encierras lo malo para que no se escape y me alcance. Mi lengua es la llave que abre tus piernas y me hace libre.

Podemos ir donde (nos) queramos. Queremos quedarnos.

Te gusta estar en Mí. Te prometo que, en Mí, son hospitalarios. Nunca les ha visitado nadie como tú. Tú los has puesto en el mapa. Tú, que te eres fiel porque eres la única a la que no puedes engañar, dime si me miento si te digo que me quieres.

Yo también te quiero.

No necesito que nadie me eche una mano, pero sí a alguien que me dé pie a creer que puedo hacerlo

No hay mayor tesoro que una persona que cree que vales oro. (Léase con tono de Gollum).

Es así, la confianza de otros te hace confiar en ti.

Nunca había aspirado a ser una estrella, solo quería que me mirara como miraba al cielo. Y ahora él me envidia.

También te lo aconsejo:

Si quieres hacer historia, mata o escribe.

Yo no quiero hacer historia. Esta es mi historia. Escribía para que nadie tuviera que escuchar mis gritos. Es algo íntimo. Me escudo y me desnudo en las palabras. Me escondo y soy yo. Abuso de mí. Me dejo. Siento. Pienso.

Digo muchas cosas que no pienso, pero infinitas más son las que pienso y no diré jamás. Y algunas de ellas, las he escrito.

Sobre la historia, no todo está escrito. Si no hay más crónicas de todo lo malo que ocurrió, no significa que no ocurriera, sino que lo borraron.

No sé si querría verlo publicado. Es mío. Soy yo. Sale el verdadero ser cuando nadie mira o cuando las miradas ya no importan. ¿Me importará el qué dirán cuando ni siquiera yo sé lo que he dicho?

«¿Te das cuenta de la cantidad de personas que podrían sentirse identificadas y a las que podrías ayudar?».

«No soy tan buena persona como tú».

«¿Te das cuenta de la cantidad de porros que podríamos fumarnos con las ganancias?».

«Ahí me vas convenciendo más».

Arte por amor al dinero, lo que tan de moda está.

Esculpí mi mierda y, a su parecer, algo bonito salió de ella. Construí La Torre de Babel por tener una excusa para no entendernos. Escribí para no tener que leerlo. Grabé mis caídas para nunca reproducirlas y no encontrar compañía en mi risa. Hice una coreografía para no sacarme a la pista. Pinté lo que creía que nadie querría ver. Encontré, en las rimas, música que pensé que solo agradaría a las bestias. ¿Me equivoqué?

Por cada veinte idiotas, hay un idiota que tiene ingenio. Y ella cree que yo puedo ser uno de ellos.

Lo pensaré.

Contra cuánta paz podré luchar

Me he encontrado con el doctor Demente, el que comenzó este disparate.

«¿Cómo está, Doctor?».

Me ha respondido con un brillo en la mirada, tal que si fuera la primera vez que se lo preguntaran a él.

«Te veo bien, cambiado», me ha dicho.

«Sucede que estoy de buen humor porque no he visto llorar a nadie hoy».

La verdad es que yo tampoco me reconozco. Por fin soy como soy. Por fin he comprendido que no somos ni lo que fuimos ni lo que seremos. Cuando sucumbimos a esa certeza de que todo cambia constantemente al segundo, el momento, cada uno, por efímero, debería ser abrumador. — Solo existe el ahora—. Sin embargo, hace que todo se vuelva nítido, real, vívido. —El futuro lo crearon para tenernos preocupados, con miedo, ocupados intentando alcanzarlo, y el pasado, mayormente para atormentarnos—.

A lo largo de la vida, me he dado cuenta de que esta es muy corta. Bueno, mejor dicho, me he percatado desde que aprecio estar vivo. Con el tiempo, aprendemos a valorar a este.

Ahora sonrío la mayor parte del tiempo para no darlo por perdido.

Duermo con las persianas subidas para que los sueños prevalezcan a pesar de que vean la realidad.

Nada me quita el sueño. Estando en sus brazos, es fácil caer en los brazos de Morfeo.

Sé que el mundo sigue siendo un asco, pero me he cansado de vomitar. Ya no me apetece estar mal. Gracias a su saliva todo me resbala.

En su mirada, estaban las ganas que creía haber perdido. Tenía dos dedos de frente que me impedían ver las aventuras que podría haber vivido. Ahora lo que venga será bien recibido, aunque venga a expulsarme, esclavizarme o empalarme. Seré tan amable que les joderá joderme. Adelante, adelante, pasen, sean felices. Así de simple. Cuanto más simple, más importante.

«Me alegro por tí».

Yo también. Por mí, quiero decir.

«Lo peor es que no puede ser mejor».

Una mujer fatal es lo mejor que te puede pasar.

Cuánto silencio hemos guardado por no dar que hablar

A la princesa, le gustaba que el dragón le contara cuentos.

«Venga, vamos, levántate y vístete, que hay un lugar peor esperándonos».

«Primero me voy y luego nos vamos».

Y cómo resistirme. Primero hago que se corra y luego corremos porque llegamos tarde.

«Te presento a tu familia».

Y mi madre se la come a besos, mientras la mujer de mi hermano me dice que he engordado.

Sí, he engordado para que la felicidad me entrara en el cuerpo. Unos kilos más de amor propio me venían bien.

«Si hasta vuelves a parecer mi hermano pequeño».

La fuente de la juventud es nuestro niño interior. *Ya tú sabes, bro.*

«Así que tú eres la hermana que nunca tuve».

Pienso que nunca los vi así con Alicia y me doy cuenta de que hacía mucho que no pensaba en ella. No me importa si sabían que Alicia me engañaba y no me lo dijeron.

A mi familia, le gusta ver que al fin encontré mi principio feliz. Mi madre lo es. Es mucho mejor regalo que el cuadro que encargué con una foto de su cumpleaños de hace veinte años. Me toca el rostro como si tuviera que reconocerlo, como si los surcos de mi expresión le pidieran que metiera allí sus dedos, como si le acabaran de devolver al niño que salía en esa foto.

¿Feliz yo? Pocas veces, pero mucho.

Y una de esas es esta vez, elástica, dilatada.

Quedan un montón de veces antes de que digamos ni una más.

Quedan las nuestras, aparte, para no parar.

Aparto al resto, para poder decir que...

...quiero mucho, pero a pocos.

¿Quién da más?

Ella, a ellos, está empezando a hacerlo.

Mi madre le ha pedido que le haga un tatuaje. Sabe que es para siempre. Que somos.

Mi hermano le ha retado a comer guindillas y él ha acabado perdiendo. Ahora tiene que teñirse de azul el pelo.

Ahora somos las risas que tapan el ruido. Ahora puedo decir lo que pienso, porque no voy a escuchar después un grito. Puedo ser sincero, hablamos y nadie sale herido, excepto, quizás, la envidia de los que no me han querido.

Mi vida a quien dé la suya por la mía

Dicen que la vida son dos días, pero no que se multiplican si los vives como querías.

La vida está perdida desde que nos obligan a ganárnosla.

«Si quieres ser algo en la vida, trabaja».

Y no te dicen que ese «algo» es «esclavo».

A las nueve de la mañana, se cierran las puertas a muchos sueños.

Te dicen «Ficha» y tú te despidas de tu vida:

«Luego vuelvo. Me voy a morir un rato».

Existe el trabajo porque nos quieren cansados, para que como mucho pensemos, pero no hagamos. Y así pasa. Las personas cada vez lo somos menos. Pasamos.

Una gran mayoría vivimos con la filosofía del «No me jodas y no te daré por culo». Somos los más pacíficos. No queremos hacer pupita en el ano a nadie, a no ser que nos obliguen. Pero, ay, los que tienen el poder. Su placer sodomita no conoce límites.

Hoy podríamos morirnos todos para salvar al mundo.

Eso, que alguien prepare una reunión con ponche envenado para que no se presente nadie.

Somos egoístas. Somos nosotros contra el mundo. Adivina de quién es el triunfo. Exacto, nuestro. Nosotros ganamos porque queremos ver que otros sí pierden. Nosotros no vinimos a la guerra solo para defendernos, sino para ver cómo otros mueren.

Putá mierda.

¿Por qué seguimos así? ¿Por qué no paramos? ¿Tanto nos acojona mirar atrás y ver todos los errores que nos van persiguiendo? Quizá no quieran matarnos. Quizá vengan en son de paz para que los aceptemos, para que volvamos a cometerlos, para que los enmendemos.

Cleo me ha convencido para que vuelva a trabajar. Trabajo ayudando. Sí, hasta este punto hemos llegado, en el que ayudar tiene que ser un trabajo.

Me encargo de la beneficencia de la empresa. Tengo que seguir engañando a los ricos, pero esta vez, en nivel pro. ¿Cómo decirles que donando su dinero a buenas causas pueden lucrarse? Diciéndoles que se les invitará a una gala con mucha gente, que también tiene mucha pasta, de la que se pueden aprovechar.

Lo bueno es que ella me ayuda. Sí, ella me ayuda a ayudar. Ella trabaja conmigo ayudándome a ayudar. Aunque dice que esto no es un trabajo. Diciendo eso, mucho no le van a pagar. Eso sí, deuda eterna, con este, por conseguir que me apeteciera mejorar.

Sé que no vamos a arreglar el mundo, pero podemos cambiar algunas piezas y, quizá, entre chirridos, vuelva a girar.

No se lo cuentes a nadie: soy feliz

Soy muy, muy feliz. Joder. No sabía que fuera posible serlo tanto. Pareciera que me he dado un golpe en la cabeza y que sufro amnesia. Sin recuerdos, sin nada que lamentar, nada que temer, nada que querer olvidar. Vacío. Con todas las emociones aún por abrir, y siendo la felicidad, la que brilla más.

Si algún día desaparezco, buscadme. No me iré porque estoy bien donde estoy. —Y es probable que me haya dado un golpe en la cabeza—.

«Vaya puta mierda» posiblemente sea la frase que más repita, porque nunca me canso de dejar patente mi desagrado por lo maravillosa que es la vida.

La mía, al menos.

Es como si en la cueva de Ali Babá no hubiera tesoros y sí un montón de drogas. Para flipar.

Es tan maravillosa que no me puedo quejar. ¿Y qué voy a hacer ahora?, si era uno de mis pasatiempos favoritos.

No me quejo, pero tampoco me aburro.

Todo es tan maravilloso que temo girarme o moverme por si desaparece o si corre.

La paz es un animal fantástico que está extinto. Nosotros la matamos. Nosotros la convertimos en mito. Lo peor es que ahora dudamos de nuestros ojos si la vislumbramos, aunque sea por un segundo. Sin embargo, la paz existe, está ahí, al otro lado del muro, en una fortaleza construida con la gente que nos ama. No hay mayor protección. La paz está ahí y hay que demostrarle que nos merecemos su confianza, alimentarla, cuidarla y entrenarla, para que nadie se atreva a meterse con ella. La paz puede llegar a dar mucho miedo. Si deja de temernos.

La felicidad es una paz que ha ganado la guerra. Se cura y lo celebra. No piensa en lo que hizo u ocurrió porque ahora sabe que mereció la pena. Da gracias por seguir con vida. Ahora puede vivir como quería. Y querer, y ser querida.

Soy feliz.

Lo juro por lo que más me importa en la vida: su sonrisa.

Soy feliz, en parte, porque ella también lo es conmigo.

Soy feliz, por otra parte, porque ahora me encuentro bien conmigo mismo.

Dejo de lado lo que no está al mío.

Coge tus sueños y vente. Vamos a cumplirlos

Voy a ser padre.

Lo escribo porque no termino de creérmelo.

Voy a ser padre.

Voy a ser padre.

Tengo que empezar a cuidarme ahora que vuelvo a ser un niño.

Cuando ella me lo ha dicho, me he puesto como un crío que acaba de descubrir los charcos.

Los he vaciado. He saltado hasta que casi me he caído por las escaleras.

Tengo que cuidarme para poder cuidar de él, de ella, de lo que sea, de lo que desee ser.

Voy a ser padre y ya me siento culpable.

Querido lo que deseas:

Lo siento por haberte traído a este mundo en el que los hombres crearon a los dioses para que no les diéramos las gracias por habernos dado la vida a las mujeres.

Es un lugar extraño, en el que te sentirás extraño, en el que prometo nunca extrañarás el sentirte amado.

Te quiero.

No te conozco y ya te extraño.

Te queremos y estamos deseando conocerte.

Te querremos siempre.

Siempre, una palabra que, en este mundo, se usa a la ligera. También dicen que nada es para siempre y también se equivocan. Sí existe algo que el tiempo no puede cambiar, aunque lo intente: Vamos a ser padres y lo vamos a ser siempre.

Va a ser madre y voy a ver cómo le roba la vida durante nueve meses, para, finalmente, devolverle otra. La voy a ver rompiéndose para cederle el paso, y gritaré con ella, porque su dolor me duele.

Vamos a ser padres y le pediremos perdón.

Siempre seremos responsables de todo el mal que pueda ocasionar.

Es nuestra penitencia por el egoísmo de querer mejorar nuestro mundo trayéndolo a este inmundo mundo sin pensar en cómo este le va a tratar.

Ven. Para compensarte, haremos lo posible no por educarte, sino por enseñarte a pensar.

Ven. Intentaremos protegerte de los otros, pero no de ti mismo.

Ven e iremos a donde haga falta hasta que sepas que ese es tu sitio.

Tú eras uno de mis sueños y vienes a cumplirlo.

Un final interminable

A ti, que estás leyendo esto:

A mí no me culpes.

Una editorial ha querido publicar este libro y torturarte.

Yo solo pasaba por aquí para decirte que cualquier parecido con la realidad ha sido adrede.

Bueno, y porque me han recomendado que viniera para pedirte perdón. Vivimos un presente en el que hasta los pensamientos ofenden.

También creían que debería darle un mejor final. Un nuevo comienzo, no es lo suficientemente épico. Una nueva vida, que me hace dejar la mía atrás, no es un buen final.

Tengo que hacerte emocionar, o suplir su curiosidad.

¿Qué ha sucedido durante este tiempo? ¿Qué pienso al respecto? No sé. No he tenido tiempo para pensar. Sentir ocupa toda la agenda. Sentir llena el pensar.

He sentido cómo el mundo se contraía en cuarenta y ocho centímetros. Tanta vida en tan solo casi cuatro kilos.

He sentido cómo compartir el amor con un tercero, no menguaba el que ya poseíamos entre ella y yo.

Siento ser tan ñoño y que serlo, me haga sonreír.

No siento no verme en la obligación de pedirle disculpas a la vida por no saber vivirla.

No me siento porque ya no podría esperar nada más. No quiero más. Solo lo quiero conservar.

Permanezco de pie para espantar a los pájaros que traen los problemas. Mientras, ella riega y hace que me crezca cada vez más. Sin moverme, me creo imparable. Un ejército que aguarda lo que venga con tranquilidad porque sabe que va a ganar.

Y eso que ya casi no fumo porros, solo cuando mi madre dice que quiere ejercer de abuela y, como tal, cuidar y mimar, o sea, a menudo. Está conociendo a un hombre. Eso dice ella: «Nos estamos conociendo». ¿Las personas dejan de conocerse alguna vez? Yo todavía no le conozco, pero ya me cae bien. La estrella que mi madre tiene en los ojos es gracias a él.

Estoy orgulloso de mi madre. Mi antigua mala suerte le ha dejado de dar miedo. Ha vuelto a creer que se puede volver a encontrar el amor, aunque ya se perdiera una vez.

No todo es bonito. Tú, que estás leyendo esto, no vayas a pensar que las cacas del pañal huelen bien. Mi hermano se va a divorciar. Pero, bueno, ya le estamos demostrando que el segundo gran amor puede ser incluso mejor. Por supuesto, sí, no sirve de nada. Lo está pasando bastante mal. En esta familia, alguien tiene que sufrir de desamor para que se mantenga el equilibrio universal. La ruleta rusa. ¿A quién le tocará la siguiente bala? Esta vez no hago de guardaespaldas. Tengo más que perder.

Cleo volvió a trabajar y está cuidando de él. Dos bebés. Yo me quedo con el que llora porque se ha hecho caca. Ella, con el que, para sentirse cómodo llorando, tiene que beber.

Me volví a encontrar con la mejor amiga de Alicia, me pidió perdón porque ella sí lo sabía, y yo le ofrecí, a cambio, a mi hermano. Cuando llega la superación, no queda lugar para rencor. Creo que está saliendo con el ex amante de Alicia, o quizá me lo esté inventando. No sé. Espero que les vaya bien.

Con los padres de Cleo las cosas no van mal, al menos de momento. Ya les dejé claro que, si me tocan los huevos, no podrán seguir viendo a la semilla de estos.

Pues eso.

En fin, habiendo saciado su curiosidad, vuelvo a dirigirme a ti. Tú, que estás leyendo esto, dime, ¿este es mejor final? Ten en cuenta que, si es un éxito, me obligarán a hacer una segunda parte y, por querer darle una vida digna y llena de caprichos a mi descendencia, no podré negarme.

No, es coña. En serio, este es el fin.

Te guste o no, no hay más.

Escribí hasta que encontré mi final feliz.